

El nuevo
fenómeno
que arrasa en
wattpad

MY

CRISTINA CHIPERI

DILEMMA

IS YOU

Siempre
contigo

SUMA

MY CRISTINA CHIPERI
DILEMMA
IS YOU

Siempre
contigo



SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Por fin! ¡Creía que te habías muerto! —exclama Trevor tocándome el hombro con un palito de madera que ha encontrado en el suelo.

—¡Trevor! ¡Qué cosas tan horribles dices! —lo regaña Cass—. ¿Estás bien, Cris?

Me llevo una mano a la cabeza para asegurarme de que no es nada grave. El dolor es insoportable.

—Creo que sí —alcanzo a responder con un hilo de voz.

—¿Qué ha sucedido? —pregunta Trevor. Por la expresión de su cara se ve que está preocupado.

—Yo... —empiezo a decir, pero no sé cómo continuar, porque no recuerdo nada. Hace un instante estaba corriendo, luego abrí los ojos y vi a mis dos amigos tratando de despertarme—. Creo que me caí y que me di un golpe en la cabeza con algo —prosigo un poco aturdida.

El dolor en la nuca se acrecienta y cuando me miro la mano veo que tengo una mancha roja en la palma.

—¡Dios mío! —exclama Cass.

—¡Qué guay! Es sangre, ¿verdad?

—¡Trevor! —lo riñe de nuevo ella.

—¿Podéis bajar la voz? Me duele la cabeza —protesto, tratando de ponerme en pie.

—¡Tenemos que hacer algo! —Cass mira alrededor con nerviosismo buscando ayuda.

—Llamemos a una ambulancia —sugiere Trevor.

—¡Jamás harán caso a unos niños de seis años! —lo regaña Cass.

—Por favor, ¿podéis ayudarme a levantarme? —pregunto, y los dos me tienden los brazos para que me ponga en pie.

Respiro hondo y hago acopio de las pocas fuerzas que me quedan para levantarme y mantener el equilibrio, pero en un abrir y cerrar de ojos el mundo que me rodea empieza a dar vueltas y se me nubla la mirada.

—¿Cris? —pregunta Cass haciendo un ademán para que Trevor me tumbe de nuevo en el suelo con cuidado.

Encima de mí el cielo se tiñe de negro, las caras de mis amigos se alejan y las veo cada vez más pequeñas.

—¡Ve a pedir ayuda, Cass! —grita Trevor—. ¡Aguanta, Cris! —susurra después, apretándome con fuerza la mano—. ¡Por favor! ¡No me abandones, quédate conmigo!

Una descarga de adrenalina sacude mi cuerpo mientras la voz de Trevor se va haciendo más fuerte; sus palabras retumban cada vez más deprisa en mi cabeza.

Al abrir los ojos comprendo decepcionada que solo es uno de mis numerosos recuerdos infantiles.

Las briznas de hierba me hacen cosquillas en la piel mientras trato de comprender dónde estoy.

Las imágenes de la noche pasan por mi mente: la fiesta de cumpleaños, las felicitaciones de mis

amigos, la noticia de Susan, la búsqueda de Cameron y, por último, el coche de Austin.

No puedo creer que haya sido capaz de hacer algo semejante.

En una ocasión, hablando de la historia de Carly, Austin me tranquilizó asegurándome que nunca me ocurriría lo mismo, y hace apenas una hora se despidió de mí dándome las gracias por el fantástico año que habíamos pasado juntos.

Entonces, ¿por qué lo hizo? ¿Por qué intentó atropellarme?

Cuando trato de moverme el dolor de cabeza casi me hace llorar. Inspiro hondo y me quedo quieta unos minutos antes de intentar levantarme de nuevo. Al mirar alrededor veo una escena que me deja de piedra. Las lágrimas me empañan la vista mientras me acerco a Trevor, que yace inmóvil en el suelo. Comprendo de repente lo sucedido en el accidente: el coche de Austin corría a toda velocidad hacia mí y Trevor me empujó para apartarme, arriesgando su vida.

—¡Trevor! —grito acariciándole la cara. Apoyo una oreja en su pecho para comprobar si su corazón sigue latiendo, pero no oigo nada—. ¡No, Trevor! ¡Te lo ruego, no te mueras! ¡No me dejes tú también!

Hago un esfuerzo para recuperar la calma y buscar una solución.

—¡Socorro! ¡Que alguien nos ayude! —intento gritar, pero no hay nadie alrededor de nosotros, solo la oscuridad y el silencio. A unos metros de distancia, en el asfalto, veo su móvil destrozado.

Desesperada, me inclino de nuevo hacia él y me concentro en sus latidos.

—Cris...

Levanto de inmediato la cabeza para comprobar si el susurro solo es fruto de mi imaginación.

—¡Trevor!

Su cabeza se mueve imperceptiblemente.

—¡Shhh! ¡No te muevas! —susurro mientras una leve sonrisa se abre espacio entre las lágrimas. Trato de dominarme y de razonar.

A pesar de que no quiero dejarlo solo, comprendo que no hay alternativa. Tengo que buscar ayuda, alguien debe socorrer a Trevor.

—No te muevas, Trevor, vuelvo enseguida. —Me pongo de pie y corro como puedo hacia el gimnasio al mismo tiempo que por mi mente pasan las imágenes de los momentos que hemos compartido. Hace tiempo perdí a Cass y ahora tengo miedo de perderlo a él también. No puedo consentirlo.

Por fin veo a Lindsay acercándose a toda prisa hacia nosotros.

—¡Llama a una ambulancia! ¡Rápido! ¡Han atropellado a Trevor! —grito con todas mis fuerzas. Por suerte, Lindsay comprende la gravedad de la situación y se precipita hacia el gimnasio.

Vuelvo al lado de Trevor.

—Cris... —dice con los ojos cerrados.

—Sí, aquí estoy.

—Austin no te ha hecho daño, ¿verdad?

—No, no me ha hecho nada —respondo acariciándole la cara—. Gracias a ti.

Abre lentamente los ojos y nuestras miradas se cruzan.

—No deberías haberlo hecho —añado acariciándole una mejilla.

—Te equivocas, hice lo que debía.

—Shhh... Lo siento mucho, Trevor.

No soporto verlo en este estado. ¿Por qué tarda tanto Lindsay?

—No debes sentirlo. Está bien así. —Haciendo un esfuerzo, esboza una leve sonrisa y vuelve a cerrar los ojos.

—Aguanta un poco, dentro de nada estarás mejor —le susurro.

Ojalá sea cierto. Sus heridas parecen más graves que las mías.

—Está llegando una ambulancia, dentro de unos minutos estará aquí —anuncia Lindsay jadeando mientras se acerca a nosotros a toda prisa.

Exhalo un suspiro de alivio.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Austin intentó atropellarme y Trevor se interpuso. —Tengo que hacer un esfuerzo enorme para no romper a llorar.

—¿Austin?! ¿Estás segura de que fue él? ¿No será que...?

—¡No! Estoy segura. ¡Era su coche y él iba al volante! —Al recordar la mirada asesina de Austin me estremezco.

—¡No es posible! ¡¿Austin?! Vamos, todos lo conocemos —dice ella.

—Lindsay, *fue él* —insisto recalcando las palabras—. Sé que es difícil de creer, a mí también me gustaría que no fuera verdad, pero estoy segura de que lo vi.

Su amistad, su amabilidad... eran falsas. Ha intentado matarme como, quizá, hizo con Carly. Y ninguno de nosotros sospechó nunca de él.

—No sé qué decir. ¿Cómo es posible que no me diera cuenta esa noche? —pregunta Lindsay negando con la cabeza.

Es cierto, ella estaba presente cuando atropellaron a Carly.

—Estaba convencida de que había sido Susan —prosigue.

—Da igual, Lindsay. Lo único que importa ahora es que Trevor se salve.

Trevor se mueve hacia un lado y empieza a quejarse por el dolor.

Me vuelvo y veo llegar la ambulancia.

—¡Aquí está, Trevor! —Le aferro una mano—. ¡Resiste, están llegando!

—¿Qué ha sucedido? —me pregunta un médico mientras dos ayudantes levantan a Trevor y lo tumban en una camilla.

—Me empujó para evitar que me atropellara un coche, pero al caer perdí el conocimiento. No puedo decirle nada más. No sé si el coche lo arrolló. —Aún estoy aturdida y me siento completamente inútil.

—Las heridas no parecen graves —dice el médico examinando a Trevor antes de que se lo lleven—. ¿Cómo estás tú? ¿Eres de su familia?

—Estoy bien. No, soy una amiga.

—De acuerdo, en ese caso llama a sus padres y diles que vayan al hospital.

Asiento con la cabeza mientras el médico sube a la ambulancia, que arranca haciendo sonar la sirena.

Estallo en sollozos.

—Cris, Cris... —Lindsay me sacude un brazo para que vuelva a la realidad—. Tenemos que volver a entrar y contar lo que ha sucedido.

—¡Cris! —grita Cameron corriendo hacia nosotras—. ¿Estás bien? ¿Qué hacía aquí la ambulancia? —Mira con aire preocupado mi cara llena de lágrimas, el pelo enmarañado y el vestido sucio y desgarrado.

Lo miro sin contestar, incapaz de pronunciar una sola frase.

—¡Cris! ¿Qué ha ocurrido? —Cam apoya las manos en mis hombros y observa mi cara como si quisiera analizarla.

Inclino la cabeza y lo abrazo con fuerza al tiempo que me abandono a un llanto desesperado. A continuación, sin embargo, me muevo con rapidez.

—Volvamos dentro —logro decir mirando a Lindsay—, tenemos que avisar a los padres de Trevor.

Los dos me siguen sin pronunciar palabra.

En toda la noche no me he podido quitar de la cabeza la imagen de Trevor tumbado en el asfalto.

Estoy segura de que sus padres han pasado la noche en el hospital, y yo lo habría hecho también si los míos me hubieran dado permiso para quedarme. La verdad es que me dejan hacer de todo, pero cuando se trata de cosas importantes como esta su respuesta es siempre «no».

No los soporto cuando se comportan así.

Por fin esta mañana puedo visitar a Trevor. Espero que los demás no vayan también, no sé cómo reaccionaría si los veo. Aún estoy destrozada por lo que sucedió anoche, y ver a Cam y a los demás me pondría aún más nerviosa.

Por desgracia, todavía no tengo coche y mis padres han tenido que ir al gimnasio para poner orden tras el desastre de ayer. Dado que no tengo ningunas ganas de hablar con Cameron, la única alternativa es utilizar el transporte público.

Al abrir la puerta de casa para salir veo a Cam con el brazo extendido hacia el timbre. Cuando nos miramos tengo la impresión de que ya no oigo nada, como si a mi alrededor solo existiéramos él y yo. Detesto que me produzca este efecto.

—Hola —dice sonriendo.

Respiro hondo y hago un esfuerzo para ignorarlo mientras salgo de casa y cierro la puerta. Lo rebaso y cruzo el jardín esperando que no me siga, aunque estoy segura de que lo hará.

—¡Yo también me alegro de verte! —oigo que dice a mi espalda mientras me alejo.

—¿Qué quieres? —Me paro y me vuelvo hacia él.

—¿Que qué quiero? Anoche, cuando vine a ver cómo estabas, parecías distante. Por no hablar de las llamadas a las que no te has dignado a contestar —dice acercándose a mí—. ¿Qué pasa, Cris?

Callo.

—¿Es por Trevor? Pequeña, tú no tienes ninguna culpa —añade acariciándome una mejilla.

Retrocedo.

—Sí, es por Trevor. Será mejor que tú y los demás no os acerquéis a mí durante una temporada.

Cam arquea una ceja, pero luego parece comprender por qué le he respondido así.

—Espero que no estés pensando que Trevor ha acabado en el hospital por nuestra culpa —dice dando un paso atrás.

—La maldita historia de Carly, el pasado que, por lo visto, se repite. No sé, creo que si hubiera sabido desde un principio lo que sucedió, qué personas estaban involucradas y por qué, quizá...

—¿Quizá qué? ¿Te habrías dado cuenta de que el culpable era Austin?

—No digo eso. —Cruzo los brazos sobre el pecho—. Si hubiera sabido algo más sobre esa historia quizá me habría alejado de Austin y puede que también de vosotros.

—Ni se te ocurra decir que no te lo advertí. Desde principios de año no he dejado de repetirte que no te acercaras a él —replica.

—Porque estabas celoso de nuestra amistad.

—Aunque así fuera, no puedes echarnos la culpa a nosotros. Estábamos convencidos de que la culpable era Susan.

—Esta conversación no nos llevará a ninguna parte, lo único que estoy haciendo es perder un tiempo precioso. Tengo que marcharme —digo volviéndome, pero él me aferra una muñeca.

—Te lo ruego, Cris. Recuerda lo que te he repetido una y otra vez: solo intentábamos protegerte.

—De una persona que no era culpable —respondo desasiéndome de él.

—Cris, eres muy importante para nosotros y no soportaría que te marcharas.

—No lo entiendo. ¿Qué puede apartarme de vosotros? —pregunto casi en un susurro—. ¿Tiene algo que ver con Carly?

Él desvía la mirada.

—Cam... —añado en tono dulce—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué habéis hecho?

Por fin alza los ojos y nuestras miradas se cruzan. Si algo he aprendido en estos meses es que para obtener algo de Cameron hay que usar la ternura.

Suspira y me agarra una mano.

—Júrame que cuando te lo diga no escaparás y que escucharás la historia hasta el final.

Asiento con la cabeza.

—En ese caso...

Lo interrumpe el sonido de un móvil, el mío.

Es Fanny, la madre de Trevor. Anoche le rogué que me tuviera al corriente sobre su estado y esta es la primera vez que me llama.

—Señora Square...—respondo aterrorizada.

—Disculpa la hora, Cris. ¿Estabas durmiendo? —pregunta con dulzura.

—No, claro que no. ¿Hay alguna novedad?

—¡Sí, Cris, Trevor se ha despertado y ha preguntado por ti! —exclama contenta.

—Dios mío... ¡Es una noticia estupenda! ¡Ahora estoy en casa, pero tardaré menos de un cuarto de hora en llegar!

—Entonces, hasta luego.

Cuelgo.

—Tengo que marcharme, Cam.

—Por supuesto, nos vemos más tarde en el hospital —dice dándome un fugaz beso en la frente.

Jamás habría imaginado que iba a ser capaz de correr tanto para coger un autobús. Por suerte llego a tiempo para subir un segundo antes de que arranque.

Se para justo delante del hospital. Corriendo como alma que lleva el diablo, alcanzo la entrada y me precipito hacia el ascensor.

La subida hasta el tercer piso se me hace eterna, los segundos parecen horas y cuando las puertas del ascensor se abren la situación no mejora. Ante mí se abre un largo pasillo con una infinidad de puertas.

Paro a un médico.

—Perdone, ¿puede decirme cuál es la habitación de Trevor Square? Ingresó anoche y...

—Al fondo del pasillo, a la izquierda. Su madre debe de estar allí. —Sonríe mientras me señala la dirección.

—Muchas gracias.

Cruzo el pasillo apretando el paso y al doblar la esquina distingo a Fanny. En cuanto me ve sale corriendo a mi encuentro y me abraza.

—¿Cómo está? —le pregunto con voz trémula.

—Ahora están los médicos dentro —me explica mientras nos sentamos delante de la habitación de

Trevor.

— ¿Cuál es la situación?

—Por suerte está fuera de peligro. El coche que lo atropelló no debía de ir a mucha velocidad. Por la razón que fuera, el chico que lo conducía frenó y eso disminuyó los daños.

—Trevor no estaría aquí si yo no hubiera salido del gimnasio —balbuceo en voz baja.

—No debes sentirte culpable, Cris. Ya sabes que Trevor haría lo que fuera por las personas a las que quiere, y esta terrible historia no hace sino confirmar que mi hijo es una persona estupenda —dice la señora Square conmovida. Callamos unos segundos y acto seguido retoma la conversación—: Pese a que ha cambiado mucho en estos años, hay algo que sigue siendo igual.

—¿Qué?

—El afecto que siente por ti. —Sonríe mirándome.

Lo sabe.

—¿Se lo ha dicho él?

—No, pero una madre se da cuenta de ciertas cosas.

La señora Square se endereza en la silla y coge el móvil para ver la hora. Luego, mirándome de forma extraña, me pregunta:

—¿Crees que Trevor tiene alguna posibilidad? Es decir, contigo.

Para mí Trevor siempre ha sido como un hermano mayor, atento y protector, un puerto seguro donde encontrar consuelo y comprensión. Lo quiero muchísimo, pero el amor es otra cosa y no creo que pueda sentir nunca algo así por él.

—La verdad es que no lo sé —respondo con timidez—. Siempre lo he considerado un amigo.

Sé que con ella puedo ser sincera, la señora Square ha sido como una segunda madre para mí.

—Te entiendo, pero ¿quién sabe? A veces la vida nos sorprende y, si puedo ser franca, Cris, me gustaría mucho que fueras la novia de mi hijo. ¡Al menos sabría que está en buenas manos! —Sonríe y yo me echo a reír.

Hacía mucho que no charlaba con la señora Square y ahora me doy cuenta de lo mucho que la he echado de menos.

La puerta de la habitación de Trevor se abre y salen los médicos.

Y bien? —pregunta la señora Square angustiada.

—Estamos haciendo más pruebas, pero, por suerte, las heridas no son preocupantes. Ha tenido suerte. Si el coche que lo atropelló hubiera ido más rápido podría haber sido mucho peor —nos explican.

Dejo escapar un suspiro de alivio. Anoche temí de verdad por su vida.

—Debe descansar, así que tendrá que permanecer ingresado unos días más —dice un médico mientras anota algo en el historial clínico.

—¿Puedo entrar? —pregunto.

—Por supuesto —contesta sonriéndome.

Cuando abro la puerta de la habitación veo a mi amigo tumbado en la cama con la frente, un brazo y un tobillo vendados. Solo nota mi presencia cuando cierro la puerta y me acerco a él.

—Buenos días —susurra.

Oír su voz débil es como recibir un puñetazo en el estómago. No dejo de pensar que de no haber sido por mí él no estaría aquí.

—¿Cómo estás? —pregunto con voz trémula.

—Mucho mejor. —Sonríe y con un ademán me invita a sentarme en la silla que hay al lado de la cama.

Lo conozco y sé que en este momento está tratando de quitar hierro al asunto para que no me pese tanto. Siempre lo ha conseguido, pero hoy no.

Arrastro la silla para acercarme a él y me siento.

—Estás mal, ¿eh?

—Bah, solo son unos moratones. Si el coche no hubiera frenado habría sido mucho peor.

Callo y miro de nuevo los vendajes.

—No deberías haberlo hecho.

—Si no lo hubiera hecho quizá ahora tú estarías aquí, en mi lugar. Si no me hubiera interpuesto el conductor jamás habría frenado —afirma incorporándose un poco para mirarme a los ojos.

—Pero en ese caso tú no estarías en la cama de un hospital —digo sin poder contener por más tiempo las lágrimas.

—Eh... —Sonríe y me tiende una mano para aferrar la mía—. No llores.

—No te imaginas cuánto miedo he pasado. No sabía qué hacer. Tenía miedo de perderte —digo enjugándome las lágrimas.

—Pero eso no ha sucedido. Aún estoy aquí. Te prometí que te protegería de esa historia, ¿recuerdas? Que nadie te haría daño.

—¡Claro que me acuerdo! Pero...

—¡Nada de peros! Por primera vez en mi vida siento que he hecho lo que debía. No me arrepiento y volvería a hacerlo, así que asunto zanjado —dice sosteniendo mi mirada.

—No te imaginas cuánto te quiero —le susurro al oído a la vez que lo estrecho en un abrazo.

—Yo también, Cris.

Me aparto y me vuelvo a sentar sin soltar su mano.

—Así que era cierto que la historia de Carly se estaba repitiendo —dice bajando la mirada.

—Por lo visto sí.

—Supongo que esta vez tampoco se sabe quién conducía.

¿No reconoció el *jeep*? Bueno, lo cierto es que Trevor no hace mucho que vive en Miami, así que puede que no haya visto nunca el coche de Austin.

—La verdad es que sabemos quién fue.

—¿Qué? —pregunta incorporándose en la cama.

—Sí, fue Austin.

—¿Austin?! ¿El chico al que le gustabas? —pregunta asombrado.

—Ya, justo él.

—¿Por qué lo hizo? Quiero decir, parecía estar enamorado de ti, pero una persona enamorada no hace ciertas cosas.

—No lo sé. Por lo visto al final demostró ser lo que es: un psicópata. Creo que la situación le recordó la historia de Carly. Al igual que ella, yo me enamoré de Cam y él no soportó la segunda derrota —supongo.

—Pero ¿por qué te atacó a ti? ¿Por qué no fue contra Cameron? —pregunta.

—No tengo la menor idea y, la verdad, me da igual. Lo único que me importa es que estés bien.

—Bueno, pero, según parece, la historia de Carly sigue persiguiéndote. Puede que haya llegado el momento de aclarar las cosas.

—Tienes razón, pero es que también tengo un poco de miedo. En fin, que no estoy segura de querer saber qué sucedió de verdad —confieso.

—¿Por qué? —pregunta sorprendido por mi respuesta.

—Porque Cameron me dijo que, si descubría lo que hicieron él y los demás, podría querer separarme de ellos, y tengo miedo. Tengo miedo a perderlos.

—Bueno, depende... Puede que no sea tan grave y que a ti no te siente tan mal. En cualquier caso, debes correr el riesgo y buscar la verdad. No tiene sentido cerrar los ojos y hacer como si nada.

Tiene razón, como siempre.

Callamos unos segundos. Después oigo que se ríe.

—¿Qué pasa? —pregunto intrigada.

—Nada, pensaba cómo habría reaccionado Cass si estuviera aquí —responde sin dejar de sonreír.

—¿Recuerdas la vez en que acabé en el hospital porque me caí del columpio? Cass no dejaba de llorar y me suplicaba que no me muriera. Parecía fuera de sí, era inconsolable —digo recordando el episodio.

—Me acuerdo perfectamente. La echo mucho de menos...

—¿Molesto? —pregunta la señora Square entrando en la habitación.

He estado con Trevor casi media hora, creo que ha llegado el momento de dejarlo para que descanse.

—En absoluto. Estaba a punto de marcharme. Intenta descansar, Trevor, nos vemos esta tarde. —Le doy un beso fugaz en la mejilla y salgo de la habitación.

Apenas cierro la puerta veo a Sam, a Cloe y al resto del grupo en el pasillo.

—¡Cris! —Sam me abraza sonriendo—. ¿Estás bien?

—Sí —respondo retrayéndome un poco, pero Cloe se abalanza sobre mí y casi me hace caer al suelo.

—Nos hemos enterado de lo de Miller. Es increíble —explica Taylor mientras me aparto de mis amigas.

—Ya.

Bajo la mirada.

—Lo sentimos mucho por Trevor. ¿Cómo está? —pregunta Nash.

—Mejor, por suerte no tiene heridas graves.

—Aún no puedo creerme que Austin haya sido capaz... —tercia Sam.

—Ha sido una sorpresa para todos —añade Cloe.

—Para todos no.

Nos volvemos hacia Cameron, que camina hacia nosotros en compañía de Camila.

—¿Qué quieres decir, Cam? —pregunta Cloe.

—Camila sospechaba algo —explica él mirándola.

—¿Qué?! ¿Y por qué permitiste que lo hiciera? —pregunta Nash.

—Es una historia un poco larga.

—Estamos preparados para oírla.

—Sospechaba que Austin estaba tramando algo contra ti e intenté alejarte de él —dice Camila dirigiéndose a mí—, pero, por lo visto, no captaste mi mensaje.

—¿Qué? —pregunto confusa.

—Siempre te advertí que te alejaras de él, pero no me hiciste caso.

—Creíamos que estabas enamorada de Austin, que tenías celos de Cris —susurra Cloe.

—No, nunca he estado enamorada de él, pero le quiero mucho. Austin es una persona frágil y he intentado ayudarlo. Es evidente que no lo he conseguido. La situación que se creó con Cris debió de recordarle la historia de Carly y la verdad es que no me sorprende. Tú también estabas chiflada por Dallas, rodeada de sus mismos amigos, y, además, te pareces un poco a ella. Austin sufrió mucho por Carly y debió de desequilibrarse al ser rechazado de nuevo. En cualquier caso, no creo que él matara a Carly ni tampoco que haya querido hacerte daño. Lo único cierto es que Austin no está bien y que necesita ayuda.

—¿Sabes dónde está escondido? ¿Crees que volverá a intentarlo? —pregunto preocupada.

—No lo sé, pero yo en tu lugar tendría cuidado. Espero que la policía lo encuentre enseguida.

Por un segundo me imagino delante de Austin, de sus ojos verdes, y me estremezco. Espero no volver a tener nada que ver con él.

Espabila, Kate!

No es posible que todas las mañanas suceda lo mismo: mi hermana se despierta cinco minutos antes que yo para entrar la primera en el cuarto de baño y lo ocupa más de media hora.

—¡Kate! —insisto.

La puerta se abre y mi hermana sale perfectamente pintada y peinada. Por suerte no tardo mucho en arreglarme, así que en menos de diez minutos estoy preparada para afrontar otro día en el instituto, por desgracia, sin mi mejor amigo.

Ayer Trevor se alegró mucho cuando nuestro grupo fue a verle. Le hicieron compañía durante más de una hora después de que Cameron y yo volviéramos a casa.

He sabido que la policía está investigando lo que sucedió la noche de mi cumpleaños y que está buscando a Austin. Espero que lo encuentren pronto y que pague por lo que hizo.

Cuando salgo de casa veo que Cam me está esperando apoyado en su coche negro, con el pelo enmarañado y una sonrisa irresistible. Corro hacia él y me dejo envolver por su abrazo reconfortante. Me gustaría que todas las mañanas empezaran así.

—Buenos días, pequeña —susurra rozando mis labios con los suyos.

—Buenos días.

El beso se intensifica poco a poco mientras sus manos resbalan por mi cuerpo, se introducen por debajo de la camiseta y tocan mi piel.

Nunca tengo suficiente con sus besos. Cameron es como una droga para mí y hace tiempo que no pasamos un rato a solas, sin nadie revoloteando alrededor.

—Pequeña —susurra mientras me inclino hacia él para hacerlo callar—. Vamos a llegar tarde, pequeña.

—De acuerdo. —Resoplo esbozando una sonrisa forzada.

—Si quieres podemos pasar la tarde juntos. Me irá bien «estudiar» Matemáticas con alguien —dice trazando en el aire las comillas con la mano que le queda libre.

—¿Estás seguro de querer «estudiar» Matemáticas con la única persona que no entiende una palabra? —pregunto mientras me pongo el cinturón de seguridad.

Cam ríe unos segundos y luego dice:

—Seguro que nos divertiremos.

—Te quiero.

—Yo más —susurra guiñándome un ojo.

Últimamente Cam y yo no hemos pasado muchos buenos momentos juntos. Siempre ha habido alguien o algo interponiéndose entre nosotros. Con frecuencia, la historia de Carly.

Me he prometido no volver a pensar en ella, al menos durante cierto tiempo. Hoy quiero pasar un buen día y no permitiré que nadie me lo estropee.

Saco el móvil para escribir un mensaje a Trevor y saber cómo va todo.

«Hola. :-) ¿Estás bien?».

—¿A quién estás escribiendo? —pregunta Cameron intrigado.

—A Trevor, para preguntarle cómo está —respondo enviando el SMS y volviendo a meter el teléfono en el bolso.

—Lo siento mucho por él. Empieza a caerme bien, ¿sabes? Además, si ahora estás aquí es gracias a él. Me siento un poco culpable —admite mientras aparca el coche en el instituto.

—¿Por qué? —pregunto con curiosidad.

—No tiene importancia. Tonterías mías, no te preocupes.

Cuando el motor se para veo el coche de color fucsia de Susan aparcado delante del nuestro. No he vuelto a pensar en ella y ahora caigo en la cuenta de que nada le impide ya volver al colegio. Me inquieto.

Estoy segura de que, de una forma u otra, nos hará pagar lo que hicimos, pero, sobre todo, estoy segura de que irá a por mí, pese a que yo no he hecho nada.

—¿Qué pasa, Cris? —pregunta Cam acariciándome la cara para que vuelva a la realidad.

Me giro hacia él.

—Susan está en el instituto. Estoy acabada.

—No te hará daño, fíate de mí. Se lo impediré —dice tratando de animarme y mirándome a los ojos.

Nos bajamos del coche y entramos en el instituto. El pasillo está lleno de estudiantes metiendo sus cosas en las taquillas.

—Ahí está Sam —dice Cameron señalándola.

Nash y ella se acercan a nosotros. Caminan cogidos de la mano, felices y sonrientes. Desde que vuelven a salir juntos Sam parece estar en el séptimo cielo.

—Hola —saludan los dos—. Hemos visto a Susan hace diez minutos. Parecía estar de un humor de perros —añade Nash.

—¡Es cierto! Caminaba de un lado a otro delante de su taquilla diciendo cosas extrañas. Parecía endemoniada —corrobora Sam riéndose.

No sé a qué viene tanta risa. Todos sabemos lo que es capaz de hacer y su comportamiento parece presagiar una catástrofe inminente.

Cameron me rodea los hombros con el brazo al ver mi expresión de temor.

—No sucederá nada. En el fondo, Susan no es tan mala persona. Seguro que ha comprendido que fue un error y que ninguno de nosotros quería hacerle daño.

—¿Que Susan no es mala persona? —pregunto arqueando una ceja. Si era una broma no tiene ninguna gracia.

Cam se encoge de hombros.

—Cuando quiere sabe ser buena.

Veo a Cloe corriendo hacia nosotros detrás de Sam.

—¿Habéis visto a Susan? —pregunta jadeando.

—¿La escenita delante de la taquilla? —dice Nash.

—No —susurra Cloe aturdida.

Me angustio aún más al oírla.

—Me paró mientras iba por el pasillo con Jack. Me dijo que la venganza será fantástica, que nos hará daño a todos, pero en especial...

—A mí —concluyo, y ella asiente con la cabeza.

—¿Sabéis qué es lo más absurdo? —continúa Cloe.

—¿Qué? —pregunta Cameron.

—Matt trataba de consolarla y le ha prometido que la ayudará, en parte por el bien de Cris. Susan está harta de mantener nuestro secreto —explica.

—¿Qué coño quiere? ¿No puede meterse en sus asuntos por una vez? —Cameron alza la voz.

—Creo que tiene una buena razón para hacerlo —comenta Nash, y Cam baja de inmediato la mirada.

—¿Qué razón? —pregunto confusa.

—Cosas de hombres, no lo entenderías —se justifica Cameron con la mirada perdida en el vacío.

—Sea como sea, tened cuidado, sobre todo tú, Cris. Está muy enfadada y creo que esta vez está más decidida que nunca a vengarse de nosotros.

Asentimos con la cabeza y cuando oímos el timbre entramos en el aula de Lengua. Mientras me dirijo a mi pupitre compruebo con enorme placer que Susan aún no ha llegado.

Mejor así.

El profesor entra y se sienta a su mesa.

—Bueno, chicos... —empieza a hablar, pero Susan lo interrumpe abriendo la puerta y entrando sin decir una palabra.

—Llegas tarde, Rose —le regaña el profe.

—Disculpe —contesta Susan sentándose en su sitio. Por extraño que parezca, no nos mira con furia.

El profesor se concentra de nuevo en la clase y retoma el discurso.

—Bueno, chicos, el curso está a punto de terminar. ¿Cómo os sentís?

¿Que cómo me siento? No sabría explicarlo. Me siento feliz, porque por fin podré pasar al último año de bachillerato y luego graduarme, pero, a la vez, estoy preocupada, porque quizá al final del verano empiecen a llegar las respuestas de las universidades y tengo miedo de no poder entrar en ninguna.

—Feliz de llegar, por fin, al último año —dice Cameron en tono irónico, haciendo reír, como era de esperar, a toda la clase y también a mí. Para él debe ser un auténtico logro, dado que ha repetido las asignaturas más importantes hasta tres veces.

—Bien, debéis saber que, por lo general, el último año está considerado uno de los más bonitos. Dentro de nada recibiréis las primeras respuestas de las universidades. Luego se os entregará el diploma. Para la mayoría de vosotros será duro abandonar a la familia y a los amigos para ir a estudiar a otro estado, así que yo en vuestro lugar aprovecharía estas semanas y el año próximo para pasar el mayor tiempo posible con vuestros seres queridos —nos aconseja el profesor. Cloe, Sam y yo nos sonreímos como si el discurso estuviera dirigido en especial a nosotras.

—Bueno, después de estas breves palabras volvamos a la lección —dice a continuación esbozando una amplia sonrisa.

Daría lo que fuera por tener una máquina del tiempo y descubrir cómo acabará el último curso. ¿Seguiremos estando todos juntos? ¿Estaremos tan unidos como ahora? Espero con todas mis fuerzas que sea así y que no perdamos el contacto con los alumnos que ya no estarán aquí el año que viene. Nos ha costado un poco, pero al final nos hemos convertido en un grupo muy unido, sería una verdadera lástima perderlo todo.

Por fin llega la pausa para comer. En el comedor me siento con mis amigos y, como no podía ser de otra forma, hablamos del futuro, de lo que nos espera.

—Por fin recibiré el diploma —dice Jack sonriendo.

—No puedo creer que el año próximo no estarás aquí —comenta Cloe bajando la mirada.

—¡Todo irá bien, cariño! —Jack le coge una mano y sonrío tratando de consolarla.

—Algo me dice que este año tampoco aprobaré algunas asignaturas, así que me tendrás por aquí al año que viene. —Cameron se vuelve hacia mí y me sonrío.

—¡Lo ha hecho adrede! ¡Sabía que tarde o temprano llegarías! —bromea Sam guiñándome un ojo.

—Por supuesto, ¿no sabíais que puedo predecir el futuro? —Cameron ríe.

—El año que viene todo será distinto —comenta Cloe.

Callamos con una expresión de profunda tristeza en la cara.

—Chicos, ¿a qué viene esta depresión? ¡King Taylor estará aquí! —exclama Taylor.

—¿Qué?

—¡Sí! No creo que pueda graduarme este año. He tenido unos cuantos problemas y he perdido muchos días de clase por varios motivos —dice metiéndose un pedazo de pan en la boca—. Iremos a los mismos cursos —prosigue.

Las horas pasan volando. Da la impresión de que el tiempo lo hace adrede: los días en que todo va bien parecen acabarse en un abrir y cerrar de ojos. Lo mejor de todo es que no he visto a Susan, ni siquiera a la hora de comer, pese a que en todo el día no me he quitado de encima el miedo a verla aparecer de un momento a otro.

Mientras trato de desechar estos pensamientos negativos me acerco a la taquilla para guardar unos libros y me reúno con los demás en el patio.

—¡Aquí está Cris! Hasta mañana —dice Cameron cogiéndome de la mano y despidiéndose de los chicos. Yo también me despido de ellos y lo sigo hasta el coche, feliz de que por fin podamos pasar juntos una tarde relajante.

Al menos, eso es lo que tengo intención de hacer antes de que Susan se plante delante de nosotros obstruyéndonos el paso.

—¿Qué quieres? No tenemos mucho tiempo —dice Cameron resoplando.

Veo que Susan mira a alguien que está a mi espalda.

—¡Vaya, veo que estáis todos! Bueno. ¡Venid! ¡No podéis perderos el espectáculo! —grita Susan.

Nuestros amigos se acercan mirándose entre ellos con aire alarmado.

—Lo siento, Cris, pero creo que es hora de que sepas... —dice Matt en tono dulce.

Pero ¿de qué está hablando? ¿Y por qué está de parte de Susan?

—Yo no lo siento en absoluto, pero estoy de acuerdo con Matt: es hora de que sepas la verdad —le interrumpe Susan.

—¿Qué verdad? —pregunto con inquietud.

—La verdad a propósito de Carly y de una historia que, por lo visto, se repite.

Oh, no.

Vamos, Cameron. ¿No crees que ha llegado el momento de decirle lo que hicisteis tú y sus «queridos amigos»? ¿Lo que le habéis ocultado durante todo este tiempo? —dice Susan.

—No creo que sea el momento adecuado —replica Cameron mirándola fijamente.

—Lo es —tercia Matt.

Hablan como si yo no estuviera presente, pero no tengo la menor intención de estar callada y no reaccionar. Debo aclarar esta historia de una vez por todas.

—¿Alguien puede explicarme de qué estáis hablando? —pregunto alzando la voz.

Silencio.

—¿Y bien?

—Cris... —dice Cameron agarrándome un brazo.

Doy un tirón para desasirme de él.

—No, Cam, quiero saberlo. Tengo derecho.

—Cris, quizá no quieras volver a vernos —interviene Cloe.

—Me da igual, correré el riesgo, pero debo saber qué es eso tan terrible que hicisteis y que yo no sé.

—Está bien, pero propongo que nos sentemos en algún sitio, porque es una historia muy larga —dice Nash apoyando una mano en mi hombro y sonriéndome con dulzura.

—Os acompaño, pese a que debes saber, Cris, que no tengo nada que ver con esta historia —comenta Taylor siguiéndonos.

Nos dirigimos a un parque próximo al instituto. Mientras camino me doy cuenta de que tengo miedo. Ya no estoy tan segura de querer saber la verdad, pero a la vez soy consciente de que me lo debo a mí misma. No puedo fingir que no ha sucedido nada, tengo que enfrentarme a esta situación.

Cameron camina a mi lado y, de improviso, me coge la mano.

Alzo la mirada unos segundos: lo único que leo en sus ojos es miedo. Miedo a perderme para siempre.

Una vez en el parque nos sentamos en el césped en corro. Estamos casi todos: Susan, Matt, Cam, Sam, Cloe, Taylor, Lindsay, Nash y Jack.

—Vamos, Cameron, empieza —dice Matt fulminándolo con la mirada.

—Ok, ¿por dónde empiezo? —pregunta Cam bajando la mirada sin soltar mi mano.

—Empieza por la verdadera historia de Carly. La que nadie sabe, aparte de Austin, tú y yo —dice Susan.

Cam asiente con la cabeza y respira hondo antes de hablar.

—Estaba a principios del segundo año de instituto y entre los novatos de primero reconocí de inmediato a un chico que había ido con Sam a secundaria, Austin. Enseguida nos hicimos buenos amigos. El primer día noté también a Carly; cuando la vi pensé que era muy mona, nada más. Pasaron los meses, ella era cada vez más popular en el instituto, salía con frecuencia en la primera página del periódico y en poco tiempo se convirtió también en jefa de las animadoras. Recuerdo que era el primer partido del campeonato de fútbol y que estaba terminando el segundo tiempo. Como de costumbre, las animadoras

debían hacer el saludo final y Carly aprovechaba siempre para exhibirse. Miller y yo estábamos sentados en las gradas, en primera fila, y la mirábamos. No sé qué fue lo primero que me impresionó de ella. Quizá lo guapa que era o la seguridad con que hacía las acrobacias. En cualquier caso, cuando terminó el espectáculo, Carly se acercó a mí y a Austin. Nos sonrió y nos dio su número de teléfono, a los dos, como si fuera la cosa más natural del mundo. Después se marchó sin decir una palabra dejándonos boquiabiertos. Había salido con muchas chicas, pero ninguna me había abordado jamás de esa forma. Carly me intrigaba bastante y, por lo visto, no era el único interesado en ella. Austin y yo jamás hicimos una apuesta. Carly hizo circular ese rumor para darse importancia y llamar aún más la atención.

Lo interrumpo de inmediato:

—Pero tú dijiste que...

—Lo sé y lo siento, pero tenía que darte algo para que dejaras de hacerme preguntas. Jamás habría llegado a ese punto, sobre todo con la chica que quería. Como era de esperar, Austin y yo nos convertimos en rivales. Todo se transformó en una especie de desafío para ver quién conquistaba antes a la chica de sus sueños. Los regalos, las miradas, las flores, los mensajes y un montón de cosas más. Empecé a obsesionarme. Esa chica debía ser mía como fuera. Carly, claro está, sabía que nos gustaba a Austin y a mí y le divertía tenernos en vilo. Salía con los dos cuando quería, vaya. Jugaba con nuestros sentimientos. Todos lo notaron. Un día decidí poner punto final a la historia e hice una propuesta a Austin: los dos la invitaríamos a salir esa noche y aquel al que Carly dijera que no debía olvidarla para siempre. Esa noche salí con Carly e hicimos el amor. Al día siguiente le conté todo a Austin en el instituto, orgulloso. Pero Austin me dejó de piedra. Después de estar conmigo Carly se había presentado en su casa para pedirle perdón y también para estar con él. Le pedí explicaciones a Carly y ella me respondió que se había comportado así porque nos consideraba maravillosos y quería poder decidir cuál de los dos le gustaba más. Cuando la oí me eché a reír. No podía creer que utilizara esa excusa para justificar su estúpido comportamiento. Dejé de verla una temporada y entretanto conocí a Susan. Me sentía bien con ella y empezamos a salir a escondidas, porque ella tenía miedo de la reacción de su amiga. Por desgracia, no conseguía olvidar a Carly, así que volví a hacerle regalos, a llamarla... Me daba igual lo que pudiera pasar, estaba dispuesto a hacer lo que fuera para sentirla mía, aunque solo fuera unos segundos. Creía que todo iba sobre ruedas. Salía con Susan y con Carly, ¿qué más podía pedir? El tiempo pasaba y cada vez estaba más obsesionado con Carly. No hacía otra cosa que pensar en ella. Me había conquistado por completo.

—Llegó incluso a llamarme Carly algunas veces —apunta Susan riéndose.

Cam baja la mirada sonriendo.

—Es cierto, pero, cosa extraña, no te enfadabas. En cualquier caso, al final llegó el fatídico día del baile de fin de curso. El día en que ella iba a tomar, por fin, su decisión. Os mentí cuando dije que nunca supe a quién había elegido. El afortunado fui yo. Esa noche me lo dijo y, mientras ella hablaba con Austin, yo aproveché el momento para romper con Susan. Por desgracia, Carly lo oyó todo y descubrió la historia. Echó a correr gritando que las había perdido a las dos. Esa fue la última vez que la vi.

No imaginaba que Carly fuera así. ¿Cómo pudo jugar con los sentimientos de Cam y de Austin de esa forma? Además, ¿por qué esperó hasta el final de curso para tomar una decisión? ¿Por qué los torturó así?

—No pensaba que fuera tan retorcida. Por lo que me contó Lexy creía que solo estaba confundida. Sin embargo, da la impresión de que jugó contigo y con Austin —dice Lindsay.

Yo también creo que fue así, pero una pregunta pasa por mi mente: ¿por qué decían que yo me parecía tanto a ella?

Para mí Austin solo ha sido un amigo, solo nos dimos un beso del todo inocente la tarde en que me dio

clase de Matemáticas.

—Creo que, en cierta medida, no acababa de comprender lo que sentía —afirma Cam intentando justificar el comportamiento de Carly.

No puedo creer lo que oigo. ¿Cómo puede defenderla después de todo lo que hizo? Debía de estar muy enamorado de ella.

—Reconozco que Carly podía ser egoísta y antipática, pero lo cierto es que era mucho mejor de lo que parecía. Era una persona frágil, con un montón de problemas. Si la hubierais conocido de verdad, como hice yo, lo entenderíais —concluye Cameron.

Después de oír su confesión se hace un gran silencio entre nosotros. Nadie sabe qué decir, todos parecen aturridos y sorprendidos a la vez. Al final decido romper el hielo:

—Muy bien, pero ¿qué tiene que ver todo esto conmigo?

—¡Buena pregunta, Cris! Ve al grano, Cameron —lo anima Susan dándole un golpecito en el hombro.

—No lo hagas, Cam —susurra Cloe.

Sam la mira con aire triste.

—Cris merece saberlo, Cloe.

Después de todos estos meses de peleas y llantos es evidente que merezco saberlo.

—De acuerdo —dice Cam retomando su explicación—, pero quiero que recuerdes en todo momento que te quiero, Cris, más que a mi vida. Así que, antes de tomar cualquier decisión, piensa en lo que hemos luchado por estar juntos. No dejes que lo que voy a decir lo estropee todo. Te quiero y quiero estar contigo. —Me estrecha con fuerza la mano a la vez que habla mirándome a los ojos.

Mi corazón se acelera y siento que la ansiedad y el miedo me invaden mientras él retoma su relato:

—Jamás habría imaginado que me iba a doler tanto contarte esta historia. Estaba convencido de que las cosas iban a ir de otra manera, te lo juro. Recordarás que cuando llegaste en octubre yo salía con Susan. Estaba realmente enamorado de ella, pese a que no dejaba de pensar en Carly. No me hacía a la idea de que ella hubiese desaparecido para siempre de mi vida y de que no se supiera quién la había atropellado. En un primer momento sospeché de Austin. Sus ojitos angelicales nunca me habían convencido. Pero, con el pasar del tiempo, las cosas fueron empeorando: no pegaba ojo por la noche, siempre estaba inquieto, nervioso y agitado con todos, y cada vez protegía más a Susan. Hasta que una noche Cloe me llamó por Skype. Hacía mucho que no hablaba con ella y me sorprendió mucho que me llamara. Me dijo que había encontrado unas imágenes interesantes del accidente en las que se veía con bastante claridad el coche que había atropellado a Carly. Me quedé estupefacto al ver que parecía el de Susan. Perdí la cabeza. No me lo podía creer, pero, a la vez, no podía excluir del todo la posibilidad de que esa noche Susan hubiera desahogado su rabia con Carly. Tenía que descubrir la verdad. Era evidente que si hablaba con Susan ella jamás admitiría su responsabilidad, en caso de que tuviese alguna. Lo único que se me ocurrió fue hacerle revivir una situación similar a la que se había creado entre ella, Carly y yo para ver hasta dónde podía llegar. Ahora me parece una idea realmente estúpida, pero en ese momento creí que era lo más sensato que podía hacer. Me puse de acuerdo con Cloe. Tenía que buscar una chica capaz de hacer enloquecer a Susan y de hacerle revivir lo que había sucedido con Carly. Pasé la noche pensando, pero no se me ocurrió nadie. Pero al día siguiente, mientras iba por el pasillo del instituto, tropecé contigo. Apenas nos miramos comprendí que eras perfecta. No le gustabas a Susan, te consideraba una amenaza. Eras la persona ideal para llevar a cabo mi estúpido plan. El único problema era que tú no debías darte cuenta en ningún momento de lo que estaba ocurriendo de verdad.

Las lágrimas empiezan a resbalar por mi cara. Estoy soñando, ¿verdad? Que alguien me despierte de esta maldita pesadilla. Cameron no puede haberme hecho esto, no. Él no es así, él siempre me ha querido. No puedo creerme que todo haya sido un montaje.

—No, basta, no quiero saber nada más —digo a duras penas.

—De eso nada, Cris. ¿Quieres perderte lo mejor? —pregunta Susan sonriendo.

—Para ya, Susan. Creo que es suficiente —comenta Nash.

—No, chicos, Cris tiene derecho a saberlo todo —tercia Matt.

Cameron sigue estrechándome la mano sin dejar de mirarme. Respira hondo y prosigue:

—No obstante, mi plan tenía un obstáculo: yo no te gustaba y tú no me caías bien. A ti te gustaba Matt, así que debía quitármelo de encima como fuera. Intenté por todos los medios interponerme entre vosotros dos para que Susan se pusiera celosa y lo hice tan bien que ella empezó a odiarte de verdad, Cris. He de reconocer que al principio solo fuiste una chica cualquiera que me sirvió para llevar a cabo un plan idiota, una chica que debía enamorarse de mí para que Susan se enfadase aún más. Pero no fue tan fácil como pensaba. Con el tiempo te fui conociendo y no tardé mucho en darme cuenta de que la «representación» estaba empezando a tomar otros derroteros, que me estaba enamorando de ti. No obstante, estaba decidido a seguir con mi plan. Aprovechando el odio que Susan sentía ya por ti, Cloe habló con ella y la convenció para que consiguiera que Matt empezara a salir con Tamara. Cloe y yo queríamos alejarte de él para que te fijaras en mí. Al ver cómo reaccionaste al saber que Matt te estaba engañando comprendí que estaba cometiendo un error, no quería que sufrieras por mi culpa. En ese momento empecé a dudar de todo. Me habría gustado poner punto final a las mentiras, pero le había prometido a Cloe que la ayudaría a descubrir al responsable de la muerte de su hermana y no sabía cómo salir de esa situación. Entretanto, ciertas personas se habían enterado de nuestro plan, Matt entre ellas. El asunto me estaba superando y no sabía cómo detenerlo. Me habría gustado hacerlo, Cris, créeme, pero la verdad parecía tan próxima y todos me...

Me pongo en pie para alejarme de él.

—No intentes justificarte. Sigue —digo con los ojos llenos de lágrimas.

—Cris...

Alarga el brazo para cogerme una mano, pero yo le grito:

—Te he dicho que sigas, Cameron.

—Le pedí a Sam que ayudara a Lexy con las noticias. Pensaba que eso aceleraría las cosas. Creíamos que durante las vacaciones en la montaña todo se aceleraría, y así fue. Cuando, por fin, empezamos a salir juntos, no veíamos la hora de que Lexy se enterase y, en consecuencia, Susan. La reacción de ella fue la que esperábamos. Susan parecía haberse vuelto loca, creíamos que no tardaría en desenmascarse y que la absurda situación que se había creado daría sus frutos. No obstante, en ese momento empecé a temer seriamente por ti, porque el día en que Susan te dijo que ibas a acabar como Carly comprendí que te estaba exponiendo a un riesgo real. Además, me había enamorado de ti y no podía permitir que te hicieran daño. Así pues, decidí volver con Susan para protegerte de ella. Creo que fue uno de los periodos más difíciles de mi vida. Estaba obsesionado contigo, no dejaba de pensar en todo lo que habíamos hecho juntos. Creía que me iba a volver loco, pero la historia no podía repetirse de nuevo, me lo decía una y otra vez para poder estar lejos de ti. La situación se complicó aún más cuando empezaste a salir con Miller. No solo tenía celos, además tenía miedo de perderte, porque sentía que no podía fiarme de él. Cuando, después, Cloe regresó, las cosas cambiaron. Todos empezamos a sentirnos culpables. A esas alturas ya eras parte fundamental de nuestras vidas, de manera que decidimos abandonar el plan. La situación empezaba a ser demasiado peligrosa para ti, habíamos caído solos en una trampa, así que nuestro único objetivo era defenderte —concluye.

Estoy atónita.

—Te has olvidado de algo fundamental, Dallas. Así no vale —comenta Susan levantándose y sentándose a su lado.

¿Qué más puede haber? ¿Qué otra cosa puede herirme tanto como estas palabras?

—Debes saber, mi querida Cris, que cuando te decía que me estaba divirtiendo mucho con Cameron no bromeaba. Después de que rompierais nos vimos continuamente, así que mis celos estaban más que justificados. Solo rompió del todo conmigo el día antes del viaje del instituto. Hasta ese momento nos vimos sin que tú lo supieras. Cuando no estaba contigo, estaba conmigo —explica Susan.

—Formaba parte del plan. No podía permitir que te hiciera daño. Quería que confesara todo —dice Cameron dando un paso hacia mí—. Yo te quiero, Cris. Más que a cualquier otra cosa. Perdóname, por favor.

Miro al suelo sin dejar de llorar, no sé qué decir ni qué hacer.

—Cris... —Cameron me aferra una mano y se acerca más a mí.

Entonces pierdo la paciencia y, casi sin darme cuenta de lo que estoy haciendo, golpeo su cara con la mano.

—Me das asco. No vuelvas a acercarte a mí ni a dirigirme la palabra —digo mirándolo a los ojos. Después me giro hacia los que, hasta ahora, consideraba mis mejores amigos—. Lo mismo vale para vosotros.

—Intenta comprenderlo, Cris —dice Cloe.

—¡Idos a la mierda y desapareced para siempre de mi vida! —grito echando a correr.

No sé adónde voy ni tampoco me interesa. Lo único que quiero es alejarme lo más posible de esa banda de idiotas.

Todo era una representación, un estúpido montaje para averiguar si Susan es una enferma mental. Solo me han utilizado.

No puedo dejar de preguntarme qué habría pasado si Cameron no me hubiera elegido como la desgraciada que debía acabar como Carly. ¿Me habría enamorado de él de todas formas o me habría quedado con Matt?

Sabía que descubrir la verdad me haría daño, pero jamás habría imaginado que podía ser tanto. Tenían razón cuando decían que me iba a enfadar con todos. No quiero volver a saber nada más de ninguno de ellos. No se merecen que los perdone. Si no hubiera sido por Trevor habría acabado como Carly y ahora no estaría aquí, llorando como una tonta por unas personas que nunca me han querido de verdad.

Sin darme cuenta he llegado a mi casa. Cojo el móvil para ver quién me está llamando y compruebo asqueada que es Cameron. ¿De verdad piensa que soy tan imbécil como para contestarle?

—De todas formas, estoy aquí —dice a mi espalda.

¿Me está tomando el pelo? ¿Me ha seguido?

—Cris —insiste.

—¿Qué quieres, Cameron? —le grito.

—Lo siento.

—¿En serio? ¿Lo sientes? Me habéis utilizado como si fuera un juguete. Os habéis burlado de mí durante todo este tiempo, tú sobre todo, ¿y ahora dices que lo sientes? ¡No quiero volver a verte! ¡Jamás!

—Nunca has sido un juguete. ¡Yo te quiero, Cris! Y sé que tú también me quieres. Me equivoqué, lo sé, y jamás me lo perdonaré. Pero te juro, Cris, por lo que más quieras, que eres la persona más importante de mi vida y que no quiero perderte. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para que me perdones —suplica mirándome a los ojos—. Contigo me he convertido en una persona mejor, Cris, mi vida estaría vacía sin ti.

Su mirada me estremece, pero lo que ha hecho me ha destrozado. Tengo que borrarlo de mi vida.

—Adiós, Cameron —digo con los ojos anegados en lágrimas. Me vuelvo y entro corriendo en mi casa.

—No, Cris, perdóname, por favor. —Su voz se oye cada vez más cerca mientras cierro la puerta—. ¡Cris, por favor! —grita Cam golpeándola.

Me apoyo en la madera, me agacho y rompo a llorar.

—¡Abre la maldita puerta, Cris! —insiste, pero me da igual.

Me tapo los oídos y espero a que se calle, a que se rinda por fin.

Respiro hondo tratando, en vano, de contener las lágrimas. Jamás habría imaginado que la persona a la que quiero podía darme un golpe tan bajo. Y lo peor es que sé que me va a costar olvidarlo. Cameron formaba ya parte de mí.

Alguien me acaricia con dulzura una mano interrumpiendo mis pensamientos. Alzo la mirada.

—¡Kate! —Le rodeo el cuello con los brazos y la estrecho contra mi cuerpo.

—¿Qué ha pasado, Cris? —me pregunta preocupada acariciándome el pelo.

—¿Puedo contártelo después? Ahora no tengo ganas. Necesito estar un poco sola —susurro poniéndome en pie.

Me acaricia la cara y me enjuga las lágrimas.

—Por supuesto.

Entro en mi habitación y me acerco a la cama. Rabiosa, agarro el tablero de corcho con las fotos y lo tiro al suelo con fuerza. El estruendo me alivia, así que repito el gesto golpeándolo contra el suelo varias veces hasta que lo rompo por completo.

Cuando empiezo a calmarme me doy cuenta del desastre que acabo de hacer: hay fotos rotas y pedazos de madera por todas partes.

Me agacho y me concentro en la respiración, pero las voces de Kate y de Cameron se oyen cada vez más fuertes.

—¡Déjame entrar! —grita Cameron.

—Ahora no —responde Kate tratando de mantener un tono sereno.

—Soy su novio. ¡Debo estar a su lado!

Sin darme cuenta salgo como una exhalación de mi cuarto.

—¿Mi novio?! ¿Cuándo has sido mi novio? ¿Mientras ejecutabais vuestro estúpido plan? ¿Mientras salías conmigo y con Susan a la vez? No, Cameron, nosotros nunca hemos salido juntos. ¡Nunca! —grito mientras voy hacia la puerta de casa y la abro para que salga.

Cameron franquea el umbral sin encontrar el valor de replicar. Comprendo que he dado en el blanco, que le he herido.

—No te vuelvas a acercar a mí.

—De acuerdo, como quieras, pero debes saber que todas las veces que te he dicho que te quería era sincero. Jamás te he mentado sobre eso —declara mientras cierra dando un portazo.

Por qué no se puede volver atrás en el tiempo? ¿Por qué no es posible resetear la mente y el corazón y borrar los recuerdos? La vida sería más sencilla si alguien encontrara la manera de hacerlo.

Creía que la última semana de instituto antes de las vacaciones de primavera, con la perspectiva de hacer una pausa en la rutina escolar, iría mejor, pero, por lo visto, me equivocaba.

No sé cuántas noches en blanco he pasado imaginando cómo habría sido mi vida si Cameron no se hubiera entrometido en ella y no lo hubiera conocido, ni a él ni al resto del grupo. Pero estos pensamientos no ayudan.

Tampoco ayuda recordar los momentos en que la relación entre Cam y yo iba viento en popa. El amor nos ciega, es cierto, y yo estaba tan enamorada de él que no me daba cuenta del daño que me estaba haciendo. Qué estúpida he sido.

Sin Cameron los días parecen vacíos y carentes de sentido. Cada vez que salgo de casa espero encontrar su coche aparcado delante de la puerta. Cada vez que llego al instituto y miro alrededor me parece ver algo de él, de su sonrisa, de su mirada, en todas las personas con las que me cruzo.

No puedo seguir así. No puedo permitir que arruine mi vida.

Tengo que ser fuerte y concentrarme en el estudio o en cualquier otra cosa que no me recuerde a Cameron y al resto del grupo.

Hoy es el último día de clase antes de las vacaciones de primavera y espero que la semana de pausa me ayude a olvidar a Cam. «Ojos que no ven, corazón que no siente», se dice. Espero que este viejo dicho valga también en mi caso.

Me enjugo las lágrimas y respiro hondo. El día aún no ha empezado y ya estoy deseando que termine. Algo me dice que se me va a hacer eterno.

Cuando salgo de la habitación me encuentro con mi primo, que me mira preocupado.

—¿Estás bien, Cris?

Luke ha venido a visitarnos desde Carolina del Sur y estos días me ha hecho mucha compañía. Hacía mucho que no nos veíamos. Ha sido estupendo reencontrarnos y poder hablar de nuestras vidas.

—Sí —miento, esbozando una sonrisa forzada.

—Ya verás que a medida que pasan los días te irás sintiendo mejor. —Se acerca y me da un abrazo—. ¡Encontraste a la persona equivocada en el momento equivocado! No tardarás en encontrar a la persona adecuada en el momento adecuado —me susurra al oído.

El problema es que no quiero que nadie más entre en mi vida, exceptuando a Cameron.

—Cris —dice mi madre aproximándose a nosotros—. ¿Estás segura?

No deja de preguntármelo, pese a que siempre le contesto lo mismo: sí, quiero pasar la próxima semana en Carolina del Sur, lejos de aquí.

Me ha costado un poco convencer a mis padres, pero al final han aceptado.

—Sí, necesito cambiar de aire. Ha sido un periodo difícil.

Mi madre no sabe exactamente qué ha ocurrido entre Cameron y yo. Solo le he dicho que hemos roto

porque nos hemos dado cuenta de que no estamos hechos el uno para el otro. No me apetecía contarle más. Mis padres son muy amigos de los Dallas y si soy sincera con ellos puedo hacer mucho daño.

—De acuerdo, cuando vuelvas a casa te ayudaré a hacer las maletas —dice mientras entra en su habitación.

—¡Aguanta, Cris! ¡Ya queda poco! ¡Haz un último esfuerzo! —Luke sonrío.

—¡Estoy deseando ir a la universidad como tú! —contesto mientras salgo de casa.

Sorprendida, veo que Trevor me está esperando en su moto y que tiene un casco para mí. Corro hacia él gritando de alegría. Lo abrazo y apenas él me estrecha contra su cuerpo me siento mejor.

—¡Eh! ¡Menudo entusiasmo!

—¿Seguro que quieres ir en moto? —Solo han pasado dos semanas desde que tuvo el accidente y es la primera vez que Trevor vuelve a cogerla.

—Sí, estos días he estado bastante bien, así que creo que ha llegado el momento de volver a las buenas y viejas costumbres. Ponte el casco, vamos. —Sonrío.

Trevor, claro está, sabe todo. Es más, cuando se enteró no le sentó nada bien, se enfadó muchísimo. Por un momento temí que quisiera vengarse de Cameron, pero, por suerte, logré convencerlo de que olvidara todo.

Lo abrazo con fuerza mientras avanzamos rápidamente entre el tráfico.

—¿Preparada? —me pregunta cuando llegamos a nuestro destino.

Asiento con la cabeza y, tras respirar hondo, entramos en el instituto para iniciar el último día de clase antes de las vacaciones.

En los pasillos hay una atmósfera especial, casi eufórica. Todos tienen dibujada en la cara una sonrisa estúpida, como si fuera el día más bonito de su vida. Algunos escuchan incluso música a todo volumen. Hay carteles del baile del instituto por todas partes: en las paredes, las taquillas, las ventanas y las puertas.

Trevor y yo nos dirigimos a mi taquilla. Me gustaría volver al primer día de instituto, cuando Nash me enseñó el centro. Si hubiera sabido cómo iban a ir las cosas no habría acabado así.

Apenas cierro la taquilla y me vuelvo me encuentro con los maravillosos ojos oscuros de Cameron. Me estremezco. Él baja la mirada y pasa por delante de mí sin hacerme caso.

Siento que el corazón se me rompe en mil pedazos, a la vez que intento dominar la respiración y contener las lágrimas.

—Eh. —Trevor me sacude el brazo y me mira preocupado.

—Todo va bien —digo echándome la mochila al hombro.

—Sé que ahora te parece imposible, Cris, pero con el tiempo te olvidarás de él y todo será más fácil.

—¿Y si no puedo, Trevor? Lo que siento por Cam es tan fuerte que ni siquiera sé cómo describirlo. Jamás me había ocurrido algo así.

—Y no será la última vez que te ocurra. Sucederá de nuevo y Cameron será solo un recuerdo lejano. —Sonrío.

Ojalá tenga razón.

—¡Hola, Matt!

Miro en la misma dirección que Trevor. Matt camina hacia nosotros con la mochila al hombro. No hemos vuelto a dirigirnos la palabra después de lo que sucedió en el parque, y he de reconocer que lo siento. En el fondo él no tuvo nada que ver con ese absurdo plan, es más, en cierto sentido fue también víctima de él, igual que yo. Además, de no haber sido por él quizá nunca habría sabido la verdad.

—Hola, chicos. Esta noche Ashley celebra una fiesta en su casa. ¿Vais a ir? —pregunta.

—¿Te apetece? —me propone Trevor.

—Lo siento, pero no puedo. Tengo que preparar las maletas, mañana me voy a Carolina del Sur.

—¡Lástima! Te habrías divertido. Nos vemos luego, chicos. —Después de despedirse de nosotros Matt se dirige a su taquilla.

No me da ninguna pena no poder ir a la fiesta. Estoy segura de que no me habría divertido nada.

—¿Vas a casa de Luke? —pregunta Trevor sorprendido.

Es cierto, no le he comentado nada.

—Sí.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

Me paro en medio del pasillo y lo miro.

—Lo siento, Trevor, han sucedido tantas cosas estos días que se me olvidó.

—Casi parece una fuga. ¿Lo haces por ellos?

—Necesito irme una temporada de esta ciudad. Eso es todo.

—Mmm... Es como decir: «Tengo miedo de enfrentarme a esos imbéciles y me doy por vencida». ¿No entiendes que así solo pospones el problema? Cuando vuelvas la situación será idéntica.

Recuerdo el sinfín de SMS y de llamadas de Sam, Cloe y Nash que he ignorado en los últimos días. Por suerte, han captado el mensaje y en el instituto no se han acercado a mí para hablar.

—Ahora da igual. Ya lo he decidido y nada ni nadie me hará cambiar de idea. —Me vuelvo y entro en clase.

Voy a sentarme a mi sitio, saco las cosas de la mochila y cuando alzo la mirada veo a Sam. Está de pie cerca de la mesa del profesor y me está mirando con una expresión tristísima. Cameron le da un golpe en un hombro cuando pasa por su lado y, mirando al suelo, se sienta en el pupitre detrás del mío.

La manera en que se comporta con Sam me da qué pensar. Espero que no haya cambiado nada entre ellos y que Cameron no vuelva a tratarla mal. Meneo la cabeza para desechar este pensamiento. No debo preocuparme por eso, ya no es asunto mío.

Comienza la clase y todos van a su sitio.

—Bueno, chicos, nos estamos acercando al final del año escolar. Después de las vacaciones de primavera quedará justo un mes —dice el profe sentándose a su mesa—. Me gustaría que cada uno de vosotros saliera a la pizarra y contara al resto de la clase cuál ha sido el mejor momento del año, tanto desde el punto de vista didáctico como personal.

La pregunta no puede ser más acertada. ¿Qué he aprendido este año? Bueno, a decir verdad, muchas cosas buenas y malas. He aprendido a no fiarme del todo de las personas, porque cuando menos te lo esperas pueden apuñalarte por la espalda, pero también he aprendido a perdonar y a conceder una segunda oportunidad, porque todos nos equivocamos tarde o temprano. He aprendido que querer no es fácil, pero también he aprendido a ser más fuerte y a afrontar las adversidades sin dejarme llevar por el pánico.

¿El mejor momento? Sin lugar a dudas cuando Cameron me dio a entender que compartía mis sentimientos y yo me sentí la chica más feliz y afortunada del mundo. Luego, sin embargo, descubrí que todo era falso, un estúpido montaje.

El profesor llama a un par de personas al azar, entre las que se encuentra Susan, cuya respuesta me sorprende.

—Dallas, vamos, oigamos si para un veterano como tú este año ha sido diferente de los demás —bromea el profesor.

Tras protestar un poco Cameron se levanta y se acerca a la tarima.

Lo odio tanto por lo que ha hecho que no puedo siquiera mirarlo.

—Profe, lo único distinto que ha ocurrido este año es que su iniciativa me hace sentirme ridículo —

comenta Cameron resoplando.

—Cameron, debes responder como han hecho tus compañeros hasta ahora —lo regaña el profe.

—¿Es necesario?

—Sí —insiste él.

Cameron inspira hondo y, al cabo de unos minutos de silencio, dice:

—No pensaba que este año fuera a ser diferente de los demás. Creía que se repetiría de nuevo la misma historia: «Todo y todos me importan un comino. Si me apetece estudiar, bien; en caso contrario, cambiaré de instituto». Hasta que encontré un motivo válido e inesperado que me hizo pensar que valía la pena seguir adelante en lugar de quedarme rezagado.

Alzo los ojos un instante y nuestras miradas se cruzan. Es evidente que está hablando de mí. Me siento terriblemente cohibida.

—¿Sabéis lo que es volver a ver la luz después de un periodo oscuro y triste? Pues bien, yo sé lo que quiere decir gracias a una persona especial, que hechizó mi corazón y dio un vuelco a mi vida con una simple mirada y una sonrisa que no puede ser más dulce. No creía que fuera posible, pero la verdad es que la vida está llena de sorpresas. Esta persona me ha ayudado a entender muchas cosas. Gracias a ella ahora me llevo bien con mi hermana, he encontrado un motivo para estudiar y he vuelto a ser el Cameron que los demás no veían desde hacía mucho tiempo. He comprendido que la confianza es algo precioso que, una vez que se pierde, es muy difícil de recuperar. He aprendido qué significa tener miedo a perder a una persona.

Tengo los ojos hinchados de lágrimas. Noto que todos me están mirando.

—Ahora también sé que cometí un error, porque debería haber sido sincero con ella. Si le hubiera contado todo desde el principio ahora esa persona aún estaría conmigo.

El timbre suena y me levanto para ir al cuarto de baño. Cruzo a toda prisa el pasillo enjugándome las lágrimas.

Entro y me apoyo en el lavabo respirando hondo para serenarme.

—Cris. —Su voz se difunde en el baño.

Callo. Sé que si intento hablar me echaré de nuevo a llorar.

—Cameron, no —susurro apenas apoya una mano en mi cara.

—Lo siento —susurra inclinándose hacia mí.

—No me interesa —digo sin alzar la mirada.

—Sí que te interesa. Si te diera igual no estarías aquí llorando —replica con dulzura acariciándome una mejilla—. Antes no mentía. Pienso de verdad todo lo que he dicho. Te quiero, Cris.

Levanto la mirada hacia él.

—También lo decías mientras seguías adelante con tu estúpido plan. No te creo y nunca volveré a creerte.

Dicho esto salgo dejándolo solo.

Me encantaría pasar el resto de mi vida aquí con Luke y la tía Rory.

Todo sería más sencillo, sin problemas ni personas que no hacen otra cosa que mentirme. Una vida alegre y despreocupada en compañía de Luke y de sus amigos.

Me ha venido bien pasar un poco de tiempo fuera de Miami, en parte porque así he tenido ocasión de reflexionar sobre quién soy y sobre lo que quiero: quiero ser feliz y para eso debo quitarme de la cabeza a Cameron, a Sam y a todos los demás.

No debo permitir que vuelvan a entrar en mi vida, porque me da miedo que vuelvan a hacerme daño, y, si he de ser franca, lo último que quiero en este momento es sufrir por unas personas que no se merecen mi amistad ni mi perdón. Temo que el daño que me han hecho me marcará para el resto de mi vida.

Hoy he mirado con atención la web de la Universidad de California y he tomado una decisión: cuando termine el instituto volveré a Los Ángeles, mi ciudad.

¡Daría cualquier cosa por saltarme el último año de instituto y empezar enseguida una nueva vida en California!

—Cris —dice alguien llamando a la puerta.

—Entra. —Sé ya que es Luke.

—¿Cómo va hoy? —pregunta sentándose en la cama a mi lado.

Hace unas noches salí al balcón de mi habitación para mirar las estrellas. Al recordar lo que había sucedido en Miami me eché a llorar y Luke entró en mi cuarto justo en ese momento. Pude desahogarme por primera vez con alguien y reconozco que luego estaba mejor. A partir de ese día Luke me pregunta todas las mañanas cómo estoy. Se preocupa muchísimo por mí y le estoy muy agradecida.

—¡Mejor! Solo que no me apetece volver a Miami.

—Tus viejos amigos habrán entendido ya que no quieres volver con ellos y respetarán tu decisión, ya lo verás.

No puedo dejar de pensar en Cameron, con él todo será complicado.

—¿Seguro que no quieres quedarte hoy con nosotros? Podemos cambiar el billete —sugiere Luke.

—Me encantaría, pero creo que es hora de volver a casa. Además, a pesar de que me cuesta reconocerlo, echo de menos a mi familia —confieso.

—Lástima, los chicos se han encariñado contigo.

—Los echaré de menos, tienes mucha suerte de tener unos amigos tan simpáticos.

—¡Cris! Es hora de salir —grita la tía Rory.

—Espera, yo lo haré. —Luke aferra mi maleta y bajamos a la planta baja.

Es temprano, así que las calles aún están vacías, de manera que llegamos al aeropuerto con un adelanto razonable respecto a la hora de salida.

—¿Estás emocionada por volver a Miami? —me pregunta la tía Rory cuando acabo de facturar.

—No mucho, si de mí dependiera me iría a Los Ángeles.

—¡Estoy segura de que Miami tampoco está nada mal, Cris! En el fondo, ¿desde hace cuánto vives

allí? Si no me equivoco aún no hace un año. Lo más probable es que todavía no te hayas integrado, espera a que pase un poco más de tiempo y verás como te encuentras mucho mejor.

—Sí, puede que tengas razón. —Esbozo una sonrisa forzada.

—El año próximo será también el último de instituto, ¿verdad? ¿A qué universidad te gustaría ir?

—Iré a la de Los Ángeles. Quiero volver allí como sea —explico.

—¡Vaya! Yo también estoy pensando en seguir estudiando en Los Ángeles —dice Luke.

—¿Te vas a marchar de Charleston? —pregunto aturdida. Creía que le encantaba esta ciudad.

—Sí, me gustaría ir a UCLA.

—¡Dios mío! ¡Es genial! ¡Eso significa que iremos a la misma universidad y que nos veremos casi a diario!

—¡Seguro que no nos aburriremos! —dice guiñándome un ojo.

—¡Luke! ¡No lles a Cris por el mal camino! —lo regaña la tía Rory.

La conversación se interrumpe cuando suena mi móvil. Respondo sin mirar siquiera quién es, convencida de que se trata de mi madre.

—Hola, estoy ya en el aeropuerto y dentro de una hora saldré para Miami.

Espero a que mi madre diga algo, pero no oigo nada. Qué raro.

—¿Cris?

En cuanto reconozco la voz que está al otro lado de la línea me estremezco y aparto el móvil de la oreja.

No puede ser Cameron. ¿Por qué demonios me ha llamado?

—No cuelgues, Cris. ¡Espera! —dice, y yo vuelvo a apoyar el móvil en la oreja.

La verdad es que he añorado muchísimo su voz y oírla me hace sentir mejor.

—En realidad quería llamar a Nash —explica con una voz extrañísima—. Por lo visto he marcado tu número sin querer, pero en cualquier caso me alegro de oírte. Te echo de menos, Cris, y...

Aturdida, me apresuro a colgar.

—¿Va todo bien? —pregunta Luke notando mi expresión turbada.

—Esto..., sí, solo debo ir al cuarto de baño. —Me levanto y me alejo para estar un poco sola.

Me gustaría llamar a Cam y decirle que yo también lo echo de menos, pero sé que sería un error.

Para evitar tentaciones escribo un breve mensaje a mi madre diciéndole que todo va bien, apago el móvil y vuelvo a sentarme al lado de Luke.

Al cabo de un rato una voz metálica anuncia que mi vuelo está listo para embarcar, así que me levanto para despedirme de la tía Rory y de Luke.

—Gracias por todo, tía. He estado muy a gusto con vosotros.

—Nos veremos pronto, querida. Siempre es un gusto tenerte aquí —susurra mientras me da un fuerte abrazo.

Luego me despido de Luke.

—¡Trata de no meterte en líos si puedes, primo! —le digo dándole un sonoro beso en la mejilla.

—No puedo prometértelo —contesta riéndose mientras se aleja.

—¡Espero tu visita! —añado con aire amenazador, y él se ríe y asiente con la cabeza.

Cojo mi maleta, paso el control y me dirijo a la puerta de embarque.

El vuelo ha sido bastante aburrido, pero por suerte he conseguido dormir casi todo el tiempo.

Después de aterrizar en Miami y de recoger las maletas salgo del aeropuerto y miro alrededor mientras enciendo el móvil. No hay nadie esperándome, así que marco el número de mi madre.

—¿Dónde estás, cariño?

—Hola, mamá, he recogido ya el equipaje y he salido de la terminal. ¿Estáis fuera?

—No, Cris, le he pedido a Trevor que pase a recogerte porque en este momento estamos ocupados — me explica.

—De acuerdo. ¿Qué estáis haciendo?

Al fondo se oye la voz de Kate, parece que se está riendo, o gritando algo que no alcanzo a comprender.

—Los Dallas nos han invitado a comer. —Al oír estas palabras se me hace un nudo en la garganta—. Si Trevor aún no ha llegado no tardará en hacerlo. Deja las maletas en casa y ven aquí, os esperamos para comer juntos.

Pese a que me estoy muriendo de hambre, prefiero quedarme sin comer todo el día a ir a casa de los Dallas. Confío en que la fortuna juegue a mi favor y que Cameron y Sam no estén en casa.

—¿Tengo que ir? —protesto.

—Cariño, olvida por un momento tus problemas con Cam y piensa que su madre ha organizado una comida para celebrar tu regreso. ¡Te estamos esperando y no vemos la hora de darte un abrazo! —dice emocionada.

Resoplo.

—Está bien, hasta luego.

Me vuelvo mirando el móvil y alguien tropieza conmigo y me tira un líquido hirviendo en la camiseta. No me lo puedo creer.

—¡Uy! —exclama una señora riéndose, que escapa sin pedirme siquiera perdón.

«¡Bienvenida a Miami, Cris!», pienso.

—¡Cris! —Al alzar la mirada veo la preciosa sonrisa de Trevor. Corre hacia mí para abrazarme, pero yo lo detengo.

—Una señora acaba de tropezar conmigo y me ha tirado café hirviendo en la camiseta. Yo en tu lugar dejaría el abrazo para luego.

Trevor se echa a reír.

—¡La Cris de siempre! —Se acerca a mí, me da un beso en la mejilla y me coge la maleta y la mochila—. ¿Tu madre ya te ha dado la buena noticia? —pregunta cuando llegamos a su coche.

—¿Buena noticia? —Espero que no se refiera a la comida en casa de los Dallas.

—Después de dejar las maletas iremos a casa de Cameron —dice abriendo el maletero.

—¿Tú también vienes?

—Sí, por desgracia. No sé qué está pasando, pero da la impresión de que nuestras familias cada vez

están más unidas. Nuestras madres han salido tres veces de compras juntas esta semana. Nuestros padres, en cambio, se han dedicado a ver los partidos de fútbol por las tardes.

—Al menos me harás compañía —digo subiendo al coche y cerrando la puerta—. Y no estaré sola con Cameron y con Sam.

Entra también y se abrocha el cinturón de seguridad.

—Te propongo una cosa.

—¿Qué?

—Ninguno de los dos quiere pasar el día en esa casa, así que después de comer iremos a la playa. ¿Qué te parece?

—¡Es una idea estupenda! —Río y chocamos los cinco.

Al llegar delante de mi casa por mi mente pasan un montón de recuerdos. En especial uno: la tarde en que me peleé con Cameron después de haber descubierto todo. Él aporreaba la puerta diciéndome que le abriera, mientras yo lloraba al otro lado desesperada.

—¿Entras o piensas pasar el resto del día aquí fuera? —pregunta Trevor.

Mi mente vuelve a la Tierra y entro en casa.

—Te espero aquí —dice él saliendo después de haber dejado las maletas en el recibidor.

Cuando entro en mi habitación noto un orden que no había antes de que me marchara. Algo brilla en la cama y me acerco para ver qué es. Casi me echo a llorar cuando reconozco la cadenita que me regaló Cameron por mi cumpleaños. Me la quité antes de ir a Charleston, porque quería olvidarme de todo. Y creía que lo había conseguido. Pero la verdad es que para olvidar a Cameron debería trasladarme a otro país o al otro extremo del mundo, y puede que ni siquiera así lo lograra.

Los recuerdos son demasiado dolorosos, así que decido darme prisa para salir lo antes posible de mi cuarto. Aún no me puedo creer que mi madre haya aceptado la invitación a comer de los Dallas sabiendo que la relación entre Cameron y yo va fatal.

—¡Por fin! —dice exultante Trevor cuando subo al coche—. Empezaba a pensar que no ibas a volver.

—Perdona, he tenido que cambiarme de camiseta —digo para justificarme mientras me abrocho el cinturón de seguridad.

Cuando aparcamos delante de casa de los Dallas me invade el pánico, pero intento disimular lo mejor posible.

—¿Estás lista? —pregunta Trevor.

Asiento con la cabeza.

—Trata de comer deprisa.

—Por supuesto. —Trevor se ríe mientras nos bajamos del coche.

«Que no abra Cameron, por favor, que no abra Cameron», repito para mis adentros como si fuera un mantra.

La puerta se abre y aparecen las caras confortantes de la señora Dallas y de mi madre.

—¡Mamá! —exclamo arrojándome a sus brazos.

—Cariño, ha pasado solo una semana, pero parecen meses —me susurra al oído.

—Yo también os he echado muchísimo de menos. —Sonrío mientras me separo de ella y saludo afectuosamente a la señora Dallas.

—¡Criiis! —grita Kate corriendo y abalanzándose sobre mí—. ¡No sabes cuánto te he echado de menos!

—¡Yo también, hermanita! —Sonrío.

Entramos en casa y, después de saludar a todos, Trevor y yo nos sentamos en el sofá del salón para esperar a que sirvan la comida.

Por el momento no hay rastro de Cameron ni de Sam.

—En cualquier caso, los Dallas saben todo —me susurra Trevor.

—¿Todo? —pregunto sorprendida.

—Bueno, todo no. Saben que has reñido con Cameron y Sam por algo grave y que no queréis hacer las paces.

Bajo la mirada apenas oigo que alguien está bajando por la escalera. Aún no estoy preparada para ver a Cameron. Los pasos se alejan y exhalo un suspiro de alivio.

—No veo la hora de salir de aquí —confieso, aún agitada.

Solo logro calmarme cuando Trevor me aferra una mano y me susurra en tono tranquilizador:

—No te preocupes, todo irá bien.

—¡A comer! —El anuncio de mi madre me arranca una sonrisa. Jamás habría imaginado que la iba a echar tanto de menos.

Cuando entramos en el comedor aún no hay nadie sentado a la mesa y la débil esperanza de que Cameron y Sam no estén en casa empieza a abrirse paso en mi mente.

Los padres llegan y toman asiento. Después la voz de la señora Dallas da al traste con mis esperanzas:

—¡Vamos, chicos! ¡Solo faltáis vosotros!

Sam y Cameron entran en el comedor y nos miramos.

Me gustaría correr hacia Sam y abrazarla, pero la rabia que aún siento supera el deseo de reconciliarme con ella. La consideraba mi mejor amiga y esperaba que, al menos ella, fuera sincera conmigo. En cambio, prefirió conspirar con los demás y ocultármelo todo.

En la comida reina un silencio embarazoso, lo único que se oye es el tintineo metálico que hacen los tenedores contra la cerámica.

Trevor me mira de vez en cuando y me sonrío para animarme.

La señora Square rompe el silencio:

—¿Cómo te ha ido con Luke en Carolina del Sur, Cris?

Levanto la mirada del plato y le sonrío.

—Muy bien, gracias.

—Lo importante es que te hayas divertido y que hayas disfrutado de las vacaciones. Este último mes va a ser duro. Supongo que ya habrás pedido la matrícula en la universidad —dice el señor Dallas.

—La verdad es que sí. Envié la solicitud antes de marcharme.

—¿Dónde te gustaría ir? —pregunta la señora Dallas.

—A UCLA. Quiero volver a Los Ángeles después de la graduación.

Un ruido repentino me hace callar. Todos nos volvemos hacia Cameron.

—Perdón, el tenedor... —Se inclina para recogerlo del suelo.

—¿Así que no piensas quedarte en Florida? —insiste la señora Dallas.

—No, no tengo ningún motivo para quedarme aquí. —Esbozo una sonrisa y me concentro de nuevo en el plato.

—¿Y tú, Cameron? —pregunta mi madre.

—Yo he escrito a varias universidades. Después decidiré a cuál quiero ir —dice con aire indiferente.

—Sería estupendo que los cuatro fuerais a la misma universidad, ¿no os parece? —pregunta la madre de Trevor emocionada.

Los cuatro bajamos la mirada.

No creo que la señora Square se haya dado cuenta de que ha metido la pata hasta el fondo.

—Como nosotros. ¿Os acordáis de lo bien que lo pasamos en la universidad? —tercia mi madre cambiando de tema.

Miro a Cameron unos segundos y, por suerte, él no se da cuenta. No tiene la menor idea de lo mucho que me ha hecho sufrir ni de cuánto lo he echado y lo echo de menos.

Miro extasiada sus labios mientras se posan en el borde del vaso. Y pensar que hasta hace poco tiempo esos labios besaban los míos...

—He terminado —susurra Trevor a mi lado.

—Bien —respondo desviando la mirada de Cameron.

—Bueno, nosotros nos vamos —anuncia Trevor a la vez que se pone en pie.

—No, esperad. Falta el postre —dice la señora Dallas levantándose de la mesa.

—Deja que Cris vaya a por él, querida. Ya has hecho demasiado —propone mi madre.

Sé de sobra a qué está jugando y me molesta mucho que se meta en mis asuntos.

—Ve a ayudar a Cris, Cam —sugiere la señora Dallas, como era de esperar.

—Creo que será mejor que vaya Sam —comenta él esbozando una sonrisa, falsa a más no poder.

—Puedo hacerlo sola.

—No, Cris, no creo que encuentres los platos y los tenedores sin mi ayuda —tercia Sam.

Me rindo.

Una vez en la cocina Sam apoya la tarta en la mesa y yo empiezo a cortarla.

—¿Te divertiste en Carolina? —me pregunta.

¿Después de todo lo que ha pasado ahora me pregunta si me he divertido? Me hago la sueca, no me vuelvo ni le contesto.

—Lo siento mucho, Cris. De verdad. —Deja los platitos de postre en la mesa.

Sigo ignorándola. Me he prometido seguir adelante sin Sam y los demás y no tengo la menor intención de reconsiderar mi decisión.

—Sé que estás pasando por un mal momento, pero no creas que para nosotros es más fácil. Sobre todo para Cameron. Está fatal. Además, no hemos vuelto a saber nada del resto del grupo. —Calla unos segundos para observar mi reacción—. Si podemos hacer algo para que nos perdones, dínoslo, Cris. Te juro que estamos dispuestos a hacer lo que sea.

Sirvo el último pedazo de tarta en el plato y miro a Sam a los ojos.

—Lo único que podéis hacer es alejaros de mí. Para siempre.

—Ninguno de nosotros piensa hacerlo. No queremos perderte, haremos lo que sea para convencerte de que nos perdones.

—Lo único que podéis hacer para mejorar la situación es dejarme en paz, Sam. Créeme —le sugiero.

No sé si más adelante podré perdonarla, pero por el momento tengo un solo objetivo: distanciarme de ellos y recuperar un poco de serenidad. Y eso es precisamente lo que voy a hacer.

Hace apenas dos días que regresé a Miami y ya añoro la semana despreocupada que pasé con Luke. He salido con Trevor todas las noches y, pese a que su compañía me alivia, sigo echando de menos a mis amigos. Mejor dicho, a aquellos que consideraba mis amigos.

—¿Estáis preparadas para volver al instituto? —pregunta mi madre mientras desayunamos.

—¡Me muero de emoción! —contesta Kate resoplando mientras se sienta a mi lado.

Supongo que ella tampoco tiene muchas ganas de volver a poner el pie en el instituto. Por lo que me ha contado, últimamente también ha tenido algunos problemas.

—¡Vamos, chicas! ¡Ánimo! Ya queda poco para las vacaciones de verano —dice mi madre.

Mi móvil suena. Es un mensaje de Trevor. «Estoy delante de tu casa. ¡Si te das prisa quizá no lleguemos tarde! ;-».

No esperaba que Trevor pasara a recogerme. Recuerdo cuando Cameron tocaba el claxon para avisarme de que me estaba esperando fuera. Me gustaba empezar el día con su sonrisa. Me pregunto si eso formaba también parte de su estúpido plan, si también sus sonrisas eran fingidas.

Niego con la cabeza. Es increíble que, una vez más, haya acabado pensando en él. Hago un esfuerzo para salir de casa y borrarlo de mi mente.

—¡Buenos días! —Trevor me recibe con una amplia sonrisa—. ¿Estás lista?

—Sí y no —contesto cerrando la puerta y poniéndome el cinturón de seguridad—. La verdad es que no tengo ningunas ganas de volver a clase, pero a la vez estoy un poco emocionada, porque ahora empieza de verdad la cuenta atrás. Dentro de un mes este maldito año habrá terminado —concluyo mirando por la ventanilla.

—¡Bienvenida! —exclama Trevor riéndose mientras entramos en el instituto.

—Qué maravilla —replico en tono irónico mientras me dirijo a mi taquilla.

—Vamos, ánimo. Estoy seguro de que todo irá mejor —dice caminando a mi lado.

Quizá sea así, porque pienso hacer todo lo posible para que las cosas cambien.

Espero, sobre todo, que Susan me deje en paz, dado que ya no tiene ningún motivo para odiarme: Cameron y yo no salimos juntos, no veo a ninguno de sus amigos y pretendo pasar lo más desapercibida posible. Estaré con Trevor e intentaré hacer nuevos amigos.

Trevor sonrío.

—¿Te has enterado de la novedad?

—¿Qué novedad? —pregunto intrigada mientras me acerco a la taquilla.

—Este fin de semana iremos de acampada —explica emocionado.

Oh, no. No me gusta acampar. La última vez que lo hice tenía unos doce años y todo salió fatal.

—No pienso ir.

—Vamos, será divertido.

—La última vez que estuve en una acampada las cosas no fueron demasiado bien —comento mientras guardo los libros en la taquilla.

Trevor se ríe de buena gana.

—¡Vamos! No fue para tanto. ¡Solo quemaste tu tienda!

Era la primera vez que Cass, Trevor y yo íbamos de acampada y recuerdo que tardé cuatro horas en montar la tienda. Lo más cómico era que me negaba a que Trevor, que había tardado menos de media hora en montar la suya, me echara una mano.

Después de conseguirlo y de haber tostado nubes de azúcar en la hoguera, me fui a dormir satisfecha.

En medio de la noche, no sé muy bien a qué hora, me desperté para ir al baño. No podía aguantarme hasta la mañana siguiente, así que decidí levantarme y entrar en el bosque. Recuerdo que cogí un palo y que lo acerqué al fuego para encender la punta y utilizarlo como antorcha. Pero, tras dar unos cuantos pasos, tropecé con una piedra y caí al suelo. La antorcha fue a parar a la tienda, que se incendió de inmediato. Fantástico, ¿verdad? Por suerte mis padres me habían comprado una tienda pequeña de emergencia.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —digo cerrando la taquilla.

Trevor ríe a mandíbula batiente recordando el desastre de esa noche.

—No iré —repito mosqueada.

—No creo que la señora Dallas y tu madre acepten un no como respuesta.

—¿Los Dallas van a ir también?

—Por lo visto sí. —Trevor baja la mirada.

Resoplo irritada y me encamino hacia el aula.

—Espera, Cris —dice agarrándome una muñeca—. Todo irá bien, ¿ok? No será difícil ignorarlos.

Me libero de él.

—Puede que para ti no lo sea, pero para mí lo es. No puedes imaginarte lo difícil que es mantenerme lejos de Cameron y resistir a la tentación de abrazarlo y de decirle que lo echo de menos.

—Escúchame, sé que no es fácil, pero debes seguir adelante. Si el sábado te quedas en casa demostrarás a Cameron el poder que aún tiene sobre ti, y eso no es bueno. —Me acaricia una mejilla.

Puede que tenga razón. Quizá deba demostrar a Cam que no tengo miedo de él.

—Escucha lo que haremos: iremos a nuestra bola y nos divertiremos un montón, como cuando éramos pequeños. Aunque esta vez quizá sea mejor que no te acerques al fuego.

Río y le doy un abrazo.

—Eres el mejor amigo que una chica puede desear.

—¡Hola, chicos! —exclama alguien detrás de mí. Cuando me vuelvo veo a Matt sonriéndome.

—¡Hola, Matt! —Me acerco a él para saludarlo y los tres nos dirigimos al aula de Lengua.

Sam, Cloe y Nash entran en clase poco después y se paran en seco al ver que los estoy mirando.

—¡Aquí está nuestra pequeña Evans! —Una voz irritante y, por desgracia, familiar, se cuela en mi conversación con Trevor, pero por suerte el profesor y Cameron, que entran en ese momento, la interrumpen.

Cam va a sentarse a su sitio sin mirar alrededor. No me atrevo a volverme porque temo tropezar con sus ojos.

El profesor sonrío de oreja a oreja, se sienta y dice:

—Bienvenidos, chicos. Preparaos para el infierno.

Este hombre está loco. ¿A quién se le ocurre ponernos un examen sorpresa después de una semana de vacaciones? —pregunta Trevor mientras salimos destrozados de la clase de Matemáticas—. ¿Por qué las Matemáticas no pueden ser una asignatura optativa?

—Porque si lo fueran nadie las estudiaría —respondo.

—¿Qué clase tenéis ahora? —pregunta Matt.

—Fotografía —contesta Trevor.

—Geografía —digo sonriendo. La única clase a la que no asisten mis amigos.

Me despido de Matt y de Trevor y me dirijo al aula. La puerta ya está cerrada, así que temo que sea tarde. Llamo y entro.

—¡Evans! El primer día y ya llegas con retraso —dice la profesora anotando algo en un folio.

—Disculpe. —Mientras camino entre los pupitres para ir a mi sitio me quedo de piedra. Además de que el único pupitre libre está al fondo de la clase y de que será difícil seguir la clase desde ahí, lo veo a él. ¿Qué narices hace Cameron aquí? ¿Desde cuándo estudia Geografía?

Me quedo plantada en medio de la clase. Cam está sentado a la izquierda del único pupitre que queda libre, y parece tranquilo.

¿Cómo ha podido incorporarse a este curso? ¿Ha decidido arruinarme por completo la vida?

—¿Algún problema, Evans? —pregunta la profe.

Cameron alza la mirada y me observa. Si se comporta así para que reaccione de alguna forma puede esperar sentado, no tengo la menor intención de seguirle el juego. No conseguirá lo que pretende, esta vez no.

—No, todo va bien —contesto echando de nuevo a andar.

Bastará hacer como si no estuviera, ¿no? Debería ser sencillo, dado el odio que siento por él. Pero ¿qué estoy diciendo? Ignorarlo será difícil; mejor dicho, imposible.

Me vuelvo a mirarlo unos instantes y enseguida recuerdo el terrible momento, cuando me dijo la verdad. No sé si lo superaré alguna vez, si podré borrarlo de mi mente.

La clase pasa lentamente, parece que no se va a acabar nunca. La profesora habla de unos países remotos y desconocidos y pienso que daría lo que fuera por estar en uno de ellos ahora, lejos de aquí, lejos de Cam. Me animo diciéndome que solo tendré que soportar un año más y que luego podré marcharme para siempre, volver a Los Ángeles y empezar de nuevo mi vida.

El timbre suena y meto en la mochila el cuaderno y el resto de cosas que están esparcidas por el pupitre.

—Cris... —La voz de Cam me hace estremecerme.

No. No puedo hablar con él. No *debo* hablar con él.

—Espera —dice agarrándome una muñeca.

Me tiemblan las piernas. Detesto sentirme tan débil por su culpa. Esto debe acabarse lo antes posible.

—¿Qué demonios haces aquí? No se puede cambiar de curso a finales de año —estallo, alzando un

poco la voz.

—He pensado estudiar Geografía en lugar de Arte porque me será más útil en la universidad. Por suerte, mi madre tiene sus contactos. Escucha —dice dando un paso hacia mí. Retrocedo. No soporto estar cerca de él—... Lo siento, ¿ok? No quería, tuve que hacerlo.

—Está bien, pero la verdad es que me da igual —respondo, dando por zanjado el tema.

Es la primera vez que nos dirigimos la palabra en tres semanas. Pensaba que este momento tardaría un poco más en llegar.

—¿Cómo..., cómo estás? —pregunta bajando la mirada.

Me gustaría gritarle que he sufrido terriblemente en estas semanas, pero no creo que sea el momento adecuado.

—¡Bastante bien! Sobre todo ahora que estarás conmigo en Geografía, uno de los pocos cursos en que podía estar tranquila —contesto.

—Ya te he dicho que lo siento y que no...—trata de explicarme.

—Esfúmate —lo interrumpo.

Salgo del aula con el corazón latiéndome a mil por hora, tratando de contener las lágrimas. Mi móvil vibra y veo que es un mensaje de Trevor: «Estoy delante de mi taquilla. Te espero aquí».

Cruzo a toda prisa el pasillo y a lo lejos entreveo a Trevor hablando con una chica con el pelo castaño.

Me acerco a ellos y al verme Trevor me sonrío.

—Te presento a Becca, Cris. Está en Informática conmigo.

—Encantada de conocerte. —Sonrío.

Ella me tiende la mano.

—Igualmente.

—¿Sabes, Cris? —tercia Trevor—. Por lo visto Becca también ha tenido problemas con Susan. Se pasó un año haciéndole la vida imposible.

—Sé cómo te sientes —le digo.

—Por suerte ahora nos ignoramos, pero no fue nada fácil librarme de ella —me explica Becca—. Me amenazaba y me hacía cosas muy crueles. Es insoportable.

Callamos unos segundos, luego Trevor rompe el hielo:

—Esto..., ¿qué os parece si salimos del instituto? Creo que ha sido un día duro para todos.

—¡Sí, lo estoy deseando desde esta mañana!

Nos reímos y nos encaminamos hacia la salida.

—¡Evans! —Reconozco de inmediato la voz chillona e irritante que me está llamando—. No he podido hablar contigo en clase —dice Susan acercándose a nosotros. Su sonrisa no promete nada bueno.

—Lástima —contesto en tono irónico.

—Pese a que esperaba que no volvieras de Carolina, he de reconocer que me alegro de verte. Y también que tienes carácter. No debe de ser fácil volver al instituto después de todo lo que te hicieron Cameron y tus queridos amigos.

—¿Por qué no la dejas en paz, Susan? —pregunta Trevor.

—No te entrometas, Trevor, Cris y yo aún tenemos varios asuntos pendientes. En cualquier caso, Evans, solo quería darte la bienvenida. A ti también, Becca. Hasta luego, chicos. —Se marcha golpeándome a propósito en un hombro.

—Algunas cosas no cambian nunca —protesto.

Becca asiente.

—Ya.

De verdad tengo que ir? —le digo a mi madre mientras me pasa el plato de arroz.

No tengo ningunas ganas de ir de acampada y mis padres deben aceptarlo.

—¿Me explicas cuál es el problema, Cris? —pregunta mi madre cruzando los brazos.

—No quiero ir porque tengo mucho que estudiar. Es el último mes de clase y he de trabajar.

—Mmm... Esa no es la única razón —replica ella.

¡Claro que no! Mis padres saben de sobra lo que pasa entre Cameron y yo y, sin embargo, no dejan de organizar fines de semana con su familia. ¿Se puede saber qué les pasa?

—No quiero tener nada que ver con los Dallas —admito.

—¡No podrás evitar siempre a Cameron! Además, no serán los únicos. Vendrá también la familia de Trevor. Será divertido —dice guiñándome un ojo.

¡No entiendo a qué viene tanto entusiasmo por una estúpida excursión! Será un coñazo, pero, sobre todo, será muy difícil, por no decir imposible, mantenerme apartada de Cameron y de Sam.

Me levanto de la mesa casi sin probar bocado y comento:

—No tengo mucha hambre. Voy a ordenar mi cuarto.

Kate está sentada en mi cama mirando el espacio vacío que antes ocupaba el tablero de corcho con las fotografías de mis amigos.

—¿Qué haces aquí, Kate? —pregunto forzando una leve sonrisa.

—¿Dónde están las fotos? Pensaba que querías volver a ponerlas —responde.

—Las he tirado —digo en tono seco.

—¿Por qué?

Kate no sabe lo que ha pasado y no pienso contárselo. Le daría un disgusto.

—Ya no me gustaban —contesto improvisando y encogiéndome de hombros. Me siento ante el escritorio.

—Ah. Te dejo estudiar, voy a mi cuarto. —Me da un beso y sale de la habitación.

Abro la mochila y saco el libro de Matemáticas. Me temo que el examen sorpresa me salió fatal. Si no quiero repetir el curso voy a tener que estudiar mucho.

Intento concentrarme, pero es inútil. Mi mente vuelve una y otra vez a Cameron y a lo que sucedió hoy en clase de Geografía.

A saber si lo que me dijo es cierto o si solo es una excusa para asistir a ese curso y tener más ocasiones de verme. He de reconocer que, por un lado, la idea de que quiera estar conmigo me molesta, pero por otro me adula. Solo que así todo resulta más difícil.

Acabo garabateando y dibujando en los espacios vacíos que hay al lado del título del capítulo de Matemáticas. Creo que debería dar un paseo para sentirme mejor y aclarar un poco las ideas.

Dirijo la mirada a la ventana y, sin querer, me vuelven a la mente las veces en que Cameron entró por ella.

En mi cara se dibuja una pequeña sonrisa, que freno enseguida.

Me levanto de la silla y miro la hora en el reloj de la mesilla. No es muy tarde, así que aún me da tiempo a dar una vuelta a la manzana.

Cojo el móvil, me pongo los auriculares y salgo de casa.

Cruzo el jardín y apenas llego a la acera veo a Cameron que está volviendo del habitual paseo con su perro.

Inspiro hondo sin dejar de andar con toda tranquilidad y bajo el volumen de la música por si me dice algo. Pero ¿qué estoy haciendo? ¿Debería ignorarlo y cambiar de calle para no cruzarme con él, en lugar de silenciar el móvil con la esperanza de oír su voz!

Hago un esfuerzo para no mirarlo. No puede ni debe suceder.

—Cuidado, he visto a Susan por aquí —dice cuando paso por su lado.

Me paro en seco.

—¿Y por qué debería tener cuidado?

Me mira a los ojos y sus labios se ensanchan en una espléndida sonrisa. Me ha mentado para que hable con él.

—No sabía que te gustaba escuchar el silencio. —Señala los auriculares riéndose.

—¡Idiota! —Bajo la mirada y echo de nuevo a andar, pero él se interpone en mi camino.

—Perdona, solo quería romper el hielo —dice demasiado cerca de mí.

—Ok. —Doy un paso para marcharme, pero él se mueve y se planta delante de mí.

Mi corazón se acelera, tengo que apartarme de él.

—¿Me dejas, Cameron? Tengo que marcharme.

—¿Puedes dejar de ser siempre tan antipática conmigo? Ya ha pasado bastante tiempo y tú sigues evitándome.

—¿Qué te esperabas, Cameron, que me arrojara en tus brazos y te suplicara que volviéramos a salir juntos? —Tiene que comprender que no bromeo cuando digo que no debe acercarse a mí.

—No, pero esperaba que me dijeras hola o algo así. O un mensaje de cabreo como: «Idiota, he vuelto. Te sigo odiando». Todo menos el silencio.

—Déjame en paz, Cameron, por favor. —Bajo la mirada.

—No, Cris, no puedo. Aún te quiero, pequeña. Durante todo este tiempo no he hecho otra cosa que esperar una señal tuya. No quiero renunciar a ti, no puedo.

—¿Crees que yo estoy mejor? ¿Crees que es fácil tratar de olvidarte?

Alarga una mano para aferrar la mía, pero yo me aparto para impedirselo.

—Si, como yo, aún me quieres, ¿por qué no intentamos empezar de nuevo y ser felices como antes?

—¿Por «antes» te refieres a cuando todos me mentáis? —replico cruzando los brazos.

—Nunca te mentí sobre mis sentimientos. Siempre te he querido. Debes creerme, Cris, te lo ruego. Perdóname.

Me siento confusa, como, por otra parte, me sucede cada vez que Cameron está cerca. Una parte de mí querría creerle y perdonarlo, pero otra me dice que no debo fiarme, que debo escapar de él.

—Escucha, Cris, no te he parado para discutir. Esta situación nos duele a los dos, sufrimos porque aún estamos enamorados y es inútil que lo niegues, porque sé que es así. —Me levanta la barbilla para que pueda mirarlo a los ojos—. ¿Por qué no volvemos a empezar desde el principio? ¿Por qué no hacemos como si no hubiera sucedido nada?

Mi corazón late a tal velocidad que temo que me explote en el pecho. Me está pidiendo que acepte, que ponga punto final a este sufrimiento y que volvamos a querernos como siempre.

Pero después la cabeza me repite de nuevo que no lo crea, que me tome mi tiempo para pensar y sopesar las cosas. Creo que esta vez la escucharé.

—Yo... no puedo —musito.

Cameron baja la mirada. El perro empieza a dar tirones a la correa.

—¡Para ya, Jake! —dice Cameron tratando de calmarlo. Luego añade dirigiéndose a mí—: Dime solo una cosa.

Temo que su pregunta sea la misma que me ha atormentado en estos meses. La pregunta a la que no sé si voy a poder responder.

—¿Me vas a dar una segunda oportunidad? —Su mirada se refleja de inmediato en la mía.

La verdad es que no sé qué responder. Abro la boca para decir algo, pero el timbre de su móvil me interrumpe.

Lo coge irritado y responde:

—¿Sí, Nash?

Aprovecho para marcharme y dejar la pregunta sin contestar.

Creo que no hay un día más bonito que el viernes!

La primera semana después de las vacaciones de primavera está a punto de terminar y, por suerte, no he vuelto a tener ocasión de estar a solas con Cam desde el lunes por la noche, cuando hablamos.

No ha insistido para que le responda, menos mal. Entre otras cosas, porque no habría sabido qué decirle.

¿Quién puede saber lo que sucederá en el futuro? Quizá acabaré perdonándolo o quizá seguiré adelante con mi vida sin él. Por el momento no puedo prever nada.

Me pongo lo primero que encuentro en el armario y voy a desayunar. Nada más salir de mi cuarto percibo un delicioso aroma a tortitas. Eso significa que mi padre está en casa. ¿Por qué?

Entro en la cocina y lo encuentro en los fogones preparando la última tortita.

—¡Buenos días, papá! —Me siento en mi sitio.

—Buenos días, cariño. Veo que estás de buen humor.

—¿Cómo puedo no estarlo si mi padre está preparando tortitas? —Sonrío mientras él me pasa un plato con esa delicia—. ¿Por qué no has ido a trabajar?

Mi padre ignora la pregunta y sigue limpiando la cocina. Después coge un folio de la mesa y lo mira con atención.

—¿Papá? —lo llamo.

—¿Qué?

—Te he preguntado que por qué no has ido a trabajar.

—Ah, perdona. Tengo cosas importantes que hacer. Unos contratos que repasar, entre otras cosas. Así que le pedí a John que me diera un día libre y me lo concedió. —Sale de la cocina mirando el folio sin añadir nada más.

Me gustaría saber qué es eso tan interesante que está leyendo.

—¡Voy a llegar tardeee! —grita Kate precipitándose hacia la puerta de casa.

Pero ¿qué hora es?

Miro el móvil: son las ocho menos cuarto. Solo tengo quince minutos para salir de casa y llegar al instituto a tiempo para la primera clase. ¡No me lo puedo creer!

Me levanto de la silla y corro a mi habitación para coger la mochila. Es imposible, voy a hacer el ridículo delante de toda la clase, como siempre.

Salgo como una exhalación y me olvido de cerrar la puerta. ¡Llego a la parada justo un minuto después de que se haya marchado el autobús! ¡Maldita sea! No me queda más remedio que ir a pie, mejor dicho, corriendo, si no quiero perderme la primera clase.

Respiro hondo y echo de nuevo a correr hasta el semáforo, que está en rojo.

Cuando se pone en verde hago amago de cruzar, pero alguien toca con insistencia el claxon y me vuelvo para ver quién es.

Es un *jeep* negro. El *jeep* de Cameron. Pero ¿qué demonios hace aquí a esta hora? Debería estar ya en

el instituto.

Me invita con un ademán a subir, pero, como era de esperar, niego con la cabeza para rechazarlo. Los motores de los coches retumban y caigo en la cuenta de que estoy en medio del cruce y que el semáforo está de nuevo en rojo.

Cameron sigue tocando con insistencia el claxon. No me queda más remedio que correr hacia su coche y subir a él antes de que algún conductor enajenado me atropelle.

—Buenos días, ¿por qué no estás en el instituto? —pregunta dando gas al motor.

—¿Y tú por qué no estás en el instituto? —repito.

Calla y se concentra en el tráfico. Me pongo el cinturón de seguridad y recupero el aliento.

—Sé que te gusta correr, pero no creo que sea ideal hacerlo en medio del tráfico de la hora punta. Podrías haberme llamado.

Prefiero no contestar y miro la hora en el móvil.

Faltan cinco minutos para que suene el timbre y estamos atrapados en un atasco. ¡Fantástico! Vamos a llegar tarde.

—No te preocupes. Diremos al profesor que había un atasco enorme —señala Cameron como si me hubiera leído el pensamiento.

No quiero ni pensar lo que se imaginarán los demás al vernos llegar tarde juntos.

De hecho, tal y como sospechaba, cuando entramos en clase con diez minutos de retraso el profesor de Lengua nos recibe con un comentario burlón:

—¡Vaya, aquí están los tortolitos!

Todos se miran y se ríen como si tuviera gracia. Y no la tiene.

—No quiero que esto vuelva a suceder, ¿queda claro, Evans? Vale también para ti, Dallas. A estas alturas del año no puedes llegar tarde. ¡A menos que quieras volver a repetir mi asignatura!

—Claro que no. Lo siento. La culpa es mía. Fui a recogerla tarde a su casa y nos metimos en un atasco.

—Cameron se disculpa y gracias a eso me salvo de un largo sermón sobre la puntualidad.

—Que no se repita —concluye el profe en tono categórico.

Mientras Cameron y yo vamos a sentarnos en nuestro sitio noto que todos me están mirando. Sobre todo Trevor, que parece bastante perplejo.

Lo entiendo.

Cuando termina la clase se acerca para saludarme.

—¿Nos vemos a la hora de comer, Cris?

—Claro que sí.

Recojo mis cosas y salgo a toda prisa del aula. Cloe se acerca a mí en el pasillo.

—Así que Cameron y tú... —comenta.

—No imagines cosas extrañas. Solo era una excusa para evitar que el profesor nos castigara —respondo con dureza.

—Ah. —Baja la mirada—. En cualquier caso, no sé si has leído los mensajes que te he enviado. Por si acaso, quiero decírtelo ahora: siento mucho lo que sucedió. Espero que un día puedas perdonarnos.

—Mira, Cloe, no me apetece hablar de ese tema. Lo único que quiero ahora es seguir adelante con mi vida y olvidar todo.

—No puedes hacer eso, Cris. No puedes olvidar sin más. Creo que debemos hablar. Pero, sobre todo, deberías desahogarte, decir lo que piensas, sacar la rabia que sientes. No puedes superarlo fingiendo que no ha ocurrido nada.

Una vez más, no sé qué decir.

—Escúchame, Cris. Si no quieres volver a ser amiga nuestra, de acuerdo. Nos duele perderte, pero si

es eso lo que quieres respetaremos tu decisión. En el caso de Cameron, sin embargo, es diferente. Él y tú...

La atajo de inmediato. No puedo escuchar el resto de su discurso.

—Basta, Cloe, no me interesa.

—Cameron está enloqueciendo, Cris. Te quiere, siempre te ha querido. Le duele tanto haberte perdido que...

—¡Te he dicho que basta, Cloe! —Alzo la voz para que se calle, pero, por lo visto, no tiene la menor intención de dar su brazo a torcer. Es típico de Cloe: no se da por vencida hasta que no alcanza su objetivo.

—Se ha encerrado en sí mismo. No sale, no habla con nadie. Está muy triste, Cris, y estoy preocupada por él, me duele verlo así. Si estimas a Cam, si aún lo quieres como pienso, trata al menos de hablar con él.

—Lo siento. —Es lo único que logro decir antes de dar media vuelta y entrar en el aula de Geografía.

Durante la clase miro a Cameron con el rabillo del ojo. Parece sereno. La verdad es que no sé si creer lo que me ha dicho Cloe.

En fin, no da la impresión de estar tan mal. Parece el Cam de siempre. Pero también sé que no le gusta mostrar su fragilidad. ¿Y si fuera cierto?

No puedo negar que las palabras de Cloe me han turbado. Si no tuviera un poco de amor propio seguiría el instinto que me empuja a levantarme, a acercarme a Cam y a darle un abrazo.

Pero no debo hacerlo, no después del daño que me ha hecho. Tengo que resistir y preocuparme solo por mí y por mis heridas.

En la pausa para comer salgo del aula y voy a mi taquilla, donde he quedado con Trevor.

Al cabo de unos minutos veo que dobla la esquina y que se acerca a mí.

—Me acabo de cruzar con Susan. Esa chica es realmente insoportable. No creo que...

Justo cuando se para delante de mí, Cameron pasa por detrás y no puedo evitar mirarlo.

Es increíble la manera en que las palabras de Cloe han conseguido que lo vea de otra forma. Cuanto más lo miro, más siento un enorme vacío en mi interior. Siento la necesidad de acercarme a él, de abrazarlo y de pedirle perdón por todo, a pesar de que soy consciente de que yo no hice nada para causar la terrible situación que vivimos ahora.

—¿Estás bien, Cris? —pregunta Trevor, que se ha dado cuenta de que no lo estoy escuchando. Acto seguido se vuelve para mirar en la misma dirección que yo—. Ah —susurra al ver a Cameron al fondo del pasillo—. Supongo que sabes que vamos a pasar con él el fin de semana.

—No me lo recuerdes. —Me vuelvo y echo a andar en dirección opuesta a la de Cameron.

—Espero que no te acerques a él y que no permitas que te engañe otra vez. —Trevor parece crispado.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, parándome en medio del pasillo y mirándolo.

—Que me gustaría que fueras lo bastante fuerte como para no dejarte embaucar como esta mañana. ¡No puedo entender cómo has podido olvidar lo que te hizo! Te usó y te mintió todo el tiempo. No deberías tener siquiera ganas de mirarlo y, en cambio, dejas que te acompañe al instituto.

No me gusta cuando Trevor se comporta así.

—Sé de sobra lo que me hizo, no hace falta que me lo recuerdes una y otra vez. Lo de esta mañana fue solo un malentendido —le explico.

—Pero es mejor que te lo recuerde por tu bien. —Trevor da un paso hacia mí y me pone una mano en el hombro—. No permitiré que nadie te haga daño.

—El problema es que creo que sin él me volveré loca. Debo encontrar la manera de quitármelo de la cabeza.

—¿Sabes lo que hay que hacer para olvidar a alguien? Debes ponerte de nuevo en juego hasta que encuentres a otro que te vuelve loca —sugiere.

—No sé si es la solución adecuada para mí.

—¿Tanto lo quieres? —susurra Trevor mientras cruzamos el jardín.

—Sí.

—¡Ahí están! —grita alguien. Vemos a Matt sentado en el césped con Becca y otro chico que no conozco. Los saludamos y nos sentamos con ellos.

El nuevo nos escruta a Trevor y a mí unos segundos y luego se inclina hacia Becca y le dice:

—¿No me presentas a tus amigos?

—Es cierto, Cris y Trevor aún no te conocen. —Becca sonrío—. Os presento a David. Es mi primo y acaba de volver de Europa, donde ha pasado un año estudiando.

—Encantada, soy Cris —digo estrechándole la mano.

—Cuéntanos. ¡Debe de haber sido fantástico! Supongo que has conocido a un montón de gente interesante —comenta Matt.

—La verdad es que no. Si he de ser franco, he conocido a muchas personas aburridas. La mayoría de mis compañeros de la residencia eran muy extraños. Se pasaban las noches estudiando o jugando a cosas estúpidas en el ordenador. Desde ese punto de vista ha sido una experiencia decepcionante.

—¿Qué esperabas? ¿Mucho vicio y fiestas? —Becca se ríe divertida.

—¡Por supuesto! Pero bueno, ¿cómo os ha ido a vosotros? ¿Ha pasado algo o ha sido tan aburrido como siempre?

Miro a Matt esperando que no se le ocurra contarle todo lo que ha ocurrido con pelos y señales.

—¡Yo diría que este año no ha sido nada aburrido! Han pasado un montón de cosas, pero te las contaremos en otra ocasión —contesta Becca sonriéndome.

—¿Desde cuándo sale Samantha Dallas con Nash Grier? —David frunce el ceño al verlos paseando cogidos de la mano.

—Becca también te explicará eso —dice Matt mirando de nuevo a David.

—¿Dónde estuviste en concreto? —pregunta Trevor.

—En París. Pero ¿esa es Susan?

Todos nos volvemos a mirar y vemos a Susan acercándose a nosotros seguida de sus amigas.

David se levanta y se ajusta la ropa y el pelo. Noto que Becca está tratando de contener la risa.

—David el Acosador. Veo que has vuelto —dice Susan con su voz de gallina.

—¡Sí! En cualquier caso, ya no soy el de antes. He cambiado —responde él mirándola de pies a cabeza.

¿A David le gusta Susan?

—Ya veremos —replica ella riéndose. Acto seguido, da media vuelta y se marcha. Por suerte, me ha ignorado por completo.

Con la cara aún encendida, David se sienta de nuevo al lado de Becca.

—¿Cómo ha ido?

—Mejor que hace unos años, desde luego —afirma Becca muerta de risa.

—Aún sigues chiflado por Susan, ¿eh? —dice Matt.

Trevor suelta una carcajada y exclama:

—¿Te gusta Susan? ¿De verdad?

—Sé que puede parecer extraño, pero siempre me ha gustado ese tipo de chica.

Trevor sigue riéndose como si le hubieran contado el chiste más gracioso del mundo.

El resto del día pasa en un suspiro.

—Nos vemos esta noche —dice Trevor dándome un beso fugaz en la mejilla.

—Hasta luego. —Sonrío y echo a andar por un atajo para llegar a casa lo antes posible.

Cruzo a paso rápido el aparcamiento que hay detrás del gimnasio, donde Austin trató de atropellarme. El mero recuerdo de lo que sucedió esa noche me hace estremecerme.

Pese a que hace casi un mes del accidente, aún sueño con los terribles momentos en que temí por la vida de Trevor.

—¡Estoy en casaaa! —grito abriendo la puerta de manera que todos puedan oírme.

Mi madre me sale al encuentro en el recibidor.

—Hola, cariño. Antes de hacer cualquier otra cosa te aconsejo que prepares lo que te quieres llevar a la acampada.

—De acuerdo —digo yendo a mi cuarto.

—Ah, cuando lleguemos allí me darás el móvil.

Me vuelvo desconcertada hacia ella, que ha entrado conmigo en la habitación.

—¿Qué?!

—Lo que has oído. Vamos de acampada para pasar unos días al aire libre, inmersos en la naturaleza.

Así que están prohibidos los móviles, los ordenadores y cualquier aparato tecnológico. —Se ríe.

—No le veo la gracia. ¡No es justo! —protesto.

—Sí que lo es. Ya verás cómo te gusta la novedad —dice saliendo de la habitación.

Apoyo la espalda en el armario pensando de nuevo en lo espantosa que va a ser la excursión. En compañía de Cameron y de Sam y sin internet. Me voy a aburrir como una ostra.

Respiro hondo y saco del armario la ropa que debo meter en la mochila.

—¿Desde cuándo sabes lo de esa excursión?

Al oír su voz a mi espalda grito asustada y me tapo la boca. No puedo creer que Cameron haya entrado por la ventana.

—¿Qué demonios haces aquí? —pregunto cerrando la puerta.

—Responde —insiste él.

—Desde el lunes. ¿Pasa algo? —pregunto irritada.

—¿Por qué todos lo sabían desde hace varios días y yo me acabo de enterar hace unos minutos? —se queja apoyando la espalda en mi armario.

Debe salir de inmediato de mi habitación o no respondo de mis actos.

—No lo sé. ¿Has venido solo para preguntarme eso? —Hago un esfuerzo para parecer indiferente y sigo rebuscando en el armario.

—No, también quería saber si te apetece que vaya yo.

Me paro en seco.

—¿Y a ti qué te importa?

—No quiero estropearle el fin de semana, eso es todo —explica mirándome a los ojos.

—No creo que logres convencer a tus padres, parecen entusiasmados con la excursión y te obligarán a ir. Así que es inútil discutir —digo tratando de elegir unos pantalones cortos.

—Mis padres me harán caso, créeme, siempre lo han hecho. Puedo ser muy convincente.

Callamos mientras dejo un par de pantalones en la cama, al lado de las camisetas.

—¿Quieres que les pregunte si me puedo quedar en casa? —insiste.

¿De verdad quiero que lo haga?

—Como quieras. Me da igual. —Desvió la mirada para esquivar la suya.

Da unos pasos hacia mí y me aferra la barbilla con delicadeza para que lo mire.

—¿Te molestaría sí o no?

Me falla la respiración al ver que formula la frase mordiéndose los labios al final. Lo hace adrede, estoy segura.

—Esto... —Es lo único que logro decir. Me siento perdida. ¡No, tengo que reaccionar!—. Ya te he dicho que hagas lo que quieras. Si te apetece venir, ven —añado a duras penas.

Una pequeña sonrisa se dibuja en su cara al tiempo que caigo en la cuenta de la tontería que acabo de soltar.

—Lo que quiero decir es que me da igual que vengas o no.

—Bien, en ese caso, hasta luego. —Se ríe mientras yo lo fulmino con la mirada.

Sale por la ventana dejándome aturdida por lo que acaba de suceder.

Pensaba que poco a poco iría sintiendo menos su ausencia.

Me equivocaba.

Criiis! —grita mi madre interrumpiendo mi sueño—. ¡Criiis! ¡Despierta!

—¿Qué pasa? —pregunto con voz aún somnolienta.

—¡Por fin te despiertas! ¡Son las seis! ¡Salimos en una hora! —vocifera mi madre en tono alterado saliendo de mi habitación.

Su comportamiento me deja anonadada. Por lo general suele estar de buen humor antes de partir. Oigo que entra en la cocina y que empieza a discutir con mi padre. Es la tercera vez que pelean esta semana. Algo va mal entre ellos, pero no entiendo qué es. Últimamente está a menudo nerviosa y mi padre parece preocupado. Él dice que es por el trabajo.

Me levanto y meto las últimas cosas en la mochila. Después repaso por última vez la lista que he hecho para asegurarme de que no me olvido de nada.

De acuerdo con lo previsto, a las seis y media los Dallas y los Square llaman a la puerta.

Intento levantar la voluminosa mochila que he preparado para llevarla al recibidor, pero no puedo.

Una carcajada me obliga a volverme hacia la puerta. Cameron está apoyado en el marco con los brazos cruzados disfrutando de la escena.

—Deja que te ayude. —Se acerca y levanta la mochila sin hacer el menor esfuerzo, como si fuera una pluma.

—¿Necesitas ayuda, Cris? —Trevor entra en la habitación.

—No, ya me ocupo yo —responde Cameron, apartándolo y saliendo.

Trevor parece sorprendido de verlo.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, salvo que no tengo ningunas ganas de hacer esta...

—Me refiero a Cameron.

—Sí. No ha pasado nada. Solo se ha ofrecido a ayudarme a llevar las cosas al coche.

Trevor asiente con la cabeza y salimos de casa para reunirnos con los demás.

Mi padre ha metido ya el equipaje en el maletero. Kate está sentada en nuestro coche mirando algo en el móvil y Sam hace lo mismo en el *jeep* de Cameron.

—¿Hay que cargar más cosas? —Cameron se acerca mirando rabioso a Trevor.

—No, solo la mochila.

Se hace un silencio embarazoso. Por suerte, aparece la señora Dallas.

—¡Ah, aquí estáis, chicos! ¿Puedo pedirlos un favor?

—Por supuesto. —Esbozo una sonrisa forzada.

¿Por qué tengo la impresión de que va a preguntar algo que no mejorará la situación?

—Creo que lo mejor es que Trevor y tú viajéis con Cameron y Sam. ¿Qué os parece?

No sé qué responder, lo único que consigo hacer es mirar a Trevor para que se anime a hablar.

—Estupendo.

No me refería a eso...

—¡Perfecto! Muchas gracias —dice la señora Dallas al tiempo que se aproxima a mi madre y le susurra algo. Las dos se sonríen.

¿Me están tomando el pelo? Me dirijo a toda prisa hacia mi madre.

—Lo sabías, ¿verdad?

—Claro que sí —responde ella impasible—. La idea es mía.

—¿Por qué? Sabes de sobra que Cameron, Sam y yo no nos llevamos bien.

—Precisamente por eso, Cris. Tenéis que encontrar la manera de resolver vuestros problemas por el bien de todos. Créeme, cariño, lo hago solo por ti. ¿No crees que esta excursión puede ayudaros a aclarar las cosas? —dice como si fuera cosa de nada.

Si supiera lo que ha sucedido no me dejaría acercarme siquiera a Cameron y a Sam.

—Además, os acompaña Trevor. No estarás sola. —Sonríe cerrando el maletero.

—¡Nos vamos! —anuncia el señor Dallas y todos entran en los coches.

Resoplo y voy al *jeep* de Cameron.

—¿Estás bien? Si quieres me puedo sentar delante —dice Trevor.

Siento los ojos de nuestras madres clavados en mí y decido hacer justo lo que esperan que haga. Para que haya paz fingiré que estoy encantada de poder reconciliarme con Cameron.

—Todo va bien, Trevor, no te preocupes —contesto, abriendo la puerta y sentándome delante, en el asiento del copiloto. Trevor toma asiento detrás, al lado de Sam.

Poco después, Cameron sube al coche. Cuando me ve sentada a su lado parece perplejo y sorprendido a la vez.

—Siento que te hayan obligado a venir con nosotros. No sabía nada —explica poniéndose el cinturón de seguridad.

—Lo sé.

—Pero ¿en qué están pensando? ¿Por qué no dejan de entrometerse?

—Da igual. Ahora estamos aquí. —Desvío la mirada—. Arranca, los demás ya se han puesto en marcha.

Cameron resopla y arranca el coche.

Siento que este viaje va a ser eterno.

En el coche reina un silencio tenso, pero, por suerte, el lugar donde acamparemos no está lejos de Miami y casi hemos llegado.

Estar encerrada en este habitáculo con Cameron, tenerlo a pocos centímetros de mí sin poder tocarlo, sin tener ningún contacto con él, es muy duro. Me falta el aire, no sé cuánto tiempo voy a poder resistirlo.

—¡Qué monos! —susurra de repente para llamar mi atención. Está mirando por el espejo retrovisor, disfrutando de la escena de Trevor y Sam dormidos. Trevor tiene la cabeza apoyada en la ventanilla y ella en el hombro de él. Cam sonrío divertido.

Me estaría horas mirando su perfecta sonrisa. Me obligo a apartar los ojos de sus labios.

—Típico de Trevor —digo colocándome bien en el asiento.

—¡Típico de Sam! —comenta él riéndose.

He echado de menos su risa, su buen humor. A decir verdad, añoro todo de él.

—¿Qué pasa? —dice al darse cuenta de que lo estoy mirando.

—Nada. —Desvío la mirada hacia la ventanilla.

Cam escruta el navegador y reduce el mapa para comprobar cuánto falta para llegar.

—Pero ¿qué...? —dice confundido.

—¿Qué ocurre? —pregunto inquieta.

—Deberíamos haber llegado hace un rato... ¿Adónde nos están llevando tus padres? —pregunta mirando el mapa y distrayéndose de la carretera.

El coche se desvía un poco hacia la izquierda e invade el carril contrario.

—¡Cuidado! —grito asustada al ver que un coche se acerca peligrosamente hacia nosotros.

Por suerte, Cam logra volver al carril y evitar que choquemos.

Recupero el aliento.

—¿Podéis explicarme qué ocurre? —pregunta Sam alarmada.

Por un instante me he olvidado por completo de ella y de Trevor.

Cam hace parpadear las luces para avisar de que tenemos un problema. El coche de mis padres se arrima al carril de emergencia.

Salgo del coche y me dirijo a la ventanilla del lado del copiloto.

—Hemos mirado el mapa, mamá, y Cameron dice que hace un buen rato que dejamos atrás Highlands Hammock.

—Vaya, es cierto. Ya me parecía a mí que había algo raro. ¿Nos hemos alejado mucho?

Cam, que se ha bajado también del coche, se aproxima a nosotros.

—Por suerte no, señora Evans —responde él—. Bastará que nos desviemos un poco y en veinte minutos llegaremos a nuestro destino.

—Gracias por habernos avisado, Cameron.

—¿Qué ha pasado, señor Evans? —pregunta Cam.

—He dejado todo en manos de Courtney —explica mi padre divertido—. Me aseguró que había

estudiado el mapa y todo lo demás. Pero he de reconocer que la culpa es mía: mi mujer jamás ha sabido orientarse.

—Ahora me explico de quién ha heredado Cris el sentido de la orientación —dice Cameron bajando bastante la voz, pero no lo suficiente, dado que todos se echan a reír.

Cruzo los brazos y miro al cielo.

—Vamos, estaba bromeando —dice él guiñándome un ojo—. Si os parece bien os guiaré yo.

Todos asienten con la cabeza. Volvemos al coche y reanudamos el viaje. Tal y como ha predicho Cameron, en poco tiempo llegamos a Highlands Hammock.

Nada más entrar salta a la vista que el lugar es sencillamente maravilloso.

Cameron para el coche y, por fin, salimos de él. La vegetación lujuriente, el aire fresco y la brisa ligera contribuyen a que el momento sea perfecto.

—¡Guau! —susurra Trevor mirando alrededor.

—No veo la hora de montar las tiendas —comento.

—Puede que sea mejor que lo haga otro —dice Trevor riéndose. Le doy un pequeño puñetazo en el brazo.

Tengo la sensación de que la estúpida anécdota del incendio de la tienda de campaña, del que yo tuve la culpa, me va a perseguir todo el fin de semana. Me acerco al coche de mis padres y saco mis cosas.

Agarro la mochila y la tienda.

—Ah, esta la cojo yo —dice Cameron pasando por mi lado y arrancándome la mochila de las manos.

—Veo que habéis hecho las paces —comenta mi madre riéndose detrás de mí.

—No exactamente.

—Bueno, no está mal para empezar. Estoy segura de que al final de este viaje Cameron y tú saldréis de nuevo juntos.

—Eh, para un poco, mamá. Será ya un magnífico resultado si conseguimos dirigirnos la palabra sin discutir.

—Vamos, nos están esperando.

Nos reunimos con el encargado del camping, que nos debe acompañar a la zona donde vamos a pasar las dos próximas noches.

—Buenas tardes a todos. Me llamo Bill y ahora os explicaré cómo funciona Highlands Hammock —dice a la vez que camina levantando los brazos para señalar los árboles que nos rodean—. ¿No les parece un sitio fantástico? Van a pasar dos días inmersos en la naturaleza salvaje. A orillas de un lago espléndido hay varias zonas donde se puede acampar. Además, podrán visitar gratis el parque natural. Se lo aconsejo. Es un espectáculo inolvidable.

Cruzamos un pequeño tramo de bosque y llegamos a orillas del lago. El escenario es impresionante.

—Pueden acampar aquí. Les advierto de que no hay cobertura telefónica. Tampoco hay luz eléctrica, así que tendrán que encender una hoguera para tener un poco de luz.

—O utilizar las linternas —dice Cameron quitando toda la poesía al momento.

—Cosa que, sin duda, no haremos —comenta la señora Dallas ganándose con sus palabras una mirada furibunda de su hijo.

—¡Que se diviertan! Si necesitan algo, ya saben dónde estoy. —Bill se marcha dejándonos solos.

Empezamos a montar las tiendas. Decido poner la mía entre la de Trevor y la de Kate para evitar problemas.

—Los móviles. —Mi madre pasa por nuestro lado con una bolsa. Contrariada, dejo caer mi teléfono en ella y me concentro de nuevo en la tienda.

—¿No te parece que deberías dejar que lo hiciera otro, Cris? —pregunta Kate preocupada.

¿Otra vez con esa historia?

—Puedo hacerlo perfectamente. —Resoplo.

—Vamos, Kate, deberías fiarte de ella. Si quiere superar su récord personal de cuatro horas déjala que lo haga, ¿no? —dice Trevor burlándose de mí.

—¿Cuatro horas para montar una tienda? —pregunta Cameron riéndose y acercándose para oír lo que estamos diciendo.

—Para montarla e incendiarla —contesta Kate riéndose.

—¿Qué?

—No es una historia interesante —digo tratando de matar su curiosidad.

Pero mi hermana parece decidida a contársela:

—¡Sí que lo es! Y apuesto a que estás deseando saberla. Entonces... —Empieza a contársela con pelos y señales, como si hubiera estado presente cuando sucedió.

La ignoro y me dedico de nuevo a mi tienda. Se ha convertido en una cuestión de principio: demostraré a todos que soy capaz de montarla.

—No puedo creer que mi pequ..., esto... —Cameron tose al darse cuenta de que acaba de decir algo inconveniente—. ¡Sabía que Cris era torpe, pero no hasta ese punto! —dice corrigiendo el tiro.

Después se marcha dejando a su espalda un silencio embarazoso. Niego con la cabeza y me concentro de nuevo en mi trabajo.

—¡A ver, los hombres! Id a coger leña para el fuego. La necesitamos urgentemente para las nubes de azúcar. —La señora Dallas sonrío agitando la bolsa.

—Por supuesto, pero antes debo hacer una llamada importante —dice mi padre alejándose.

Mi madre parece turbada por su comportamiento. ¿Con quién debe hablar por teléfono? Podría ser una llamada de trabajo, pero no tiene sentido, porque su jefe está con nosotros.

Mientras los hombres se ocupan de la leña y de la hoguera, yo sigo tratando de montar mi estúpida tienda.

—¿Necesitas que te eche una mano? —Levanto la mirada y veo a Sam, que me sonrío con su habitual dulzura. Echo mucho de menos a mi mejor amiga.

—Esto... —En un primer momento pienso en rechazar la oferta, pero después comprendo que sería una idiota si lo hiciera. Al menos con la ayuda de Sam terminaré antes—. Sí, gracias.

En menos de media hora, mi tienda queda bien plantada en el suelo. Estoy asombrada. Jamás me habría imaginado que iba a poder hacerlo en tan poco tiempo, y todo gracias a Sam.

Tras terminar con la tienda ayudamos a preparar algo de comer.

—He notado que últimamente pasas mucho tiempo con Becca y con Matt —dice Sam mientras vamos a una fuente para lavar la lechuga.

Evita a toda costa levantar la cabeza para no tener que mirarme a los ojos.

—Sí, exceptuando a Trevor no me quedan muchos amigos. —Me arrepiento enseguida de mis palabras.

Calla unos segundos antes de decir:

—Cris, sobre eso...

—No, Sam. No quiero hablar del tema —la atajo.

—Sé que te hemos hecho daño, pero debes creerme, Cris, no era nuestra intención. Te queremos mucho y no sabes cuánto lo sentimos —dice.

Permanezco en silencio.

—Organizamos un buen lío. —Veo dos lágrimas surcando su cara—. Lo siento mucho, Cris. Soy un desastre. Siempre lo he sido. Me dejé enredar como una idiota. He perdido a mi mejor amiga por una gran estupidez. Nunca me lo perdonaré.

Sé que Sam es muy sensible y frágil y odio verla sufrir. Me acerco a ella para consolarla.

—No has perdido a nadie, Sam. Yo sigo aquí. Y ahora preferiría no hablar de esa historia, ¿ok?

Estamos en un sitio precioso y estos días debemos divertirnos y relajarnos.

Estoy segura de que Sam está de verdad arrepentida de lo que hizo y, a pesar de que aún no estoy preparada para perdonarla, hablar con ella me ha servido para, al menos, aplacar un poco la rabia que siento desde hace tiempo hacia ella.

Hace media hora que los hombres volvieron del bosque con leña suficiente para una semana.

Desde entonces mi padre no ha hecho otra cosa que intentar encender como sea la hoguera con el mechero, dado que la técnica de frotar palitos no ha dado buenos resultados.

—Cuéntame cómo te fue en Carolina —dice Sam sentada a mi lado a orillas del lago.

Después de la breve discusión que tuvimos en la fuente, Sam y yo volvemos a hablarnos. Sam me ha dicho que ella y Nash han hecho ya planes para el futuro, lo que significa que quieren estar juntos después del instituto. Irán a la misma universidad en Nueva York. Me alegro mucho por ella, merece ser feliz.

—Estuve en casa de mi primo Luke. No sucedió nada de particular, solo estuve una semana, pero al menos cambié de aires. Lo necesitaba —le explico.

—Apuesto a que alguno de sus amigos te tiró los tejos. —Se ríe a la vez que me empuja con un hombro.

—No, por suerte no. —Sonrío. ¡En lo último en que pensaba era en gustar a los amigos de Luke!

Sam calla uno segundos, después prosigue:

—¿Puedo preguntarte una cosa? Pero no te enfades. Es pura curiosidad.

Reconozco que, por la manera en que lo ha dicho, siento un poco de miedo, pero aun así asiento con la cabeza.

—No habrías querido salir con nadie porque seguías pensando en mi hermano, ¿verdad?

Me parece obvio. Creo que Sam sabe mejor que nadie hasta qué punto estoy enamorada de Cameron.

—Sí, a pesar de todo lo que ha pasado, no puedo olvidarlo. Y me odio por eso. Pensaba que me bastaría recordar lo que hizo para quitármelo de la cabeza, pero ha sido inútil.

—Lo suponía. Sé que Cam se equivocó, Cris, pero ya has visto que no puedes olvidarlo. ¿No podéis, qué sé yo, volver a empezar desde el principio? Ya sabes, como en las películas o en los libros. Como en una de esas escenas románticas en que los protagonistas fingen que aún no se conocen y vuelven a empezar su historia y se vuelven a besar por primera vez bajo una luna resplandeciente. —Sam mira el cielo con ojos soñadores.

Sería demasiado fácil que las cosas pudieran arreglarse de esa forma.

—Si lo perdono me sentiré estúpida e insatisfecha conmigo misma. Hizo algo grave y no estoy segura de que las cosas puedan volver a ser como antes.

—Te entiendo, pero al menos intenta ser su amiga —sugiere.

No puedo evitar reírme de lo que acaba de decir. ¿Cameron y yo amigos? Nunca lo hemos sido y nunca lo seremos. Sería demasiado raro.

—¿De verdad te imaginas a Cameron y a mí como *amigos*? —pregunto.

—Mmm... no, pero ¡podrías intentarlo! En cualquier caso, quiero que sepas algo sobre Nash: él no tiene nada que ver con esto. Siempre se opuso a nuestro plan y estuvo a punto de contártelo todo muchas veces.

—Siento haberme enfadado con él —admito. Pero ¿cómo podía saberlo? En el fondo, Nash siempre ha

sido el mejor amigo de Cameron, así que estaba convencida de que estaba tan involucrado como los demás.

—¡Lo he conseguido! —exclama mi padre exultante.

Sam y yo nos levantamos y nos acercamos a la hoguera. Unos segundos después aparece Cameron.

Después de volver del bosque desapareció a saber dónde y solo ha vuelto a dar señales de vida ahora.

Parece sorprendido de verme al lado de su hermana.

Nos sentamos en corro y cenamos. Después tostamos las nubes.

Es estupendo ver a mis padres sonriéndose y charlando relajados. Hacía tiempo que no los veía tan tranquilos.

Entre risas, anécdotas de la universidad, aventuras y consejos, la velada pasa en un suspiro. Cuando llega la hora de acostarnos voy a mi tienda y me meto en el saco de dormir.

Pero, por desgracia, no dejo de dar vueltas, sin poder conciliar el sueño. Estoy un poco nerviosa, pienso en la forma en que Cameron me ha mirado durante la cena y en la forma en que, a mi pesar, lo he mirado yo. No he podido evitarlo.

Me encantaría salir de la tienda e ir a hablar con él, pero no puedo.

La tienda contigua a la mía se abre y veo la pequeña sombra de Kate. Pero ¿qué pretende hacer?

Se mueve con cautela hacia la mía e intenta abrirla.

—¿Qué haces aquí? —susurro ayudándola a entrar.

—Antes, cuando fui a dar una vuelta, conocí a unos chicos. Uno de ellos me ha invitado a la fiesta que van a celebrar esta noche.

Sé ya a dónde quiere ir a parar y mi respuesta es no. No puede ir a esa fiesta de ninguna manera.

—Kate, no.

—¡Escúchame! Ese chico es de mi edad y me ha dicho que sus amigos son más mayores que él. Venga, por una vez —me suplica.

¿Qué ha sido de mi dulce e inocente hermanita?

—¡No sabes quiénes son, Kate! ¡Jamás te dejaré ir a una fiesta de gente que no conoces y, por si fuera poco, más mayor que tú! —digo tratando de mantener la calma.

—¡Por eso he venido! Para convencerte de que vengas conmigo. No soy tan estúpida como para ir sola, es evidente.

Niego con la cabeza.

—Cris... —dice poniendo cara de perro apaleado.

—Papá y mamá se darán cuenta.

—¡Claro que no! ¡Estaremos solo un poco, te lo prometo! ¡Disfrutemos de la vida mientras somos jóvenes! —Se ríe.

En serio, ¿qué ha sido de Kate? ¿La han raptado unos extraterrestres? De ser así quiero que la devuelvan enseguida.

Callo. Su propuesta no me gusta ni un pelo.

—Vale, como quieras. Iré sola entonces. —Sale de la tienda.

—¡No! —grito, y me tapo enseguida la boca esperando que nadie me haya oído.

Salgo yo también de la tienda y la cierro.

—¡No irás sola!

—Esta es la Cris que me gusta. —Sonríe.

Niego con la cabeza. No puedo creer que esté a punto de hacer una tontería semejante.

La tienda de Sam se abre y salen Cameron y mi amiga.

—¿Todo bien, Cris? —pregunta Sam.

—Sí, podéis volver dentro. —Hago todo lo que puedo para no mirar a Cameron, que me observa preocupado.

—¿Vais a algún lado? —pregunta.

—¿Entonces, qué haces? No quiero que papá y mamá nos pillen. Venid también vosotros si queréis —dice Kate alejándose.

Sam y Cameron se miran y se unen a nosotras. Nos adentramos en el bosque. Espero que Kate sepa de verdad adónde vamos.

—¿Qué pasa? —pregunta Cam agarrándome de un brazo para que frene el paso y poder apartarnos un poco de Kate y Sam.

—Nada —contesto, tratando de fingir desenvoltura.

—¿Adónde vamos?

—Kate ha conocido a unos chicos y vamos a una fiesta —le explico.

—¡Genial! —exclama irritado.

—Podías haberte quedado en la tienda, nadie te ha obligado a venir.

Doy gracias al cielo cuando, por fin, veo una pequeña luz a lo lejos.

—Disculpa por querer asegurarme de que no hay ningún problema, de que estás bien —dice parándose—. Puede que no me creas, pero me preocupo por ti.

—Sí, Cameron. Te creo —replico en tono irónico. Me alejo de él y me uno a Kate y a Sam, que ya están hablando con los chicos.

Miro alrededor. Son siete en total: cinco chicos y dos chicas.

—Os presento a mi hermana —dice Kate aferrándome una mano y tirando hacia ella.

Dirijo una sonrisa forzada al chico que me está mirando.

—No tiene novio —añade Kate guiñándome un ojo.

¿Bromea? Me quedo boquiabierta cuando veo que los dos se echan a reír.

—Mi primo no se equivocaba cuando nos dijo que eres simpática.

No entiendo nada. Luego, al ver salir de una tienda a un chico que he visto con Kate en un par de ocasiones, comprendo: mi hermana lo conoce porque son compañeros de clase.

—¡Dylan! —Kate le sale al encuentro.

Exhalo un suspiro de alivio. Por lo visto no está tan loca como pensaba.

—En cualquier caso, encantado. Me llamo Víctor. —El chico me tiende la mano.

—Y yo Cameron —dice Cam abriéndose paso entre Sam y yo.

Kate y Dylan desaparecen no sé dónde el resto de la velada, cosa que me inquieta. Entretanto, Sam, Cameron y yo nos unimos al grupo de amigos de Víctor alrededor de la hoguera.

—Así rompí con Rosie —dice uno de ellos. Acaba de contar cómo terminó su última relación.

Una menudencia, comparado con el final de mi historia.

—¡Muy interesante, Alex, de verdad! ¿Puedes venir un momento, Cris? —pregunta Víctor levantándose y tendiéndome una mano.

—Esto..., de acuerdo —contesto confusa.

Lo sigo hasta que se para delante de un árbol, a poca distancia de los demás.

—¿Puedo pedirte un favor? —pregunta mirándolos unos segundos.

—Depende del tipo de favor que sea —susurro.

—Quiero dar celos a mi ex. Creo que aún siente algo por mí y necesito asegurarme de que es así —me explica apresuradamente.

No tengo la menor intención de hacer nada semejante.

—Perdona, pero eso no va conmigo.

—¡Por favor! Solo será un beso inocente. —No consigue dejar de mirar a esa chica.

Pero ¿por quién demonios me ha tomado?

—¡Por supuesto que no! No quiero entrometerme en vuestra historia —insisto.

—Vamos, no hace falta que hagamos nada. Solo fingir que... —dice acercándose demasiado a mi cara. Nuestros labios se rozan apenas, pero enseguida trato de apartarlo.

—Pero ¡qué cojones...!

Antes de que pueda acabar la frase, Cameron se planta delante de mí y amenaza a Victor:

—Si intentas acercarte a ella otra vez te juro que te arrancaré los dientes.

—¡Déjalo en paz, Cameron! —grito agarrando su camiseta—. Vámonos de aquí.

¿Por qué se ha entrometido? Puedo arreglármelas sola.

Cam se desase de mí y me agarra del brazo con intención de sacarme de allí.

—Sam...

—¡No te preocupes! Yo me encargaré de Kate.

Cam y yo volvemos en silencio a las tiendas. Por suerte no estamos muy lejos y consigo llevarle el paso sin el menor problema.

—¿Me puedes explicar qué te pasa? No deberías haberte entrometido. Me las estaba arreglando sola de maravilla —susurro cuando llegamos delante de su tienda.

—¿Ese tipo te estaba besando y tú me preguntas por qué lo hice? Bueno, Cris, noticia de última hora: aún te quiero y me molesta verte besando a otro.

—Sea como sea, no es asunto tuyo. A ver si te metes en la cabeza que... —Me interrumpe posando sus labios en los míos.

Por un instante siento que me falla la respiración y temo perder el conocimiento.

Cam apoya una mano en mi cadera y la otra en mi cara para que no pueda zafarme de él. Pero se equivoca: no quiero apartarme.

Sin darme cuenta, rodeo su cuello con las manos mientras el beso se va haciendo cada vez más intenso. Nuestros labios se buscan y se saborean con avidez. Los dos necesitábamos sentir nuestros cuerpos cerca.

El corazón me late a toda velocidad y las emociones que siento en este momento hacen que la cabeza me dé vueltas. Pero después, en mi interior, se abre paso otro sentimiento: la culpa. Hacia mí misma.

No puedo. No puedo permitir que Cameron tenga este poder sobre mí. Hago un esfuerzo para interrumpir el beso. Esto no debería haber sucedido.

—No deberías haberlo hecho —susurro a poca distancia de sus labios.

—Lo sé, pero no pude resistirlo. —Retrocede un poco.

—Cameron... —empiezo a decir, pero Sam y Kate salen del bosque y me interrumpen.

—¡Me he enterado de lo que ha ocurrido! —comenta Kate preocupada.

—Da igual, vamos a dormir.

Paso el resto de la noche pensando en el beso de Cam. Mañana tenemos que aclarar esta situación.

Si mal no recuerdo, os dije que no llegarais tarde! —nos regaña la señora Square.

Esta mañana el único que ha podido levantarse cuando nos han llamado nuestros padres ha sido Trevor. Los demás hemos dormido una hora más y cuando nos hemos levantado todos han notado las ojeras que tenemos.

El tercer grado ha sido duro. Lo único que he conseguido decir para justificarnos ha sido:

—No teníamos sueño y estuvimos charlando a orillas del lago.

Por suerte, la excusa ha funcionado, aunque por las miradas cómplices y satisfechas que se han lanzado mi madre y la señora Dallas supongo que han malinterpretado todo. Ahora pensarán que Cameron y yo hemos hecho las paces y, en cierto sentido, tendré que fingir que es así. Sobre todo para no decepcionar a mi madre, que parece verdaderamente entusiasmada con la reconciliación. Por lo visto es lo único que consigue animarla estos días, en que la relación con mi padre va bastante mal.

Si ayer las cosas parecían haber vuelto a la normalidad, hoy la situación ha dado otra vez un vuelco. Mientras estábamos desayunando mi padre ha cogido el móvil y se ha alejado de nosotros para hacer una de sus habituales «llamadas de trabajo».

No me trago esa historia. Daría lo que fuera por saber qué está ocultando. Como siempre, la verdad saldrá a la luz tarde o temprano, solo espero que no sea nada grave.

—No nos acostamos tarde. Solo charlamos un poco, eso es todo —sigue justificándose Kate mientras nos dirigimos a la entrada del parque natural.

—Puede, pero parecéis zombis.

—Basta. Concentraos en el impresionante espectáculo que tenemos delante —nos interrumpe el señor Dallas.

Entramos en el parque, que enseguida nos deja boquiabiertos. La naturaleza que nos rodea es indescriptible. Es tan bonito que parece irreal.

Pese a que la visita es agotadora, porque el parque es enorme, vale la pena. Lo más impresionante es el largo puente de madera que cuelga por encima de un lago y parte de un bosque.

Siempre he tenido vértigo, así que apenas meto un pie en el puente empiezo a temblar asustada. Respiro hondo y camino lentamente, sujetándome bien al parapeto de madera.

El puente parece infinito y ofrece un panorama increíble del parque. Sería perfecto si no se oyeran continuamente los clics de la cámara fotográfica. Basta dar una a Kate para que, como una turista japonesa, saque un sinfín de fotos desenfocadas o inútiles.

Mientras cruzamos el segundo lago Sam grita:

—¡Dios mío, un cocodrilo!

Me vuelvo en la dirección que está señalando y veo al gigantesco animal moviéndose a ras del agua. Lo miro inmóvil, paralizada por el miedo. No logro seguir avanzando. No sé qué me sucede, pero me tiemblan las piernas.

—Ánimo, Cris, ven —dice Trevor volviendo atrás y aferrándose una mano—. Vamos. —Gracias a él

encuentro fuerzas para retomar el camino. Apenas estamos lo suficientemente lejos de esa escena de pesadilla exhalo un suspiro de alivio.

—Gracias, Trevor.

Cameron se vuelve y mira nuestras manos entrelazadas. Retraigo la mano y bajo los ojos de forma instintiva.

—No debes agradecerme nada. Sé que estas cosas te impresionan. —Sonríe y se vuelve para seguir avanzando.

La visita concluye y, sin que nos demos cuenta, nos encontramos de nuevo en el sendero que conduce a la entrada del parque.

Ha sido una experiencia increíble, pero agotadora; en lo único en lo que logro pensar mientras volvemos a las tiendas es en el saco de dormir, que no puede ser más incómodo.

Cameron y Kate caminan varios metros por delante de mí. Él mira al suelo mientras escucha lo que ella le está contando. Daría cualquier cosa por saber de qué están hablando.

Tengo la sensación de que Kate le está diciendo algo importante. Lo intuyo por la actitud seria y concentrada de Cameron.

Me vuelve a la mente el beso de anoche y me estremezco. No debería haber sucedido, pese a que lo deseaba.

Después de comer algo nos separamos: Trevor, Sam y los Dallas van a dar un paseo por la orilla del lago para ver si es posible alquilar unas barcas y cruzar al otro lado.

Cameron y mi padre se alejan para llamar por teléfono.

Kate, la señora Square, mi madre y yo nos quedamos en el camping vigilando las cosas y descansando un poco.

Es bonito estar sola a orillas del lago, tumbada en el suelo, contemplando el cielo azul.

—¿Todo bien? —pregunta Kate acercándose a mí.

—Sí.

—Mentirosa. —Se ríe mientras se tumba a mi lado—. Sé lo que ha sucedido con Cameron.

Me vuelvo para ver si está bromeando o no. ¿De eso estaban hablando antes? ¿De verdad Cameron ha tenido el valor de contarle a mi hermana que nos besamos anoche? Me sorprende que Kate no esté furiosa.

—En cualquier caso, Dylan y su primo se han ido esta mañana. No temas, no tendrás problemas con...

—¿Qué has querido decir con eso de que «Sé lo que ha sucedido con Cameron»? —la interrumpo.

—Sé que anoche os besasteis. —Lo dice como si fuera cosa de nada.

Como si hace unos días no hubiera tenido que suplicarle que no se vengase por lo que Cameron me había hecho. Porque al final tuve que contarle todo.

—Cuando Sam y yo llegamos y os vimos juntos comprendimos enseguida que había sucedido algo. Así que he querido hablar con Cam. Me ha preguntado qué puede hacer para que lo perdones. Le he dicho que no va a ser fácil y que, sin lugar a dudas, no bastará el beso de anoche para resolver el problema. Me parecía feo decirle: «Lo siento, querido, pero no tienes ninguna posibilidad. Ya sabes cómo es mi hermana: cuando se le mete una cosa en la cabeza es difícil que cambie de idea. ¡Así que olvídale!». Le he aconsejado que te dé tiempo para que puedas reflexionar sobre lo que pasó. Estoy segura de que al final sabrás lo que debes hacer —concluye mirando el cielo azul.

—Gracias —le digo.

—Ah, creo que le comenté también algo sobre Trevor y tú, que últimamente parecéis muy unidos.

—¡¿Qué?! —Me incorporo para mirarla. ¡No puede haberlo dicho en serio!

—¡Vamos, no lo niegues! ¡Estáis siempre juntos! Y Trevor se pasa la vida diciendo: «Cris es perfecta.

¡Si me diera la posibilidad la trataría como a una princesa!». —Imita la voz de Trevor y no puedo contener la risa.

—¡Nunca ha dicho eso!

—Es cierto, pero seguro que lo piensa. ¡Cris, nuestro colega está colado por ti! En su cabeza y en su corazón solo tiene sitio para ti. —Se ha puesto seria y eso me atemoriza.

Sé que Trevor siente algo por mí, pero espero de verdad que las cosas puedan cambiar. Su amistad es demasiado importante para mí.

—No quiero pensar en eso —digo en tono triste—. Para mí Trevor es como un hermano y no soportaría perderlo también.

—¡Menos mal! No quiero que Trevor se convierta en el nuevo Cameron —replica poniéndose en pie.

Me levanto también y nos reunimos con mi madre y la señora Square.

—¡Cris! ¡Kate! ¿Os estáis divirtiendo? —pregunta la madre de Trevor.

—¡Claro que sí! Me entusiasma vivir en contacto con la naturaleza. Pero sigo sintiendo la necesidad de encender el móvil, aunque solo sea para ver la hora —responde Kate.

—¡A vuestra edad no sabíamos qué eran los móviles y estábamos de maravilla, créeme! —dice la señora Square.

—¿A qué hora nos vamos mañana? —pregunto.

—Después de desayunar.

—¿Por qué tan pronto? —quiere saber Kate.

—Así podréis dedicar el resto de la jornada a estudiar. Te recuerdo que al día siguiente tenéis clase —explica mi madre.

Oímos unas voces y vemos a Cameron y a mi padre caminando hacia nosotras.

—Vaya, aquí están los dos hombres que no pueden pasar un solo día sin móvil —bromea mi madre.

—¿Dónde están los demás? —pregunta mi padre.

—Han ido a dar un paseo por la orilla del lago.

—¡Vaya! —dice mi padre palpándose los bolsillos de los pantalones—. ¡He olvidado el teléfono en el coche! ¿Puedes ir a por él, Cris?

—¿No puedes ir tú? No sé dónde lo has escondido —protesto. El aparcamiento no está cerca y, la verdad, no tengo ningunas ganas de hacer todo ese camino a pie por un estúpido móvil.

—¡Está encima del asiento! Vamos, Cris, eres joven y fuerte.

Resoplo y me acerco a él para coger las llaves. Antes de marcharme bromeo diciendo:

—De acuerdo, pero si me pierdo en el bosque la culpa será tuya.

—En ese caso es mejor que Cameron te acompañe. Conocemos tu sentido de la orientación —interviene mi madre.

—Está bien —responde Cameron encogiéndose de hombros.

—Daos prisa —ordena mi padre. Juro que si no fuera por Cameron caminaría despacio adrede y volvería aún más despacio.

Cameron me sigue en silencio mirando alrededor.

—¿Tienes vértigo? —pregunta de repente rompiendo el silencio relajante en que estábamos sumergidos.

—Digamos que sí.

—No me lo pareció cuando estuvimos en el tejado del hotel de Londres. —Se ríe.

Recuerdo perfectamente esa noche. Supongo que la emoción y la felicidad vencieron al miedo.

—Hay un poco de diferencia entre estar en el tejado de un edificio y caminar por un puente de madera que cruje a cada paso, suspendido encima de un lago abarrotado de cocodrilos.

Apenas termino la frase Cameron sonríe y mueve la cabeza como si estuviera intentando apartar un pensamiento de su mente.

Prefiero no hacer preguntas, así que aprieto un poco el paso para recuperar lo antes posible el estúpido móvil que me ha metido en esta situación.

Aún debemos hablar de lo que ocurrió anoche, pero por lo visto ninguno tiene ganas de sacar el tema a colación.

Al llegar al aparcamiento me acerco al coche de mi padre. Cameron va a echar un vistazo al suyo.

Como dijo mi padre, el móvil est  encima del asiento. Lo cojo y veo que tiene cinco llamadas perdidas y dos SMS. La tentación de desbloquear la pantalla y curiosear es demasiado fuerte, así que, sin darme cuenta, apoyo los dedos en ella.

—En cualquier caso, tampoco en Londres estabas segura. Habría podido empujarte y tirarte desde el último piso —dice Cameron aproximándose a mí.

Al oír su voz me asusto y levanto de forma instintiva la cabeza, que choca contra el techo.

— Ay! —Me llevo las manos a la nuca.

Como es obvio, Cameron se echa a reír.

— Gracias, Cameron!  La próxima vez grita, así me desmayar  directamente! —protesto mientras recojo el móvil, que se ha caído al suelo.

—Como quieras.  Qu  estabas haciendo?

—Nada, solo estaba cogiendo el teléfono de mi padre.

Salgo y cierro el coche y al volverme veo la cara de Cameron a apenas unos centímetros de la mía. Sonríe divertido.

— Eres el idiota de siempre! —Lo empujo haciéndolo reír aún más y me encamino ofendida hacia el camping.

—Deberías sentirte honrada, solo me pasa contigo. —Oigo que se ríe a mi espalda.

El Cameron de siempre.

Creo que ha pasado ya una hora desde que nos acostamos, pero no consigo conciliar el sueño.

Decido levantarme y dar un paseo por la orilla del lago.

El cielo está precioso, límpido y tachonado de estrellas. Mientras camino recuerdo la agradable velada que hemos pasado alrededor de la hoguera charlando y riéndonos. Parecíamos una gran familia.

Los adultos han recordado los viejos tiempos. Es raro imaginárselos jóvenes y despreocupados como nosotros.

Cuando Cameron se fue a dormir la señora Dallas nos contó cómo había empezado su relación con John.

Su historia es preciosa y no dejo de pensar en ella.

Mientras camino veo a lo lejos a alguien sentado en el suelo tirando piedras al lago. Lo reconozco y me aproximo a él.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —pregunto en cuanto estoy lo bastante cerca.

—No. —Cam esboza una sonrisa forzada—. No podía dejar de pensar.

Sé que no debería dirigirle siquiera la palabra, pero tenemos que hablar de lo que sucedió la noche anterior. No quiero que se haga ideas extrañas.

—¿En qué pensabas? —pregunto sentándome a su lado.

Calla unos segundos al tiempo que elige otra piedra para tirarla al agua.

—En mi madre, en mi padre y en Gina —contesta lanzándola.

Creía que estaba durmiendo mientras la señora Dallas hablaba.

—Odio oír esa historia asquerosa —confiesa.

—Supongo que fue duro para ti —digo en voz baja.

—No es por mí. No me gusta recordar el daño que le hice a Sam. —Baja la mirada—. Cuando pienso en esa historia tengo la impresión de que aún guardo en mi interior el odio que sentía por ella. No debí tratarla de esa forma, fui un estúpido. Nunca me lo perdonaré.

Por su mirada y por el tono de su voz se ve a la legua que se detesta por lo que le hizo a su hermana.

—No tiene sentido rumiar el pasado. Las cosas han cambiado, concéntrate en el presente.

Se vuelve hacia mí y clava los ojos en mis labios. No se acerca, se limita a mirarme como si estuviera hechizado.

—Siento lo que pasó ayer, Cris —susurra mirándome a los ojos.

Me esperaba cualquier cosa salvo sus disculpas. Quién me lo iba a decir.

—No te preocupes —balbuceo.

Adiós al discurso que he preparado mentalmente durante el día.

—Sé que me equivoqué, pero no pude resistirlo.

—Está bien, solo que no debe volver a suceder.

—Mmm... No sé si te puedo prometer eso —dice guiñándome un ojo.

Reprimo una sonrisa.

—Debes hacerlo. Jamás conseguiré pasar página si siguen ocurriendo esas cosas —replico en tono grave.

—Ah. —Es su único comentario; después guarda silencio.

—Estoy hablando en serio. No puedo seguir así, Cam.

—Así que has decidido pasar página. ¿No has encontrado un solo motivo para perdonarme?

—No lo consigo —admito—. Cada vez que lo intento recuerdo todas las mentiras que me dijiste y tengo miedo de que pueda ocurrir de nuevo.

Se vuelve hacia mí.

—¿Y si te asegurara que esta vez las cosas serán diferentes?

—Cam, no creo que...

—Fíate. Te juro que si me perdonas no te decepcionaré —me suplica.

—La confianza siempre ha sido nuestro punto débil, Cam. Ya no logro fiarme de ti.

Al oír mis palabras desvía la mirada y se pasa una mano por el pelo.

—¿Por qué fui tan imbécil?

—Yo..., creo que todo esto ha servido para algo.

—¿De verdad? ¿Para qué?

—Para que comprendamos que, con toda probabilidad, no estamos hechos el uno para el otro.

Frunce el ceño y me mira como si estuviera loca.

—¿Qué quieres decir? —pregunta con voz trémula.

—Que es hora de que cada uno siga por su camino. —Me duele pronunciar estas palabras, pero debo hacerlo.

—¿De verdad te parece posible algo así?

—Sí.

—No estoy de acuerdo. No quiero olvidarte. Jamás he sufrido tanto por alguien. No puedes venir aquí y pedirme que siga adelante sin ti. —Nos ponemos en pie—. No me lo puedo creer. —Niega con la cabeza—. No, joder. ¡Ni de coña! No permitiré que te vayas.

—Podemos tratar de ser amigos. —Dicho así parece una tontería.

—¿Amigos? ¿Tú y yo? —Se ríe—. ¿Me explicas cómo puedo ser amigo tuyo si cada vez que te veo me muero de ganas de besarte?

—En ese caso, tendremos que estar separados. Necesito que respetes mi decisión.

—Lo siento. No sabes cuánto. ¡Todo! Pero no puedo ser amigo tuyo, de ninguna manera —susurra y se va.

Todos de pie, vamos! ¡Es hora de desmontar las tiendas! —La voz inconfundible de mi madre inaugura el día de la peor manera.

No puedo abrir los ojos. Anoche, después de haber hablado con Cam, estuve despierta no sé cuántas horas pensando en nuestra conversación.

Mi madre, que entra en la tienda y trata de despertarme, me da fuerzas para abrir los párpados.

Aparto el saco de dormir tratando de acostumbrarme a la luz del sol.

—¿Cómo es posible que siempre seas la última en levantarte, Cris? —dice mi madre acercándose a mí —. Vamos, nos iremos dentro de nada.

Gateo hasta la salida y tiemblo al sentir el aire gélido de la mañana. Pero ¿qué hora es?

Todos están muy ajetreados, las tiendas casi están desmontadas, por lo visto solo falta la mía.

—¿Alguien sabe qué hora es? —pregunto.

—Son las seis de la mañana —responde Trevor detrás de mí.

¿Las seis de la mañana? ¿De verdad nos hemos levantado tan temprano para volver a Miami?

Me vuelvo hacia la izquierda. Cameron desvía enseguida la mirada y sigue trajinando con su mochila.

—¿Aún tienes que desmontar la tienda? —pregunta Kate a mi lado.

—Ya...

—Si quieres te ayudo —dice Cameron acercándose a mí. Noto la expresión de perplejidad que pone Trevor mientras recoge sus cosas.

Aunque, en realidad, todos nos miran de forma extraña, como si Cameron acabara de soltar una palabrota.

Empieza a sacar las piquetas mientras yo sigo parada, sorprendida por su comportamiento.

—¿Vas a ayudarme o te vas a quedar ahí mirándome? —me pregunta.

—Esto..., sí —musito aproximándome para echarle una mano.

Desmontamos la tienda o, mejor dicho, él me da instrucciones y yo las ejecuto.

Poco después, Kate, yo y el resto de los chicos vamos a la orilla del lago, disfrutando del espléndido paisaje antes de volver a la vida cotidiana.

—¡Este sitio es precioso! Me gustaría volver —dice Kate.

—Ya...

—Quizá la próxima vez podamos bañarnos en el lago —sugiere Trevor.

—¡Sííí! ¡Imagínate lo bonito que debe de ser bañarse a la luz de la luna! —dice Sam en tono ensoñador.

—¿Por qué a la luz de la luna? ¿No es mejor al amanecer? —Cameron se ríe.

—No, a la luz de la luna porque... —Sam empieza a explicárselo, pero Cameron la interrumpe tirándola al agua de un empujón.

Se me escapa la risa.

—¡Pobre Sam! —comenta Trevor acercándose para ayudarla.

—Reíos, reíos —dice ella salpicándonos.

¡El agua está helada!

—¡Esto es la guerra! —dice Kate.

De esta forma inicia una pequeña pelea en el agua, que interrumpe la señora Square, quien, después de haberse reído de buena gana, nos obliga a salir del lago.

Empapados y ateridos cruzamos el bosque y llegamos al aparcamiento, donde nos secamos y cargamos el equipaje.

Subo al coche de Cameron y me siento donde siempre. Él también entra, mientras Sam y Trevor se entretienen charlando con los mayores.

—Creo que tienes razón. No puedes perdonar tan pronto lo que te hice. —Cam me mira unos segundos esperando mi reacción. Luego prosigue—: He intentado ponerme en tu lugar y creo que yo nunca te habría perdonado. Así que me considero ya afortunado de que me hayas dirigido la palabra estos días.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes de sobra que nunca podré estar lejos de ti. Es superior a mis fuerzas. Pero a la vez sé que lo nuestro no puede funcionar, así que he decidido aceptar tu propuesta. Seremos amigos. —Sonríe.

—Estás tramando algo —digo, y le hago reír.

—No estoy tramando nada. Lo único que pasa es que soy lo bastante inteligente para aceptarlo.

—¿Por qué?

—Porque así tendré, al menos, la posibilidad de estar contigo, y, quién sabe, quizá un día las cosas vuelvan a ser como antes —afirma convencido.

—Aclaremos varios puntos, Cam. Primero: que aceptes mi propuesta no supone que yo te deba perdonar. Segundo: si te he pedido que seamos amigos es, precisamente, para evitar que las cosas vuelvan a ser como antes. Tercero: no te pegues tanto a mí.

—Rezarás para que suceda lo contrario cuando me veas con otra. —Guiña un ojo y mira hacia otro lado.

—No creo —respondo con firmeza.

En realidad no he pensado en esa posibilidad. ¿Y si Cameron se enamora de otra?

En cierto sentido todo sería más sencillo, pero yo sufriría muchísimo.

—¿Amigos? —pregunta tendiéndome la mano.

—Amigos —acepto estrechándosela.

Quién me iba a decir que iba a llegar a este punto con él. ¿Y si esta vez las cosas van mejor? ¿Y si esta es nuestra relación ideal?

Sam y Trevor abren las puertas y entran en el coche.

Me vuelvo y noto que Sam tiene la cara desencajada.

—Está así desde que encendió el móvil —explica Trevor—. Ha recibido un SMS de una tal Lexy.

Cameron y yo nos miramos.

—Sí, por lo visto ha vuelto a Miami y la directora le ha dado permiso para que se ocupe de nuevo del periódico del instituto —dice Sam.

Esta sí que es una pésima noticia.

Los domingos por la tarde vuelan y el lunes por la mañana llega siempre en un santiamén.

El fin de semana ha sido muy positivo: he acertado distancias con Sam y he llegado a una especie de acuerdo con Cameron. Ahora lo más difícil va a ser hacer las paces con Cloe.

—¿Qué haces aún en casa, Simon? —grita mi madre al tiempo que baja la escalera.

Mi padre entra en la cocina y se sirve un café.

—Papá, ¿cómo es que no estás...? —Antes de que pueda terminar la frase mi madre irrumpe en la cocina y va derecha hacia él.

—¿Qué está ocurriendo, Simon? —grita.

Una manera estupenda de empezar el día, ¿verdad?

Mi padre no se inmuta y bebe un sorbo de café.

—Le pedí a John que me diera la mañana libre porque tengo cosas que hacer en la ciudad.

—¿Se puede saber qué es eso tan importante que tienes que hacer? Tarde o temprano John se hartará de todo esto —insiste mi madre.

—No es asunto tuyo, Courtney. Deja de comportarte como una histérica.

Me quedo boquiabierta. Mi padre nunca le ha faltado así al respeto a mi madre.

—Papá... —repito, pero me vuelven a interrumpir.

—Será mejor que vayas a prepararte, Cris. Vas a llegar tarde.

Obedezco y voy a mi habitación. Es justo que resuelvan sus problemas solos, es evidente que yo estoy de más. Además, Trevor debe de estar esperándome fuera. Cojo el bolso y salgo de casa.

—Buenos días. Estoy agotado —dice Trevor dándome el casco.

—Buenos días. Yo también estoy destrozada. Anoche estudié hasta tarde.

—Podríamos haber estudiado juntos.

—No habríamos hecho nada, ya lo sabes —replico riéndome.

Me pongo el casco y nos adentramos a toda velocidad en el tráfico de la hora punta. Llegamos al instituto diez minutos antes de que empiecen las clases.

Trevor recibe un SMS.

—Tengo que ir a recoger una cosa a la habitación de Nash, nos vemos luego. —Se acerca a mí y me da un beso en la mejilla.

Mientras me dirijo a mi taquilla veo a Cameron cruzando el pasillo. Lleva la mochila echada al hombro y está leyendo algo en el móvil. De improviso levanta la mirada y me ve.

Alza una mano en ademán de saludo y lo único que me dice cuando pasa por mi lado es: «Hola, Cris». Después sigue caminando hacia el aula de Lengua sin dejar de mirar el teléfono.

Mientras ordeno mis cosas oigo que alguien me llama.

—¡Cris!

Me vuelvo y veo que es Taylor.

—Esto... Me alegro de verte —farfulla abrazándome.

Parece tenso y preocupado. ¿Qué está sucediendo?

—Yo también —respondo estupefacta.

Se separa apurado mientras se ajusta la bandana con manos temblorosas.

—Como quieras, Cris. Comeremos juntos, claro que sí —dice alzando la voz y mirando a alguien detrás de mí.

Siempre he estimado a Taylor, pero en este momento me da un poco de miedo. Hablo en serio.

—¿Qué? —pregunto confundida.

—Por supuesto. Esta noche podemos ir al cine. —Sigue con su representación y se inclina un poco a un lado para vigilar algo a mi espalda.

Le doy un puñetazo en el brazo.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Ay! —exclama, acariciándose el punto donde le he golpeado.

Después se recompone y sonrío. Se mueve para apoyar el brazo en la taquilla y lo hace a tal velocidad que la bandana resbala hacia un lado y le tapa un ojo como si fuera un pirata.

—¡Ahsley! ¡Vaya sorpresa! —dice tratando de darse importancia.

Contengo la risa.

—¿Qué tiene de raro? ¡Voy al mismo instituto que tú! —responde ella masticando chicle.

No puedo entender cómo es posible que Taylor esté tan chiflado por una de las amiguitas de Susan.

—Será mejor que os mováis. Las clases empezarán enseguida —dice ella rebasándonos.

—Es increíble —comenta Tay apoyando la espalda en la taquilla y ajustándose la bandana.

Mira con expresión triste a Ashley, que se dirige hacia el aula. Si su objetivo era impresionarla es evidente que ha conseguido justo lo contrario. Lo siento muchísimo.

—No te desanimes, vamos.

—Nunca me hará caso. —Baja la mirada.

—No es la única, Tay. ¡En el instituto hay un montón de chicas que darían lo que fuera por salir contigo!

—Lo sé, pero ella es distinta y... No sé cómo explicártelo. Me gusta un montón.

—En ese caso trata de impresionarla de otra forma sin meterme a mí por medio.

—Lo siento, fuiste la primera chica que vi en el pasillo. —Sonríe—. La próxima vez pediré consejo a cualquiera menos a Cameron —masculla.

—¿Cameron? —pregunto perpleja.

—Sí, me aconsejó que eligiera una chica para dar celos a la que me gusta. Dijo que esa táctica funciona siempre.

No puedo creer que Cameron le haya aconsejado una idiotez semejante.

—Habla con Trevor. Él sabe qué hay que hacer —le aconsejo.

—¿Trevor?

—¡Sí! Siempre ha gustado mucho a las chicas.

—Mmm..., creo que seguiré tu consejo. Si es la única manera de llamar la atención de Ashley...

—Fíate de mí. —Nos despedimos y nos dirigimos a nuestras respectivas aulas.

Me siento en mi sitio y me vuelvo hacia Trevor.

—Necesito que me hagas un favor —le suplico.

—¿De qué se trata?

—Tienes que ayudar a Taylor a conquistar a una chica —le explico rápidamente.

Trevor me mira como si acabara de decir la mayor gilipollez del mundo.

—¿Por qué debo ayudarlo precisamente yo?

—¡Porque está desesperado y no sabe qué hacer! Además, tú tienes éxito con las chicas —digo tratando de ser convincente.

—¡No es verdad! —Se ríe negando con la cabeza.

Es un mentiroso de tomo y lomo.

—Trevor...

—Está bien, puede que sea verdad, pero, en cualquier caso, no sé qué decirle. No utilizo ninguna técnica.

—No necesita que le expliques técnicas ni nada por el estilo. De eso se ha encargado ya Cameron y el tiro le ha salido por la culata. ¡Lo único que debes hacer es darle algún consejo, eso es todo! Te lo ruego.

Me gustaría ver a Taylor feliz.

—Me lo pensaré —dice.

Apenas abro la boca para contestarle la puerta de la clase se cierra con violencia.

—Sal a la pizarra, Rose. Resuelve lo que te voy a dictar —dice el profesor mientras se sienta.

¿Hay una manera mejor de empezar el día?

En la pausa para comer busco a algún amigo y veo a Trevor y a Taylor charlando. Parecen muy concentrados, así que supongo que están hablando de «ese tema». Prefiero no molestarlos y voy a comprar algo para comer a las máquinas.

Me pongo en la cola.

—¿Qué quieres? —La voz de Cameron me estremece.

—Esto... La verdad es que no tengo mucha hambre. Una barrita de chocolate o algo salado — balbuceo, agitada por la proximidad.

—Vaya almuerzo —replica en tono irónico. Su aliento roza mi cuello y me hace perder la cabeza.

Callamos unos segundos mientras la cola sigue avanzando.

—¿Puedo preguntarte algo? —aventuro.

—¡Por supuesto! Puedes preguntar lo que sea a tu «amigo» Cameron —responde recalcando la palabra «amigo».

No puedo por menos que volverme hacia él para ver qué me quiere decir.

—¿Estás seguro, «amigo»? —lo pincho.

—¡Claro que sí! ¿No es eso lo que hacen los «amigos»? —Me guiña un ojo.

Alzo la mirada al cielo y me concentro de nuevo en la cola.

—Veo que te estás tomando muy en serio esa historia —comento mirando hacia delante.

—Bastante. Estoy deseando que llegue la parte en que de «amigos» pasemos a ser «buenos amigos» y luego «novios». —Por el tono de voz salta a la vista que habla muy en serio.

Lo ignoro. ¿A quién se le ocurre pensar que es posible tener una conversación normal con Cameron?

—¿Qué querías preguntarme? —dice después.

—Nada.

—¡Vamos! ¡Un poco de seriedad! ¿Primero me dices que quieres hablar conmigo y ahora haces como si nada?

—Te lo diré solo si dejas de hacer el imbécil —respondo volviéndome de nuevo hacia él.

Se hace la señal de la cruz sobre el corazón y asiente con la cabeza.

—¿Sabes si mi padre tiene problemas en el trabajo? —pregunto con expresión seria.

Mi pregunta lo desconcierta. Es evidente que no sabe nada.

—No creo. ¿Por qué? —contesta preocupado.

—Últimamente se comporta de forma extraña. Riñe con mi madre, trabaja a menudo en casa y sale de repente para ir a saber dónde —explico mirando al suelo.

—Eh —dice Cameron—. No te precipites, no pienses enseguida en lo peor, ¿ok?

—Tienes razón —me limito a decir.

—Si quieres puedo hablar con mi padre. Puedo preguntarle si sabe algo.

—Te lo agradezco. Esta situación está empezando a ponerme nerviosa.

—Lo que debería preocuparte ahora es que varios novatos de primero han aprovechado que estabas

distraída y te han robado el sitio en la cola.

No me lo puedo creer. Miro asombrada a los novatos que estaban detrás de mí y que ahora están eligiendo la comida. Cameron se muere de risa.

—¡No tiene ninguna gracia! —Lo miro irritada—. ¡Me van a oír!

—Espera, Cris. Yo me encargaré de ellos —dice agarrándome del brazo.

Me lleva a rastras hasta la máquina y se interpone entre esta y el grupo de maleducados.

—Perdonad, pero estábamos delante —protesta uno de ellos.

—Ya no. ¡Vuelve a tu sitio!

El chico, atemorizado por el tono de Cam, resopla y vuelve al sitio que le corresponde.

Cameron se gira hacia mí y me guiña un ojo.

—Gracias —digo.

Elegimos la comida y vamos al patio. Matt, Trevor y Becca están sentados en el césped charlando tranquilamente.

—¿De manera que ahora Matt y tú sois algo así como amigos? —pregunta Cameron mientras nos reunimos con ellos.

—Bueno, creo que sí.

—Pensé que aún estabas enfadada con él.

—Ya sabes que intento seguir adelante y dar a las cosas el peso que les corresponde, Cameron. Si ya no estoy enfadada contigo no tiene sentido que lo esté con él, ¿no te parece? —explico imperturbable.

—Perdona, pero ya sabes cómo son las cosas. Soy tu «amigo», me intrigaba saber cómo van las cosas entre vosotros, eso es todo. —Me saca de quicio que siga subrayando la palabra «amigo».

Nos sentamos en el césped.

—¿De verdad le has dado un consejo tan banal? —pregunta Becca a Trevor.

—¿De qué estáis hablando? —me entrometo curiosa.

—De los consejos que le he dado a Taylor para llamar la atención de Ashley. Le he dicho que sea él mismo. ¡Y Becca no está de acuerdo! Le parece un consejo idiota —explica Trevor.

Como suponía, mi mejor amigo se ha comportado como una persona sabia y madura. Me siento orgullosa de él.

—¡Es idiota! Mi consejo era mucho mejor. A las chicas les gustan los tipos que no les hacen mucho caso —afirma Cameron riéndose.

—Es justo lo que pienso yo. Los cabrones son los que más gustan —corrobora Becca mirándolo.

No me puedo creer que estén diciendo una tontería semejante. Basta ver a Trevor o a Matt. Son dos chicos muy dulces que siempre se han llevado a las chicas de calle.

—Estoy de acuerdo con Trevor. Taylor debería ser él mismo. Si Ashley no sabe apreciarlo problema suyo —digo.

—¿Habéis oído que Cloe está organizando una fiesta para Sam? —pregunta Matt levantando la vista del móvil.

Menos mal que ha cambiado de tema. La expresión de Cameron no presagiaba nada bueno.

—¿Cuándo es?

—El sábado por la noche.

—¿Vas a ir? —pregunta Trevor.

—Claro que sí —contesto.

—Entonces yo también iré. —Sonríe.

—¿De qué va esto? ¿Si uno no sale el otro tampoco? —refunfuña Cameron como si no quisiera que lo oyéramos.

Da la impresión de que tiene celos de la relación que tengo con Trevor, pero me importa un comino y decido ignorarlo.

Mientras los chicos siguen hablando recuerdo mi viejo grupo de amigos. Los echo muchísimo de menos.

Echo de menos a Cloe, sus arrebatos de histeria y sus peleas con Cameron.

Echo de menos la cara de enamorado de Jack, que no logra apartar la vista de Cloe siquiera un momento.

Echo de menos la maravillosa amistad que me unía a Sam y la dulzura de Nash, que siempre ha tratado de protegerme y ayudarme.

Echo de menos a Carter y su obsesión por Maggie.

Hasta echo de menos a Lindsay, que, de una forma u otra, siempre consigue resolver cualquier problema.

Y echo de menos al viejo Cam.

—¡Cris!

Me vuelvo hacia la voz que me ha llamado y veo a Sam corriendo hacia mí con el repugnante periódico del instituto en la mano.

¿Qué habrá escrito Lexy esta vez?

Me enseña enseguida la portada en la que Taylor y yo aparecemos abrazándonos.

¿CRIS DEJA A CAMERON Y SALE CON TAYLOR?

ENTREVISTA ESPECIAL A SUSAN, QUE CONFIRMA LA NOTICIA

Supongo que es una broma.

No, Cris, mantén la calma. Así es como quieren verte Susan y Lexy: enfadada —afirma Trevor plantándose delante de mí para que no reaccione.

—¡Tengo que detenerlas de inmediato! No pueden destrozarme también las últimas semanas de clase.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta Cameron levantándose y acercándose a mí.

—Voy a hablar con la directora —explico.

Cameron me toma de la mano.

—Vamos.

—¿De verdad vais a ir a ver a la directora para protestar? Susan y Lexy se pondrán furiosas. —Becca parece bastante preocupada.

Me da igual lo que puedan hacer Lexy y Susan, esta vez les pararé los pies.

—No podemos permitir que siga escribiendo esas gilipolleces sobre la gente. No sé cuántas veces he salido en ese periódico de tres al cuarto, estoy harto. Quiero que dejen de publicarlo —tercia Cameron.

Creo que es la primera vez que me apoya de verdad en algo. Lo aprecio mucho. Parece que ahora que somos amigos nuestra relación va mucho mejor.

—Creo que no es una buena idea, Cris. Susan se vengará —insiste Trevor.

—No le hagas caso —dice Cameron con firmeza—. Tranquila, estamos haciendo lo correcto.

Después de cruzar medio instituto llegamos a la puerta del despacho de la directora y llamamos. Tengo el periódico en las manos y estoy nerviosa.

—Evans, Dallas, me alegro de veros. ¿Qué puedo hacer por vosotros? —pregunta la directora.

—Tenemos que decirle algo muy importante.

Con un ademán nos invita a sentarnos en las sillas que hay delante de su escritorio.

Respiro hondo antes de empezar a hablar, pero Cameron se me adelanta:

—Se trata del diario del instituto. Hemos visto que Lexy vuelve a ocuparse de él.

La directora sonrío y asiente con la cabeza como si estuviera orgullosa de su elección.

—El problema es que Lexy se está aprovechando de ese pequeño «poder». Escribe mentiras y maldades contra ciertos estudiantes en especial. Cameron y yo somos sus blancos preferidos. No le pedimos que cierre el periódico, pero que le imponga algunas reglas —explico.

Cruzo los dedos con la esperanza de que la directora comprenda y tome medidas al respecto.

Su reacción es sorprendente. Da la impresión de que no sabe de qué estoy hablando.

—¿Ha escrito sobre ti y sobre Dallas? —pregunta confusa.

—Esto..., sí. Está obsesionada con nosotros. Yo salgo en la portada del nuevo número con Taylor Caniff.

La directora se levanta de la silla y se acerca a la gigantesca librería que hay en su despacho. Empieza a buscar en los estantes.

Cameron y yo nos miramos preguntándonos qué sucede.

La directora saca un número del diario de la librería y toma de nuevo asiento. Lo deja en el escritorio

y dice:

—¿Dónde están esas noticias?

Cameron coge el periódico y yo me inclino hacia él para verlo mejor. De repente lo entiendo: Lexy ha mentido a la directora durante todo este tiempo: le mostraba diarios y artículos diferentes de los que, en realidad, publicaba. ¡Por eso la directora nunca ha tomado cartas en el asunto!

—Es increíble. —Cameron se ríe mientras hojea el número falso.

—¿Tan divertido te parece, Dallas? —pregunta la directora irritada.

—Sí, porque este periódico no es el que ha distribuido esta mañana en el instituto.

Dejo encima del escritorio el auténtico diario, la directora lo coge y lo examina con atención. Apenas ve la portada, se ruboriza; luego empieza a hojearlo, alterada por el contenido. En menudo lío se ha metido Lexy por mentirle.

Callamos mientras la directora sigue leyendo.

Cameron me mira orgulloso y me estrecha la mano. Después se inclina hacia mí y me dice al oído:

—Lo hemos conseguido.

La directora se pone en pie y sale del despacho sin decir una palabra. Cameron y yo la seguimos. Se dirige a toda prisa hacia la mesa en que Lexy distribuye las copias del diario.

Es difícil describir la cara que pone Lexy cuando la ve acercarse.

Recoge como una exhalación todas las copias e intenta esconderlas en la mochila. ¿De verdad cree que lo conseguirá?

—¿Qué pasa? —pregunta Sam aproximándose a Cameron y a mí.

—La directora no sabía que Lexy escribía ciertas noticias —le explico en pocas palabras.

—¿Qué? —pregunta otra chica. Cuando me vuelvo veo a Cloe con una expresión desolada.

—Lexy, he sabido que la copia del diario que dejas en mi despacho no es la misma que luego distribuyes a los estudiantes. Acompáñame, por favor —dice la directora.

Los alumnos que se han parado a escuchar están atónitos.

—¿De verdad le daba un periódico falso a la directora? Pero ¿a quién se le ocurre? —oigo comentar a Cloe detrás de mí.

—¿Pero qué coño tienes en la cabeza, Evans? —grita Susan desde la otra punta del pasillo.

Los chicos se apartan para dejarle sitio mientras ella avanza hacia mí furiosa.

—He hecho lo que debía. ¡Lexy y tú debéis parar de una vez! Os estáis pasando —le respondo.

—No me llesves la contraria, Evans. Porque si lo...

—¡Basta! —grito—. ¡Estoy harta de ti y de tus amenazas! Hablo en serio, Susan. Terminemos de una vez con esta historia. Finjamos que no nos conocemos y sigamos adelante con nuestras vidas.

—¿Sabes cuál es el problema, Cris? Que yo te odio sin remedio. Es inevitable, después de todo lo que me has quitado. —Mira al suelo mientras lo dice, como si estuviera reviviendo en su mente los momentos que ha pasado con Cameron.

—Ella no te ha quitado a nadie. Tú te alejaste de nosotros con tu absurdo comportamiento —tercia Cameron.

—Pero...

—Nada de peros, Susan. Si no te hubieras comportado de esa forma las cosas habrían ido de otra manera —continúa él, mirándola a los ojos.

Por un momento, Susan parece extraviada, como si de verdad estuviera reflexionando sobre las palabras de Cam.

Por suerte, por fin suena el timbre que pone punto final a la pausa de mediodía. Cameron y yo damos media vuelta y nos alejamos de Susan. Espero de verdad que la relación que tengo con ella pueda

cambiar, pero una voccecita en mi interior me dice que no me haga ilusiones y que no me fíe: las personas no cambian con tanta facilidad.

He pasado una tarde de tiendas maravillosa en el centro buscando un regalo para Sam.

Esta noche se celebra la fiesta de su decimoséptimo cumpleaños, y, después de haber buscado mucho, no solo estoy volviendo a casa con un regalo precioso, sino también con un vestido nuevo, perfecto para la ocasión.

Habrà muchísima gente, casi todo el instituto. Apuesto a que va a ser una fiesta estupenda.

—¡Estoy en casa! —grito cerrando la puerta.

Oigo un ruido de pasos procedentes de la cocina. Mis padres y Kate salen al recibidor y me miran preocupados.

—¿Qué pasa? —Silencio—. ¡¿Y bien?!

Mi madre levanta un brazo y me tiende un sobre con un símbolo que me resulta familiar.

No puedo creérmelo: es una carta de UCLA. Ese sobre encierra mi futuro.

—Dios mío... —susurro mientras me acerco para aferrarlo.

Lo cojo y voy directamente a la cocina. Lo miro tratando de imaginar qué puede haber escrito. Mi vida podría cambiar.

Al final inspiro hondo y lo abro. Con mano temblorosa saco el folio y lo ojeo.

Unas palabras escritas en negrita llaman mi atención. Me tapo la boca para no gritar. Las lágrimas empiezan a resbalar por mis mejillas cuando llego al final de la carta y veo la firma del rector de la universidad.

—¿Todo bien, Cris? —pregunta Kate preocupada.

—¿Y bien? —insiste mi padre.

Giro el folio para que lo puedan leer con sus propios ojos.

—¡¡¡Te han admitido!!! —grita Kate. Se acerca para darme un fuerte abrazo—. ¡Sabía que te aceptarían!

Aún no me lo puedo creer. ¿Está sucediendo de verdad o solo es un sueño? ¡Cuando acabe el instituto podré ir a la universidad de mis sueños en mi ciudad preferida!

¡Es imposible ser más feliz!

—¡Estamos orgullosos de ti, cariño! —dice mi madre sonriendo e intercambiando una mirada de satisfacción con mi padre.

Me levanto y corro a sacar el móvil del bolso para llamar a Luke y darle la buena noticia. Ojalá que a él también lo admitan en UCLA.

—¡Cris! —Luke responde enseguida.

—¡Hola! He recibido la carta de la universidad. ¡Me han admitido!

—Pues ¡adivina! Esta mañana ha llegado también mi respuesta: ¡yo también estoy admitido!

Salto entusiasmada sin poder contenerme. ¡Mi primo y yo iremos a la misma universidad! ¡Siento que el año que viene todo irá sobre ruedas!

Hablamos por teléfono más de una hora imaginando cómo será todo. De repente me doy cuenta de que

debo arreglarme para ir a la fiesta de Sam y cuelgo.

Apenas termino veo que he recibido un mensaje de Trevor: «¡En diez minutos estoy en tu casa!».

Me lo envió hace cinco minutos, así que debo darme prisa. Cojo el regalo y corro a la puerta.

El coche de Trevor está ya delante de mi casa; se ha adelantado, como siempre.

—Perdona que haya llegado antes.

—No te preocupes. Mejor así. En cualquier caso, tengo que decirte algo muy muy importante —le digo mientras me abrocho el cinturón de seguridad.

—¿Qué ha pasado? —Su voz delata que está preocupado.

—He recibido la respuesta de la universidad y adivina... ¡Me han aceptado! ¡Puedo volver a California! —digo emocionada.

—Pero ¡eso es genial! Es justo lo que querías. Me alegro por ti. —Veo que sonrío, aunque sin perder de vista la carretera. No me convence.

—¿Ocurre algo?

—No, nada. Me alegro por ti, en serio —repito subiendo el volumen de la radio.

Callamos un rato mientras escuchamos música.

—Creo que hemos llegado —dice Trevor de improviso.

Taylor me ha dicho que Cloe ha trabajado mucho para organizar la fiesta. Sam y ella están muy unidas. Cloe es la única con la que aún no he aclarado las cosas. Ninguna de las dos se atreve a hablar a la otra y creo que debo ser yo la que dé el primer paso.

Hablaré con ella apenas surja la ocasión de hacerlo.

Trevor aparca el coche delante de un local que no he visto en mi vida.

Dentro está ya abarrotado, pese a que la fiesta aún no ha empezado. A lo lejos entreveo a Susan con un vestidito corto de color lila. Me mira unos segundos y luego se vuelve.

Por fin veo a Sam. Está con Cameron charlando con unos chicos que no conozco.

—Vamos a saludar a la homenajeadá —le digo a Trevor.

—¡Cris! —exclama Sam saliendo a mi encuentro.

—¡Felicidades! —le susurro al oído estrechándola entre mis brazos.

—Me alegro de verte. Temía que a última hora decidieras no venir —contesta sonriendo.

—¡No me habría perdido tu fiesta por nada del mundo! Esto es para ti —digo tendiéndole el regalo—. Solo es un detalle, pero espero que te guste.

—¡Gracias, Cris! Lo abriré más tarde, cuando esté sola. Es demasiado importante.

Cameron da un paso hacia mí, me agarra la cintura con un brazo y me da un beso en la mejilla.

El beso dura unos segundos de más, pero no me molesta en absoluto, aunque debería, dado que Cameron y yo ahora solo somos «amigos».

Sus labios se desvían hacia mi oreja.

—Estás guapísima —susurra. Después se aparta esbozando una sonrisa preciosa.

—Esto... Probando, probando. Sí, funciona. —La voz inconfundible de Cloe retumba en el local—. Bueno, chicos, son las nueve y media. ¡Que empiece la fiesta!

La música empieza a sonar seguida de los gritos de los invitados presentes en la sala.

Cuando vivía en Los Ángeles no me gustaba ir a fiestas, pero desde que nos instalamos en Miami me encanta. ¡Esta, además, es quizá la más bonita a la que he asistido en mi vida!

Cloe tiene buena parte del mérito: ha organizado todo a la perfección.

Me abro paso entre las personas que abarrotan la pista de baile y llego a la barra del bar, donde pido un refresco.

—¡Fanta de naranja! ¡Guau, vaya una chica transgresora! —dice alguien a mi lado.

Me vuelvo y reconozco a David, el primo de Becca. Está bebiendo algo, a buen seguro con alcohol.

—Hola. Bonita fiesta, ¿verdad?

—Ya. No pensaba que vendría tanta gente. Porque, bueno, estamos hablando de Samantha Dallas, la asocial.

Le daría un sopapo por haber dicho semejante tontería.

—Estás hablando de la vieja Samantha. ¡La nueva es la bomba! —digo con orgullo de mi amiga.

David asiente con la cabeza y bebe un sorbo.

—Me ha dicho Becca que has pasado un año difícil. —Se acerca más a mí para que pueda oírlo bien.

Solo espero que Becca no le haya contado todo con pelos y señales.

—Ya —contesto secamente.

—Así que Susan y tú no os lleváis demasiado bien. —Sonríe mientras lo dice.

—Ya —repito, para que comprenda que preferiría hablar de otra cosa.

—No eres muy habladora, ¿verdad? —prosigue David divertido.

¡Menuda simpatía! Decido desviar mi atención hacia los chicos que están en la pista. Cameron está bailando con Cloe y, por lo visto, se está divirtiendo. Hacía mucho que no lo veía tan relajado, me alegro de que Cloe haya conseguido que se sienta mejor.

—¿Estás mirando a Dallas?

—No —contesto desviando la mirada.

—Sé lo que sucedió entre vosotros. Cloe y él se pasaron mucho. Pero, por lo visto, no te importa demasiado, ya que sigues viéndote con ellos.

—Me importa más de lo que crees. Además, no puedes entender lo que siento por ellos, así que será mejor que cambiemos de tema. Si me permites que te dé un consejo, trata de no meterte donde no te llaman.

Él se encoge de hombros. Dejo el vaso vacío en la barra y hago ademán de marcharme, pero David me detiene:

—Espera.

Cuando me vuelvo hacia él para ver qué quiere se acerca a mí, me coge por la cintura y me atrae hacia él.

Pero ¿qué demonios le ocurre?

—No te muevas —me pide, dándome un beso en la mejilla. Apoyo las manos en su pecho para

apartarlo.

—Pero ¿qué...? —empiezo a protestar, pero él me interrumpe de nuevo volviéndose para saludar a alguien.

—Hola, Susan. No esperaba verte en la fiesta de Samantha —dice pasándose una mano por el pelo.

Aún no alcanzo a comprender cómo puede estar tan chiflado por una chica como Susan. ¿Qué ve en ella?

—No me apetecía estar en casa y pensé en pasarme un rato —explica ella mirándonos—. Veo que estás con Evans. No debe de haber sido fácil pasar de mí a ella. Del palacio al establo, ya sabes...

La Susan de siempre. Nunca dejará de burlarse de mí. Estoy dispuesta a soportarla, siempre y cuando deje de amenazarme.

—Es una chica estupenda —afirma él pasándome un brazo por los hombros.

Me aparto de inmediato. No quiero que Susan piense cosas extrañas sobre nosotros.

—Sea como sea, ha conseguido quitarte a Cameron —prosigue David.

Sus palabras me dejan boquiabierta.

—Me da igual. Pensándolo bien, debería agradecerérselo.

—Esto... Perdonad, pero necesito tomar un poco de aire fresco. —Me retiro de la conversación y salgo del local.

Miro alrededor buscando un banco. Ahí hay uno. Veo a Nash sentado en él, solo, mirando algo en el móvil. Me aproximo.

—¿Qué haces aquí?

Sonríe y me hace sitio.

—Sam está muy ocupada saludando y dando las gracias a los invitados. Me aburría y he salido a tomar un poco de aire. ¿Y tú?

—Un feo encuentro con Susan —confieso.

—Aún no ha dejado de torturarte con esa estúpida historia, ¿verdad? —pregunta.

—Sí... Parece que todos se han puesto de acuerdo para recordármela. Es terrible.

—Tarde o temprano la olvidarán, créeme.

—A propósito, Sam me ha dicho que tú no tuviste nada que ver. Lamento haberme enfadado contigo —me disculpo.

—No te preocupes. En cualquier caso, me siento culpable por no haberte dicho nada. Todos están arrepentidos de lo que hicieron, lo sabes, ¿verdad?

—Sí.

—Puede que ahora te parezca imposible, pero estoy seguro de que tarde o temprano arreglaréis el problema y tú estarás dispuesta a perdonarlos —afirma.

—Te he echado de menos, ¿sabes?

—Yo también. —Nash sonríe y me pasa un brazo por los hombros—. Todo irá bien. Solo hay que tener un poco de paciencia —me susurra al oído.

Sam, Matt, Becca, Taylor, Nash, Trevor y yo nos hemos sentado en una mesa para jugar a verdad o atrevimiento.

Reconozco que el juego no puede ser más estúpido, pero esta noche está resultando interesante.

Miro a Nash y pienso en lo que me dijo antes en el banco. En realidad, no pudimos hablar mucho, porque Taylor nos interrumpió para obligarnos a entrar en el local.

—¿Verdad o atrevimiento, Sam? —pregunta Becca.

—Mmm... Verdad.

—Veamos... —dice Becca pensando en la pregunta que le va a hacer—. La primera vez que lo hiciste con Nash ¿fue como te lo habías imaginado o te decepcionó?

Sam mira a Nash unos instantes y luego responde:

—Me decepcionó.

Todos nos echamos a reír, porque sabemos que Sam solo lo está provocando.

Nash, en cambio, no entiende la broma y cruza los brazos sobre el pecho enfurruñado.

—¡Estaba bromeando, tonto! —Sam le coge una mano riéndose.

Seguimos jugando un rato entre verdades más o menos jugosas y atrevimientos realmente embarazosos.

—¡Vaya, aquí están mis amigos! —Cameron se acerca tambaleándose con una sonrisa en los labios—.

Creía que os habíais ido ya y que me habíais dejado solo.

Pide a Trevor que se aparte un poco y se sienta a su lado, delante de mí.

—Veamos, Cameron —dice Becca—. ¿Verdad o atrevimiento?

—¿De verdad estáis jugando a esa gilipollez? —pregunta él riéndose—. De acuerdo, de acuerdo...

Atrevimiento.

—Debes besar a uno de los que están sentados en esta mesa. —Becca lo está pinchando a sabiendas de que la va a elegir a ella: las únicas chicas presentes somos ella, Sam y yo.

Cameron la mira intrigado. Apoya los brazos sobre la mesa y se da impulso para levantarse, pero, apenas lo hace, palidece y vuelve a sentarse.

—Salgamos, Cam. No estás bien —digo poniéndome en pie para acompañarlo a tomar un poco el aire.

Por extraño que parezca, me hace caso y deja que lo saque del local.

—Estás loco —digo enfadada mientras lo ayudo a sentarse en un banco—. ¿Cuánto has bebido?

—Eso no es asunto tuyo —se limita a contestar.

Decido callar en lugar de insistir.

—¿Te has divertido con David?

Suelto una carcajada.

—Lo hizo para dar celos a Susan —explico.

—Qué imbécil —masculla, luego se pone serio—. Creí que estaba pasando algo entre vosotros.

—No, por lo visto está obsesionado con Susan.

Calla unos segundos mirando al vacío.

—En cualquier caso, si no hubieras bebido tanto habrías ganado un beso de Becca —digo bajando la mirada.

—Lástima, habría sido divertido ver tu reacción de «amiga» celosa.

—¡Idiota! —Es lo único que consigo replicar.

—En cualquier caso, no es la chica que me habría gustado besar —dice volviéndose hacia mí—. Pero eso ya lo sabes.

Se acerca a mí y me mira intensamente los labios.

—Si no estuviera tan borracho te obligaría a besarme, créeme. Sé que no te molestaría, por mucho que lo niegues. Sin embargo, por el momento podríamos contentarnos con un pequeño beso en la mejilla —concluye sonriendo.

Me aparta con dulzura el pelo hacia un lado y traza el perfil de mi cara con un dedo. Me estremezco. El momento es tan bonito que no quiero estropearlo, así que no opongo resistencia.

Se inclina poco a poco hacia mí y apoya los labios en mi mejilla, demorándose en ella unos segundos. Después los levanta y roza un punto algo más abajo. Prosigue con esta tortura, apartando los labios y bajando cada vez más, hasta alcanzar mi cuello.

Al cabo de unos segundos se aleja dejándome sin aliento.

—Soy un estúpido, no debería haber bebido tanto —dice tocándose la cabeza.

—Esto..., sí, no deberías haberlo hecho. —Trato de recuperar el aliento y de frenar los latidos de mi corazón.

—Al menos me ha ayudado a divertirme.

—Te habrías divertido igual sin beber, estoy segura.

—Lo dudo —confiesa.

También Sam ha bebido demasiado, de modo que al final de la velada debemos acompañarlos a casa y dejamos su coche delante del local. Ni Sam ni él están en condiciones de conducir.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Trevor al ver que se han dormido.

—Los despertamos, es la única solución —respondo.

—Ocúpate tú de Sam —me indica Trevor—. Yo me encargaré de Cameron.

—Sam...—digo sacudiéndole ligeramente un hombro.

Por suerte abre enseguida los ojos y baja resoplando del coche. Le agarro un brazo para ayudarla a mantenerse de pie.

—¿Puedes? —pregunta Trevor.

—Sí.

Cerramos el coche y nos dirigimos a la puerta de casa de los Dallas.

Necesitamos las llaves. Espero que Sam recuerde dónde las ha puesto.

—¡Sam, las llaves! —digo, pero ella parece no oírme.

Tiene los ojos cerrados y la cabeza apoyada en mi hombro.

—¡Sam! —repito alzando la voz.

—¿Qué? —Se ríe.

—¡Las llaves!

Se aparta poco a poco de mí y, a duras penas, saca un manojito de llaves del bolso.

Al cabo de unos minutos entramos y ayudo a Sam a tumbarse en la cama. Me acerco a la mesilla para apagar la lámpara y salgo de su habitación.

—No necesito una niñera, Trevor. Sé dónde está mi cama —dice Cameron cruzando el pasillo y entrando en su cuarto.

—¡En ese caso apáñate solo! —responde Trevor volviéndose para marcharse—. Te espero en el

coche. Date prisa —añade después al pasar por mi lado.

Asiento con la cabeza y me acerco a la puerta de la habitación de Cameron.

—Podrías ser más amable. Solo quería ayudarte —digo apoyándome en el marco de la puerta y haciendo un esfuerzo para ser lo más dulce posible.

—No necesito ayuda, y aún menos la suya —contesta.

—Como quieras. —Hago amago de marcharme.

—Espera, Cris.

Me paro. Cam se levanta y me pide con un gesto que me aproxime a él. No me fío. Prefiero no acercarme demasiado.

—No muerdo, fíate. Solo quiero darte un abrazo. —Se ríe y decido secundarlo.

Se pone en pie mientras yo me acerco a él con prudencia. Cuando me estrecha entre sus brazos experimento una extraña sensación de alivio. Mi corazón late con tanta fuerza que tengo miedo de que él pueda oírlo también.

—Buenas noches, pequeña —me susurra.

—Buenas noches, Cam —balbuceo en voz baja y salgo de la habitación para que no note que estoy a punto de echarme a llorar.

Buenos días, cariño —dice mi madre sonriendo.

—De buenos nada. Me duele mucho la cabeza —contesto pasándome la mano por el pelo enmarañado. No ha sido nada fácil despertarme esta mañana. Volví a casa a las tres de la madrugada.

—Espero que, al menos, la fiesta fuera estupenda —comenta mi madre tendiéndome una taza de té.

—Sí, pero me acosté demasiado tarde y dentro de media hora he quedado con Sam para ir juntas al centro. Creo que cuando vuelva a casa dormiré un poco más.

—Cuando hayas acabado de estudiar. Debes esforzarte para sacar buenas notas —afirma mi madre.

—No me puedo creer que estéis hablando del instituto el domingo por la mañana —resopla Kate.

De repente noto algo extraño, falta alguien.

—¿Dónde está...? —Antes de que pueda acabar la frase oigo que la puerta de casa se abre y se vuelve a cerrar.

Mi padre cruza el pasillo y, sin decir una palabra, sube la escalera.

—John lo ha llamado esta mañana. Tenía que hablar con él de algo importante —explica mi madre mirando fijamente su tacita de café.

En un abrir y cerrar de ojos subo la escalera y voy a ver a mi padre. Hay algo que no me convence.

Paso por delante de su dormitorio, pero no está allí. Seguro que ha ido a su despacho.

Llamo un par de veces sin obtener respuesta, luego entro.

Mi padre está sentado en el escritorio mirando atentamente un folio.

—¿Cuántas veces he de decirte que no puedes entrar aquí sin mi permiso? —pregunta sin dejar de mirar la hoja de papel.

—Llamé, pero no me contestaste. Así que el permiso para entrar me lo concedí yo.

—Solo espero que no lo hagas cada vez que no te contestan.

—¿Qué quería el señor Dallas?

Al oír mi pregunta mi padre baja las gafas y me mira con atención.

—Hemos hablado de las cosas de siempre... Asuntos de trabajo que no deberían interesarte. —Me ignora y vuelve a mirar el folio.

—Pero me interesan. ¿Pasa algo?

—¿Por qué? —Está asombrado—. Ve directa al grano, Cris. Estás aquí por un motivo preciso. No des rodeos y habla claro.

—Con frecuencia no vas a trabajar, riñes con mamá, siempre estás huraño... ¿Qué está sucediendo, papá? —No me contesta. Permanece impasible, con una expresión inescrutable—. ¿Y bien? —insisto.

—Deberías dejar de preocuparte por cosas que no te conciernen. Tu madre y yo somos adultos y podemos cuidar de nosotros. En cuanto al resto, sé lo que hago. Así que no te entrometas. El día que lo entiendas me lo agradecerás. Y ahora, si no te importa, estoy ocupado.

Salgo de la habitación sin decir una palabra, pero no tengo la menor intención de tirar la toalla. Apenas se presente la ocasión, entraré en el despacho para echar un vistazo a sus papeles y encontraré

las respuestas que estoy buscando.

Bajo y voy a arreglarme a mi cuarto.

Al cabo de veinte minutos estoy delante de la casa de los Dallas.

La puerta se abre y al alzar la mirada veo a Sam caminando hacia mí con el móvil pegado a la oreja.

—Vale —dice antes de colgar—. ¡Cris! —Sonríe y me abraza.

—¿Vamos?

—Espera, han dicho que estarán aquí en unos segundos —responde sin dejar de sonreír.

Lo afirma con toda naturalidad, como si yo supiera de qué está hablando.

—¿Estarán aquí? —pregunto confundida.

—Sí, ahí están. —Saluda a alguien que va en el coche que se está aproximando a nosotras.

No me lo puedo creer. ¿Me está tomando el pelo?

—¿Hablas en serio? ¿No iba a ser un día entre amigas?

—Si te hubiera preguntado si querías pasar el día con Nash, Cam y yo te habrías negado. Me gustaría haber invitado también a Cloe, pero sé que aún no habéis hecho las paces, así que he preferido no comentarle nada.

—Esto no me gusta ni un pelo —me limito a decir.

—En cambio, a mí sí. Mucho. —Me guiña un ojo.

—¿Qué estás tramando, Sam? —pregunto preocupada.

Todo parece organizado para alcanzar un fin bien preciso.

—¡Nada! Vamos, nos están esperando. —Me coge de la mano y tira de mí.

Va a ser un día interminable.

Me queda bien? —pregunta Sam caminando de un lado a otro y girando sobre sí misma para enseñarnos otro vestido.

El próximo fin de semana los Dallas asistirán a la boda de una sobrina y Sam ha organizado esta salida para que la ayudemos a elegir el vestido que se va a poner.

Hasta el momento todos los que se ha probado parecían hechos a medida para su cuerpo menudo, pero, pese a ello, a todos les ha encontrado un defecto. De hecho, Cam está empezando a perder los estribos.

—El color no te favorece —comenta Nash observándola con atención.

—¿Bromeas? Es un vestido precioso. Vamos, Sam, cómpralo y vámonos —dice Cameron.

Sam lo fulmina con la mirada.

—Haré caso a Nash. —Se encierra de nuevo en el probador.

Llevamos hora y media en esta tienda y si seguimos así Sam acabará probándose todas las prendas que hay expuestas.

—«El color no te favorece». ¿No podías haberle dicho que estaba guapísima? Estaríamos ya fuera de este lugar asqueroso —protesta Cameron.

—¡Soy su novio y estoy tratando de ayudarla! ¿Qué tenemos que hacer después, Cris? —pregunta Nash.

Saco del bolso la lista de las «cosas que debemos hacer hoy como sea» que Sam ha escrito e impreso. Por lo visto ha organizado el día hasta el menor detalle.

—Tú y ella debéis ir a ver a una tal Lily —digo.

—¡Ah, sí! Tiene que recoger los zapatos en la tienda de Lily.

—¿Estás bromeando? ¿De verdad se está preocupando tanto por la boda de Elizabeth? —pregunta Cameron sorprendido.

Sam sale del probador luciendo otro vestido que parece diseñado expresamente para ella.

—¿Qué decís?

Basta mirar la cara de Nash para apreciar lo bien que le queda.

—Estás guapísima, de verdad. ¿Podemos irnos ahora? —comenta Cam sin siquiera mirarla.

Nash se levanta y se acerca a Sam, le ciñe las caderas y le susurra algo al oído.

—¿No puedes fingir al menos algo de interés? —pregunto ocupando el puesto de Nash al lado de Cameron.

—Me da igual. Además, no entiendo por qué Sam está tan nerviosa por esta boda. ¡Casi no conocemos a Elizabeth! —Después, dirigiéndose a Sam y a Nash, que no dejan de intercambiarse besos y sonrisas, añade—: Eh, ¿qué os parece si dejáis las muestras de amor para cuando yo no esté presente? ¿Podemos irnos ya?

Cameron se divierte como un enano burlándose de ellos y poniéndolos en apuros. A mí también me hace reír. Como era de esperar, Sam se separa avergonzada de Nash y entra a toda prisa en el probador para cambiarse.

—¿Puedes dejar de hacer gilipolleces cuando estoy con tu hermana? Estábamos hablando de cosas importantes —le reprocha Nash.

Cameron suelta una carcajada.

—Ya, cosas importantes.

Al cabo de unos minutos Sam sale del probador.

—¡Bien, podemos borrar de la lista el punto «vestido»! Nash y yo iremos ahora a recoger los zapatos. Tú podrías ayudar a Cameron a elegir un traje para la boda, Cris. Sería genial que combinara con mi vestido.

—¡No pienso ponerme uno de esos trajes! Con un par de vaqueros y una camisa será más que suficiente —replica él, pero Sam se hace la sueca y, tirando de Nash, va a la caja a pagar.

Cameron y yo los miramos unos segundos.

—Sam tiene razón, Cam. Se trata de una boda, debes vestirme bien —explico mirando alrededor para ver dónde está la sección de caballeros.

Cameron me sigue resoplando y protestando como si fuera un niño de cinco años obligado a hacer algo que no le gusta.

—Esta no está nada mal —digo señalando una chaqueta.

—¿Cómo puedes distinguirla de las veinte que hay al lado? Son todas iguales —gruñe de nuevo.

—¿Puedes colaborar un poco? Cuanto antes elijas algo, antes saldremos de aquí —replico mirando las chaquetas para ver si hay alguna de un color que combine con el vestido de Sam.

—No me apetece nada colaborar.

—Gracias, Cameron —digo mirándolo enfadada—. Creo que este traje te irá bien —añado pasándole la chaqueta y los pantalones—. Ve a cambiarte. Entretanto te buscaré una camisa y una corbata.

—A sus órdenes, jefa —responde, y se dirige al probador.

Mientras busco entre las camisas y las corbatas no puedo evitar pensar en los labios perfectos de Cam, en su mirada intensa, en su sonrisa, que siempre me derrite.

Respiro hondo y voy al probador, aparto la cortina y le paso la camisa que he elegido.

—Ten. ¡Y procura darte prisa!

Veo que tiene el tórax desnudo, que solo lleva puestos los pantalones. Lo miro mientras se mueve pausadamente para ponerse la camisa y siento que me falta el aire. Tengo que salir de aquí como sea.

—Te espero fuera —logro decir.

—No, espera, ¿me ayudas a ponerme la corbata? —pregunta a la vez que acaba de abotonarse la camisa.

—De acuerdo —susurro, apoyando la espalda en la pared del probador para dejar el mayor espacio posible entre él y yo.

Estar cerca de él es demasiado peligroso.

—Me siento ridículo —dice mirándose al espejo.

A mí me parece sencillamente perfecto.

—¿Qué opinas? —Se vuelve hacia mí.

—Opino que... te sienta de maravilla —balbuceo.

—Eh, ¿te encuentras bien? Estás como un tomate —señala acercándose a mí y acariciándome una mejilla ardiente.

—Esto..., sí. Te anudaré la corbata y luego veremos cómo te queda.

Cameron da un paso hacia mí, apoya los brazos a ambos lados de mi cabeza y sigue sonriendo como si fuera algo divertido.

—Cam, te lo suplico —musito, aplastándome aún más contra la pared y mirando al suelo para no ver

sus labios y sus ojos oscuros.

—Shhh —susurra, deslizando el dedo índice por mi mejilla hasta llegar a la barbilla, para luego subirlo poco a poco hasta alcanzar mis ojos.

Sus labios son como imanes y no puedo dejar de mirarlo mientras se los muerde lentamente antes de inclinar la cara hacia la mía.

—Relájate, pequeña. Sé que me echas de menos. Deja de fingir que no te importa.

Apenas se rozan nuestros labios, pierdo el control de mí misma.

Nuestras bocas se buscan, los besos son cada vez más intensos, respiramos entrecortadamente. Todo sería perfecto si no estuviéramos en un probador.

No obstante, en este momento a los dos parece darnos igual.

Lo único que cuenta somos él y yo.

—Te he echado de menos, pequeña —susurra.

—Odio cuando acabamos así. Odio quererte tanto —admito.

—No tardarás en dejar de odiarlo, te lo prometo —dice, dándome un beso fugaz en la frente.

Se aparta y se vuelve a mirar al espejo para ajustarse la corbata.

—Deja, yo lo haré. —Sonrío y me acerco de nuevo a él.

—Está bien, pero procura mantener una distancia de seguridad, no sé si podré contenerme.

—Ya está —digo cuando termino.

Se vuelve para mirarse al espejo.

—Creo que esto irá bien.

Salgo del probador y me siento a esperar en un sillón.

Después de pagar nos reunimos con Sam y Nash en la playa para beber un batido. Miramos en silencio el horizonte.

—Puede que este verano sea el último que pasemos en Miami Beach. A saber dónde estaremos el próximo —comenta Sam de improviso.

—No es seguro que no estemos aquí —dice Cameron.

—Puede que Nash y yo estemos en Nueva York, en la Academia de Arte —prosigue Sam.

—Si nos aceptan —precisa Nash.

—Lo harán. En cualquier caso, nadie ha recibido aún ninguna carta, aún tenemos alguna posibilidad —replica Sam.

—La verdad es que yo la he recibido —intervengo.

Los tres se vuelven de golpe hacia mí. Me arrepiento enseguida de lo que acabo de decir.

—¿De verdad? ¿Y?

—Me han aceptado —respondo en voz baja.

Sam se pone de pie de un salto y me abraza.

—¡Enhorabuena!

Nash también me felicita.

—¡Volverás a Los Ángeles, tu ciudad! Es genial. ¡Me alegro mucho por ti! —dice Sam emocionada.

—Yo también me alegro.

Miro a Cameron y veo que tiene los ojos clavados en el suelo y los puños apretados.

Cuando se hace la hora de volver a casa Nash nos acompaña en el coche.

Cameron no dice una palabra en todo el trayecto, está abstraído, como si estuviera en otro planeta. Al llegar a mi casa me inclino hacia él para despedirme.

—¿Te encuentras bien? —pregunto.

Él alza la mirada, asiente con la cabeza y me da un beso en la frente.

—Hasta mañana —susurra.

La capital de Misisipi? —pregunta mi madre mientras conduce.

Esta mañana no solo me desperté tarde y tuve que saltarme el desayuno, además no tenía a nadie que me llevara en coche y, por si fuera poco, se puso a llover. De manera que, sin saber cómo, convencí a mi madre de que nos llevara a Kate y a mí al instituto.

—Jackson —responde Kate, acertando la respuesta.

Desde hace unos veinte minutos estamos paradas en el tráfico matutino.

—Exacto.

—Ahora te toca a ti, Cris —dice mi hermana.

—No te preocupes, Kate. El examen te saldrá bien, seguro. Te lo sabes todo —la animo.

Kate es muy buena estudiante y siempre ha sacado unas notas estupendas. No entiendo por qué está tan asustada.

—No es cierto. Di un estado cualquiera.

—Veamos... ¿Virginia?

—Demasiado fácil, Richmond —contesta bajando la mirada para hojear de nuevo las páginas del libro y repetir en voz baja las capitales de los estados.

Miro la hora en el móvil. Faltan diez minutos para que empiecen las clases y apenas nos hemos alejado unos metros del barrio en que vivimos.

A primera vista, mi madre parece estar de buen humor. Finge muy bien, de manera que, si no la hubiera oído discutir con mi padre anoche, podría incluso creérmelo.

—¿Papá ha ido hoy a trabajar? —pregunto.

Calla unos segundos antes de responder:

—Sí.

Eso me tranquiliza.

Tardamos algo más de media hora en llegar al instituto. Después de despedirme de Kate entro y cruzo el pasillo vacío en dirección a mi taquilla. Cuando suena el timbre veo salir a Trevor y a Taylor del aula de Lengua, seguidos de Becca, Sam y Cameron.

Ayer por la mañana no parecía muy contento de que me hubieran aceptado en UCLA, y la verdad es que su reacción me decepcionó un poco. Él mejor que nadie debería saber cuánto deseo volver a mi ciudad.

Una mano pasa por delante de mi cara interrumpiendo mis pensamientos.

—Planeta Tierra llamando a Cris. —Taylor sonrío.

—Ah..., sí, perdona.

—Me han contado que ayer salisteis los cuatro —dice riéndose—. Sam estuvo genial.

En este momento daría cualquier cosa porque desapareciera. ¿Por qué se mete donde no le llaman? Pero, por encima de todo, ¿por qué Sam le ha contado lo que hicimos ayer?

Trevor me mira con aire perplejo. Normal, ayer, cuando me llamó, no tuve valor para decírselo. Sé que no le gusta nada que Cameron y yo volvamos a ser amigos.

—¿Cita doble? —pregunta.

—Sí, ¿no lo sabías? Sam me ha dicho que son... —empieza a decir Taylor.

—Tay, puedo explicarle la situación sin tu ayuda —lo atajo.

Estoy segura de que si lo hubiera dejado seguir hablando habría exagerado todo, y no quiero que Trevor se preocupe sin motivo.

—Explícamelo entonces —dice cruzando los brazos sobre el pecho y poniendo una expresión que no presagia nada bueno.

—Ayer había quedado con Sam, y ella, sin que yo supiera nada, organizó esa salida con Cameron y Nash.

—Entiendo, pero ¿por qué no me has dicho nada? Creía que era tu mejor amigo —replica enfadado.

—Y lo eres. Solo que no me parece tan importante —contesto. Me mira con rabia.

No podía haber dicho algo más equivocado.

—¿No te parece importante?

—Esto..., bueno, tengo que hablar con el chico del gorro morado que acaba de pasar por vuestro lado. Sí, justo ese —dice Taylor, y se aleja de nosotros a grandes zancadas.

—Cris... —prosigue Trevor, pero calla enseguida para respirar hondo y calmarse—. No estoy enfadado porque no me lo hayas dicho. Lo que de verdad me molesta es que estés volviendo a caer en las garras de ese imbécil.

—¡No sabía nada! Si hubiera sabido que Cameron iba a acompañarnos ayer no habría salido —confieso.

—No me refiero solo a ayer. Hablo en general. Creía que te iba a costar más cambiar de idea sobre él.

—Ni siquiera me mira a los ojos mientras me habla.

No soporto cuando Trevor se comporta así. A pesar de que es mi mejor amigo, no acepto que me diga lo que debo hacer.

—Aún no he cambiado de idea sobre él, Trevor.

—Ya, por eso te dejas engatusar como si nada.

Estoy atónita. Pero ¿qué le sucede?

—Debes tomar una decisión, Cris. Perdonarlo, como si no hubiera ocurrido nada, o quitártelo por completo de la cabeza y pasar página. —Tras concluir su discurso se marcha dejándome sola en medio del pasillo.

Sus palabras no solo me han herido, además me han hecho sentir estúpida.

¿De verdad estoy permitiendo que Cameron haga lo que quiera?

El timbre vuelve a sonar anunciando el inicio de la siguiente clase: Educación Física.

Cuando entro en el vestuario veo que mis compañeras se han puesto ya el uniforme.

—Hoy vamos a jugar a baloncesto —dice Sam acercándose a mí preocupada.

—Mejor que fútbol.

Me dirijo al banco donde están las camisetas. Cojo una naranja y me la pongo en lugar de la sudadera.

—Espero que me toque en el equipo de mi hermano o de Nash y Taylor. Al menos no tendré que preocuparme de la pelota, saben que soy nula. —Sam se echa a reír.

—A propósito de Taylor, ¿me puedes explicar por qué le dijiste que habíamos salido con Nash y Cameron?

—¿Qué tiene de malo?

—Trevor no lo sabía y no le ha sentado muy bien.

—Mmm... Pero ¿qué más le da a Trevor? Quiero decir, ¿por qué le preocupa que hayas salido con Cameron? No sois novios.

Peor aún, es mi mejor amigo. La sinceridad es la base de la amistad y me siento culpable por haberle mentido.

—Lo sé, pero podías no haber ido contándolo por ahí. Taylor podría haberse imaginado algo raro.

—Sé sincera: Trevor, más bien, podría haberse imaginado algo raro. Sé que temes haberlo herido, Cris.

La miro intrigada para comprender adónde quiere llegar, pese a que con toda probabilidad lo sé ya.

Sam sabe que Trevor siente algo por mí. Algo que va más allá de la simple amistad.

De hecho, creo que por ese motivo no le he dicho que anoche salí con Cameron.

—Olvídalo, Sam.

—Como quieras, pero ten cuidado. Puedes hacerle daño.

Eso es justo lo que más temo: hacer daño a Trevor.

Nos encaminamos hacia el gimnasio, listas para jugar el partido de baloncesto. De improviso, alguien se abalanza sobre nosotras tratando de adelantarnos. Susan y sus amigas, cómo no.

Reconozco que en los últimos días Susan se ha portado bien conmigo. Cuando digo bien me refiero a que solo me ha mirado furibunda alguna vez y a que no me ha dirigido la palabra.

—¿Lista para la masacre, Evans? —me pregunta arqueando una ceja.

—Podría hacerte la misma pregunta —contesto.

En el gimnasio los chicos están tratando de encestar ya.

Cameron se está divirtiendo un montón con Nash, Matt y Taylor. Cloe pasa por mi lado y se dirige, poco menos que arrastrando los pies, hacia la profe.

—¿Qué le pasa? —pregunto a Sam. No parece estar de muy buen humor y eso me preocupa un poco. No es frecuente verla así. Al contrario, por lo general es una persona alegre y enérgica.

La profesora asiente con la cabeza y Cloe se sienta en un banco en un rincón, coge el móvil y empieza a escribir algo.

—¡Al campo! —grita la profesora.

Los chicos gritan exultantes; en cambio, nosotras, las chicas, resoplamos.

Los capitanes de cada equipo empiezan a elegir a sus miembros. Por suerte, me toca con Nash y Cameron. Taylor es el capitán del equipo adversario.

En la primera mitad del partido mi equipo parece decidido a ganar. Todos se mueven siguiendo el plan que ha sugerido Nash, de forma que al final empatamos con nuestros contrincantes.

¿Y qué hago yo entretanto? Nada.

Estoy sentada con Sam en un rincón del gimnasio, mirando los perfiles de nuestros compañeros de clase en sus redes sociales.

Por suerte, Nash ha sido listo y no me ha sacado al campo.

—¡Míralo! ¿Por qué sale tan bien en las fotos? Yo, en cambio, parezco sacada de una película de zombis —protesta Sam mirando la foto de ella y Nash que ha subido a Instagram.

—¡Estás guapísima! —le digo.

La profesora sopla el silbato y yo me vuelvo para ver qué ha ocurrido.

Susan está tumbada en el suelo, inmóvil.

—¡Apartaos! ¿Estás bien, Rose? —pregunta la profe acercándose a ella.

—Solo es una torcedura. ¿Qué estáis mirando todos? Llévame a la enfermería, Ashley —ordena a su amiga y esta la ayuda a levantarse.

Las dos abandonan el gimnasio dando saltitos.

—La sustituirás tú, Evans —dice la profe.

—Pero ¡yo estoy en el equipo de Nash!

—Da igual. Juega.

Obedezco sin rechistar. Taylor se acerca a mí para chocar los cinco.

—Perdóname de antemano por todos los errores que voy a cometer —digo sonriendo, pese a que jamás he hablado más en serio en mi vida.

—¿Estás preparada? —pregunta él.

Asiento con la cabeza mientras Nash esquivo con habilidad a sus adversarios y se hace enseguida con la pelota.

Me paro delante de él tratando de arrebátarsela, pese a que doy por hecho que es imposible. Como era

de esperar, Nash me esquivaba sin dificultad y corre hacia nuestra cesta hasta que Matt logra, por fin, quitarle la pelota.

Nuestros compañeros se precipitan para ayudarlo, dado que está acorralado por Nash y por otro jugador del equipo adversario. Los imito, consciente de que Matt jamás se atreverá a pasar la pelota a alguien como yo. Esta rebota en el suelo y va a parar a mis manos.

Empiezo a botarla mientras corro lo más rápido que puedo hacia la cesta. Cuando llego más o menos a mitad del campo Cameron me bloquea con una sonrisa maliciosa, y cuando trato de esquivarlo alarga un brazo para impedírmelo.

—Vamos, pequeña, pásame la pelota. Sabes que te la voy a quitar. —Se ríe mientras se aproxima a mí.

¿Y ahora qué hago?

—Yo en tu lugar no subestimaría a una jugadora como yo —digo haciendo gala de un descaro del que carezco.

Él sigue sonriendo, convencido de que me va a arrebatar la pelota sin el menor esfuerzo.

—No intentes oponerte.

Me gustaría tratar de encestar. Lo primero que se me ocurre es intentar distraer a Cameron. Sin dejar de botar, me acerco a él mirándole los labios, cosa que, sin lugar a dudas, lo confunde.

—¿Sabes una cosa, Cam? —pregunto moviéndome lentamente alrededor de él—. No bromeo cuando digo que no debes subestimarme.

A continuación me vuelvo a toda velocidad, lanzo la pelota y encesto.

Ni siquiera yo me lo creo.

¿De verdad he hecho canasta?

Miro a Cameron, que sonrío meneando la cabeza y pasándose la mano por el pelo.

Cuando suena el timbre, volvemos al vestuario.

—La próxima vez te quiero en mi equipo. Ocuparás el lugar de Cameron, el imbécil que se deshace con una sonrisa —comenta Nash mirando enfurecido a su amigo.

—Ha hecho trampa —dice Cameron entre risas.

Nash niega con la cabeza y se marcha dejándonos solos.

—¡Qué mala eres, pequeña! ¿Desde cuándo aprovechas mis puntos débiles para conseguir lo que quieres? —pregunta acercándose poco a poco a mí.

—He aprendido del mejor —respondo.

—Me gusta tu versión perversa —dice acariciándome una mejilla—. Te espero fuera de los vestuarios.

—¿Para qué?

—Para ir a comer algo. Me estoy muriendo de hambre.

Asiento con la cabeza y voy a cambiarme.

Cuando entro en el vestuario veo a Sam corriendo hacia su taquilla. ¡Como si no me hubiera dado cuenta de que ha escuchado mi conversación con Cam!

—¿Sabes que es de maleducados espiar, Sam? —digo quitándome la camiseta.

—Puede, pero me gusta verte con mi hermano —explica.

Cuando salgo del vestuario veo a Cameron apoyado en una taquilla.

—¡Aquí está mi *bad girl*! —Nos dirigimos hacia las máquinas expendedoras—. Nash no ha dejado de echarme en cara la derrota —dice mientras esperamos nuestro turno.

—Fuiste un idiota —bromeo.

Él se vuelve hacia mí y me mira con aire amenazador.

—¿De verdad conseguí distraerte?

—Debes saber que cuando te acercas a mí pierdo por completo el dominio de mí mismo y la

capacidad de razonar.

—¡Mentiroso!

—No estoy bromeando.

Le doy un puñetazo en el brazo y sigo riéndome hasta que llega nuestro turno. Seleccionamos dos barras de cereales y Cameron se inclina para cogerlas.

—Cam...—digo siguiéndole hacia el patio.

—¿Sí?

—Creo que te has apropiado de algo que me pertenece.

—Tú también me has robado algo que me pertenece —contesta muy serio.

Pero ¿de qué demonios está hablando?

—De mi corazón —añade.

Nos echamos a reír. No es propio de él decir esas cosas.

—Perdona, pero la tentación de imitar a Matt era irresistible —se justifica tratando de distraerme.

—Mi barra, Cam —digo retomando el tema.

—Cógela —contesta alzando la mano.

Me quedo parada y frunzo el ceño. Esta mañana no he desayunado.

—He agotado todas mis energías en un encesto maravilloso, no sé si lo recuerdas. El mismo que Nash sigue reprochándote.

Me devuelve la barra gruñendo. Después salimos al patio para reunirnos con los demás.

—Veo que hoy estás de buen humor —me dice mordiendo su barra.

—Tú también —contesto.

—¿Cómo puedo no estarlo después del beso de ayer?

Me basta recordarlo para sentir mariposas en el estómago.

—¿Así que piensas volver a Los Ángeles? —pregunta mirando al suelo en tono serio.

Me vuelve a la mente la expresión de desencanto que puso cuando se enteró de que me habían aceptado en UCLA.

—Probablemente sí... Ahí están los demás. —Apenas veo a nuestros amigos, cambio de tema.

—Sé que ayer parecía lo contrario, pero me alegro mucho por ti. Sé cuánto lo deseabas —dice esbozando una sonrisa forzada.

Se ve a la legua que, en realidad, no le gusta nada mi decisión, pero por el momento no quiero pensar en eso.

—Gracias, Cam —contesto devolviéndole la sonrisa—. En cualquier caso, aún queda un año.

—Ya, solo un año.

Para ya, Cameron! —digo riéndome mientras él no deja de lanzarme uvas.

No debería haberme sentado con él, Taylor y Nash en el comedor. No dejan de torturarnos a Sam y a mí, que lo único que pretendemos es comer en paz.

—¡Este va directo a la camiseta!

Sam se echa a reír escupiendo el agua que está bebiendo en el vaso.

El día empezó mal, pero va mejorando.

Cameron no ha hecho otra cosa que bromear y estar conmigo.

Al menos por hoy, la situación con mis amigos parece haber vuelto a la normalidad. Solo hay una persona con la que aún no he hecho las paces: Cloe.

La única vez que nos hemos dirigido la palabra en todo este tiempo fue cuando me contó que Cam estaba mal por mi culpa. Pese a todo, la echo mucho de menos.

Miro alrededor buscándola. Está sentada sola en una mesa mirando el móvil con aire triste.

A saber qué le habrá pasado, pero sería un poco extraño que ahora me aproximase a ella para preguntarle cómo está.

—¿Quieres sentarte con nosotros? —pregunta Taylor a Trevor, que pasa por delante de nuestra mesa. Por su mirada me doy cuenta de que aún está enfadado conmigo por la manera en que me he comportado con Cam.

—No, gracias, creo que me sentaré en otro sitio. —Sin añadir nada más, se vuelve y se marcha dejándonos a todos boquiabiertos.

Siento una rabia tremenda. Me levanto y hago ademán de agarrarle un brazo, pero él se vuelve resoplando.

—¿Qué quieres?

—Ya está bien, Trevor. Deja de comportarte así conmigo. Puede que no esté haciendo lo que debería con Cam, pero no tiene ningún sentido que te enfades conmigo por eso.

—No es el lugar ni el momento de hablar, Cris. Nos vemos en otra ocasión. —Se da media vuelta y se aleja.

Respiro hondo para tranquilizarme y vuelvo a la mesa con los demás.

—¿Va todo bien? —pregunta Cameron preocupado.

—Sí. —Cojo la hamburguesa, pero enseguida la dejo de nuevo en el plato. Se me ha quitado el hambre.

Cameron alarga una mano y la apoya con delicadeza en la mía.

—¿Estás segura?

Un tenedor cae al suelo y cuando nos volvemos vemos a Sam sonriendo de oreja a oreja.

—Perdonad. Seguid, por favor.

—¡Bah! Sois más empalagosos que el flan de chocolate que han servido hoy, y yo odio el flan de chocolate. Así que, por favor, si queréis seguir haciendo arrumacos, alejaos de mí —dice Taylor

disgustado.

Apenas Cameron aparta la mano, lo echo de menos. Es absurdo, lo reconozco, pero así es como me siento cada vez que se aleja de mí: vacía.

El timbre suena devolviéndonos a la realidad. Nos levantamos para reanudar las clases.

La tarde pasa lentamente y al final del día no veo la hora de volver a casa, pese a que me esperan largas horas de estudio.

Cameron se reúne conmigo en el patio.

—¡Por fin! —exclama—. Creía que no ibas a salir nunca.

—¿Pasa algo?

—Te necesito —susurra abrazándome. Estoy atónita.

—¿Vamos, oso perezoso? —grita alguien detrás de él. Es Becca y parece enfadada.

Cam me mira de nuevo resoplando.

—¡Me había olvidado!

¿Desde cuándo él y Becca son tan amigos y se ponen motes?

—Hasta mañana, pequeña —susurra dándome un beso en la frente.

Se marchan juntos. Qué raro.

Decido pasar por la parte trasera del instituto con la esperanza de que la verja esté abierta. Así llegaré antes a casa.

Al pasar por delante del campo de fútbol veo a una persona llorando sentada en un muro. No sé si acercarme o no. Cuando me doy cuenta de que es Cloe no me lo pienso dos veces y me aproximo a ella.

—Cloe —digo abrazándola. Tiene los ojos rojos y la cara llena de lágrimas—. ¿Qué pasa?

—Pasa que odio a los chicos. ¿Por qué deben comportarse siempre como estúpidos inmaduros? ¡Que les den por culo! —responde, levantándose y tirando el móvil al campo.

Después se sienta de nuevo a mi lado y empieza a arrancar la hierba con nerviosismo.

—«Nos completamos» —continúa, imitando la voz de Jack—. «La distancia no es nada comparada con nuestro amor», «Eres lo mejor que me ha sucedido nunca», «Si pudiera, estaría eternamente contigo».

Lo que me temía. La relación entre Jack y ella parece haber llegado a su fin.

—¿Sabes lo que es más divertido? Que ayer por la mañana me dijo: «Te quiero, pequeña. ¡Estoy deseando verte!».

Me gustaría saber qué ha pasado, pero casi tengo miedo de preguntárselo.

—La muy capulla... juro que si la veo la mato. Me abalanzaré sobre ella y le arrancaré el pelo. ¿Cómo puede haberme hecho algo así, Cris? —Calla unos segundos, después prosigue—: Anoche Jack me mandó un mensaje. Me decía que ya no quiere estar conmigo porque se ha enamorado de otra. Esa cabrona me escribió también pidiéndome que me alejara de «su Jack». Y ahora no sé qué hacer —concluye.

—¿Has intentado llamarlo para que te dé alguna explicación? No puede decir ciertas cosas con un SMS. Es de cobardes, y Jack no lo parece.

Calla y se vuelve a mirar el móvil que ha tirado al campo de fútbol.

—¿Sabes qué? Él es el que se ha equivocado en su elección. Si quisiera decirme algo más me habría llamado ya. Da igual. Superaré también esto —dice enjugándose las lágrimas.

Cloe es fuerte. Ha afrontado pruebas mucho más difíciles que la ruptura con Jack.

—¿Tú cómo estás? —me pregunta.

—Mejor —contesto esbozando una sonrisa.

Baja la mirada.

—Es increíble que estés aquí conmigo después de todo lo que sucedió por mi culpa.

—Olvidemos el pasado, Cloe. No tengo ganas de hablar de eso.

—Tienes razón. Esa mierda no debe de ser agradable.

—Ya. No ha sido un buen año para ninguno de nosotros.

—En cualquier caso, gracias. No solo por hoy. Temía que no perdonaras a Cam y a Sam y, en cambio, lo has hecho. —Sonríe—. Sé cuánto te costó perdonar a Cameron, pero debes creerme, él te quiere como jamás ha querido a nadie. Estáis hechos el uno para el otro, Cris. Y él te necesita, más que cualquier otra cosa. Deberías haber visto lo mal que estaba, parecía un loco.

Sus palabras no hacen sino confirmar que, pese a todo, lo que hubo entre Cameron y yo no era falso.

Es la décima vez que miro el móvil desde que escribí a Trevor.

Le he dicho que quiero hablar con él para aclarar las cosas de una vez por todas, pero aún no me ha respondido. Típico de Trevor cuando está enfadado.

Por desgracia, los únicos mensajes que sigo recibiendo son los de Sam.

Desde que volví a casa no ha dejado de escribirme cosas como «Becca y Cameron se han encerrado en la habitación».

¿Cómo es posible que no entienda que así solo empeora la situación?

«Voy a llamar a la puerta para molestarles. Te escribo en unos minutos».

«¡Me da igual!», respondo, y, para no recibir más noticias, apago el móvil y lo dejo en mi cuarto.

Kate está sentada en la encimera de la cocina repasando Matemáticas en voz alta. Cojo unas naranjas y las corto para hacerme un zumo.

—Yo también quiero, gracias —dice enseguida mi hermana.

—¿Por qué no te levantas y te lo preparas tú? —contesto bromeando.

Me saca la lengua y sigue repasando.

Dado que estamos solas en casa, me encantaría entrar en el despacho de mi padre y curiosear en sus papeles. El problema es que la puerta está cerrada y no tengo la menor idea de dónde está la llave.

—¡Cuidado! —grita Kate obligándome a volver a la Tierra.

El zumo se ha salido del vaso, que está lleno hasta el borde. Cojo un trapo y limpio la encimera.

—¿En qué estabas pensando? —Kate me observa con atención.

—En nada.

—Mmm... No te creo.

—Ok, estaba pensando en papá y en lo extraño que ha estado últimamente.

—Sí, yo también lo he notado. Siempre está ensimismado, cuando llega a casa se encierra en el despacho para hacer quién sabe qué. Anoche entré a hurtadillas y encontré esto —dice sacando unas viejas fotos de su libro—. Son preciosas, es de la época en que él y mamá estaban en la universidad.

Las cojo y las miro con atención.

La primera la he visto ya. Recuerdo perfectamente los semblantes sonrientes de mis padres, de los Dallas y de la joven embarazada.

Paso a la siguiente fotografía, en que mis padres están abrazándose. Y a la última, en que aparecen dos personas que no conozco.

—¿Quiénes son? —pregunto.

—Dale la vuelta —dice Kate.

En el revés hay anotados dos nombres, con toda probabilidad se trata de los dos jóvenes de la foto. Al lado de cada nombre figuran las fechas de nacimiento y de defunción. Deben de ser los verdaderos padres de Kate, que murieron en un terrible accidente de carretera.

Kate se parece mucho a la hermosa mujer de la foto. Tienen los mismos ojos, los mismos labios finos y

una sonrisa radiante, que lograría poner de buen humor incluso a la persona más triste del mundo.

—Os parecéis mucho.

—¿En serio? —Kate se acerca para mirarla mejor.

—Sí.

Me pregunto por qué mis padres nunca se han atrevido a enseñar esta foto a Kate.

—Me habría encantado pasar aunque solo fuera un día con ellos, conocerlos y... —susurra.

—Seguro que se sentirían orgullosos de ti —digo rodeándole los hombros con un brazo—. Y estarían agradecidos a papá y mamá por la espléndida hija que han criado.

Kate sonrío, aferra de nuevo la foto y la observa unos segundos más.

—Eh —susurro—, ¿sabes dónde guarda papá las llaves del despacho?

—No. El otro día pude entrar porque lo había dejado abierto, pero podemos descubrirlo. No hay más que vigilarlo.

—Daría lo que fuera por saber qué está ocultando.

—Si quieres puedo intentarlo. —Sonríe—. Esta noche vigilaré todos sus movimientos. Pero ahora será mejor que siga estudiando.

—Sí, me parece una buena idea. Yo voy a hacer lo mismo.

Entro en mi habitación y enciendo el móvil. He recibido tres SMS de Sam y ninguno de Trevor.

Ignoro los mensajes de Sam —lo último que necesito en este momento es preocuparme por Cameron y Becca— y decido darme un baño caliente y relajante antes de ponerme a estudiar.

Sumergida en el agua caliente, mientras disfruto por fin de un poco de paz, oigo acercarse unos pasos.

—¡Cris, abreee! —grita Kate llamando frenéticamente a la puerta del cuarto de baño. Si sigue así acabará tirándola abajo.

Salgo de la bañera, me envuelvo en la toalla y le abro.

Kate tiene un pie levantado y un corte en la palma de una mano.

—¿Qué has hecho? —le pregunto mientras pasa por mi lado y se acerca al mueble para sacar el desinfectante y las tiritas.

—Estaba cortando un panecillo por la mitad y al volverme me golpeé el meñique del pie con la mesa y casi me agujereo la mano.

Abro el armarito y saco una tirita. Se la pongo mientras ella resopla.

—¡Lo único que quería era comer un bocadillo de mermelada!

Trato de contener la risa imaginando el accidente.

—Sé que te vas a echar a reír, así que vete —dice ella irritada.

Cojo mi ropa y salgo del cuarto de baño. Entro en la habitación de Kate para vestirme y mientras me estoy abrochando el sujetador caigo en la cuenta de que he olvidado la camiseta en mi cama.

Bajo la escalera y cuando entro en mi habitación lanzo un grito.

—¡Por lo visto es mi día de suerte! —dice Cameron con la camiseta que debería llevar puesta en una mano.

—¿Va todo bien, Cris? —grita Kate desde el piso de arriba.

—Sí —contesto, y cierro la puerta tras de mí—. Supongo que sabrás que esto es allanamiento de morada —digo alargando la mano para recuperar la camiseta, pero Cameron sonrío y la esconde detrás de su espalda.

—Puedo decir que vale la pena. —Recorre mi cuerpo con la mirada.

Me vuelvo y me acerco al armario para sacar otra cosa.

—Hoy estás muy antipática.

Cam está a pocos centímetros detrás de mí. Posa las manos en mis caderas, su aliento cálido me hace

cosquillas en el cuello. Me estremezco y él lo nota.

—¿Qué te parece si hacemos una especie de pacto? —me susurra al oído.

Entrelaza su mano con la mía y me obliga a volverme. De repente noto que hace mucho calor. Hacía tiempo que no me sentía así.

—Si me perdonas te devuelvo la camiseta.

—Mmm... No me parece un pacto equitativo —susurro a duras penas.

El hecho de que esté tan cerca dificulta la situación. Y el miedo a que Kate pueda entrar en mi habitación en cualquier momento empeora todo.

—¿Qué me dices? —Se acerca aún más, dejando apenas espacio entre nuestros labios.

—Cam... —Trato de apartarlo.

Haciendo caso omiso empieza a recorrer mi mejilla, dándome pequeños besos. Creo que me voy a desmayar.

—Estoy pensando en ti desde esta mañana. Si Becca no me hubiera dado el coñazo con la clase de Filosofía habría venido antes.

Cuando estoy a punto de preguntarle algo sobre esas clases sus labios se posan en los míos. Un beso muy fugaz, que hace que lo desee más. Suponía que tarde o temprano llegaríamos a este punto.

Sin separarse de mí, Cam retrocede poco a poco. Se sienta en el borde de la cama, apoya las dos manos en mi espalda y me atrae hacia él. Después se da la vuelta, me tumba en el colchón y se echa encima de mí. A la vez que apoya su frente en la mía, susurra con dulzura:

—No puedes imaginar cuánto te he echado de menos, pequeña.

Acaricio su cara.

—Yo también, muchísimo.

—No te lo has quitado —dice tocando el pendiente de coco que me regaló en Navidad.

Inclina la cabeza hacia mi cuello y me da un sinfín de besos.

De repente, suena su móvil.

—No —susurra, moviéndose y sacándolo del bolsillo de sus vaqueros. Ni siquiera mira la pantalla. Lo deja en la cama sin decir una palabra y vuelve a concentrarse en mí—. Me da igual.

—Cam —musito interrumpiendo el beso—. Quizá sea importante.

Resopla y se sienta en el borde de la cama para contestar.

—¿Qué coño quieres, Sam?

Me levanto y me siento a su lado.

—Te odio —dice colgando y poniéndose en pie.

—¿Qué ha pasado?

—Sam está en el centro comercial, tengo que ir a recogerla porque ha perdido el autobús y no se encuentra bien. Mierda. —Gruñe.

—Ok —digo un poco decepcionada.

—Juro que esta me la pagará. —Saca las llaves del coche de un bolsillo de sus vaqueros.

—No te enfades con ella. —Sonrío tratando de calmarlo.

—No sonrías de esa forma, Cris. No imaginas lo que sería capaz de hacerte.

Sus palabras me arrancan otra sonrisa.

—¿Qué haces, me provocas? Qué chica tan mala. —Se ríe y me toca la punta de la nariz con el dedo índice.

Apoyo las manos en su pecho y lo empujo para apartarlo.

Él suspira y sale de mi habitación por la ventana.

Ten. Mejor será que no te descubran, porque si lo hacen te echaré toda la culpa. —Kate me amenaza a la vez que me da la llave del despacho de mi padre.

No sé cómo, ayer por la noche consiguió entrar a hurtadillas en la habitación de mis padres y la encontró.

Esta mañana mi padre parecía más inquieto de lo habitual. Caminaba de un lado a otro de la casa buscando por todas partes: debajo de los cojines, de las sábanas, entre la ropa y las toallas de baño... Por suerte, Kate había escondido la llave en un bolsillo de sus pantalones.

—Tranquila, nunca lo descubrirá.

Meto la llave en un bolsillo interno de mi mochila y salgo de casa. Hoy también tendré que ir a pie al instituto. Empieza a pesarme no tener coche. Intenté hablar con mis padres, pero ¿sabéis cómo reaccionaron? ¡Se echaron a reír! Creen que soy demasiado descuidada para tener uno.

Por el momento debo resignarme. Hasta que no tenga un medio de transporte propio lo único que puedo hacer es salir de casa con mucho adelanto para ir al instituto a pie o en autobús. O esperar a que alguien se ofrezca a llevarme.

Mientras espero a que el semáforo se ponga verde echo un vistazo a los mensajes. No he recibido ningún SMS de Trevor. No lo entiendo. Sabe de sobra que no soporto que no conteste, parece que lo hace adrede.

Al llegar al instituto no veo su coche ni su moto en el aparcamiento. Qué raro.

—¡Cris! —Nash me sale al encuentro en el patio.

—¡Hola!

—¿Sabes si Sam ha entrado ya?

—No lo sé, acabo de llegar.

Asiente y se mete una mano en el bolsillo de los pantalones para sacar una cajita de color celeste. Sin decir una palabra, la abre para enseñarme el contenido: una cadenita de plata con un colgante en forma de corazón.

—¿Crees que le gustará? —pregunta.

—Es preciosa. Claro que sí. —Sonrío.

Vuelve a meterse la cajita en el bolsillo y con un ademán me invita a entrar con él.

—Esta noche saldremos a cenar y he pensado hacerle un pequeño regalo. Dime la verdad, ¿te parezco ridículo?

—No eres ridículo, al contrario. Me parece muy romántico.

—Tengo miedo de que se ría en mi cara.

—No lo hará. ¡Estamos hablando de Sam, no de Susan!

Nos reímos.

—¡Gracias por los ánimos, Cris! Hasta luego —dice alejándose para reunirse con Taylor.

Me acerco a mi taquilla.

—Buenos días, princesa —me susurra Cam al oído tras aparecer de repente.

—Hoy pareces de buen humor. —Sonrío.

—Por supuesto que lo estoy. Ayer pasé una tarde estupenda; si Sam no hubiera llamado... Se me ha ocurrido una cosa. Dado que esta noche mi casa está libre, ¿quieres venir a hacerme compañía? Podemos ver una película.

Me gustaría gritarle enseguida: «¡Sí, me muero de ganas!», pero en lugar de eso trato de dominarme para tenerlo en ascuas.

—Me lo pensaré —respondo con aire indiferente cerrando la taquilla.

Cam arquea una ceja y me mira con aire inquisitivo.

—Te lo ruego —insiste, estrechándome la mano con una expresión seria—. Debo decirte cosas importantes. Además, me merezco un premio por haber organizado una velada para nuestros padres. Van a salir a cenar juntos. No fue fácil, créeme.

—Mmm... En ese caso, de acuerdo.

—Así me gusta —susurra dándome un largo beso en la mejilla—. Voy a vaciar la mochila. Nos vemos luego.

Asiento y él se marcha. Sam se planta delante de mí boquiabierta.

—Esto..., espera un momento. Vaya... —balbucea mirándonos sucesivamente a Cam y a mí.

No puedo evitar ruborizarme al pensar en la noche que vamos a pasar juntos.

—Perdón... ¿Desde cuándo Dallas ha recuperado el buen humor? —pregunta Cloe acercándose a Sam.

Abro la boca para responder, pero luego prefiero quedarme callada y dejar que ellas saquen sus conclusiones.

—¿Así que volvéis a salir juntos? —pregunta Cloe con curiosidad.

—No tengo la menor idea. Quiero decir, no lo sé.

—Mmm... Algo me dice que no tardaremos a volveros a ver de la mano por los pasillos, para gran alegría de Susan —comenta Cloe.

—Quién sabe, todo es posible. —Apenas concluyo la frase, suena el timbre y entramos, con retraso, en clase.

Trevor baja la mirada y se concentra en el cuaderno de ejercicios. No podrá evitarme siempre. No se lo voy a consentir.

Cuando suena el timbre veo que Trevor sale del aula sin haberme siquiera saludado. Se está comportando de una manera incomprensible.

Recojo mis cosas y salgo a toda prisa, resuelta a enfrentarme con él. No tengo la menor intención de posponer esta discusión eternamente.

—¡Trevor!

No se para, me ignora y sigue andando. Le doy alcance y le agarro un brazo para detenerlo.

—¿Qué quieres? —pregunta irritado.

—Hablar contigo. Deja de comportarte así. Me duele.

Él suelta una carcajada.

—¿Te duele, a ti? ¿Por qué?

—No quiero perder a mi mejor amigo.

Suelta el brazo y niega con la cabeza. Se vuelve y se dirige a paso rápido hacia la salida con una mueca burlona en la cara.

—¿Me puedes explicar qué te parece tan divertido? —pregunto cuando llego a su lado.

Lo seguiré hasta que me explique cuál es el problema.

—Nada. —Se para en la escalera y me mira a los ojos—. Tengo buenos motivos para evitarte, Cris. Déjame en paz.

—No. Te estás comportando como un estúpido, Trevor —digo enojada.

Callamos unos segundos.

—Lo siento —prosigo—. Tengo miedo de perderte, eso es todo.

Sigue mirándome sin decir una palabra. Luego, de repente, respira hondo y me abraza.

—Eso no sucederá. —Lo estrecho entre mis brazos—. Hablaremos, Cris, te lo prometo. Solo necesito unos días para que se me pase la rabia —me susurra al oído.

Me libero de su abrazo.

—No puedo esperar, Trevor. Quiero saber qué está ocurriendo. Estoy segura de que no se trata solo de Cameron.

—Cada cosa a su tiempo, Cris. Y ahora disculpa, tengo que marcharme. —Da media vuelta y se va.

Respiro para calmarme. Odio cuando se encierra en sí mismo y me excluye de buenas a primeras de su vida.

Alguien llama mi atención tocándome un hombro.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Cameron preocupado.

—No me apetece hablar ahora.

Él frunce el ceño, se acerca a mí y me agarra una mano.

—Estoy hablando en serio, Cam, no tiene importancia.

—¡Date prisa o llegaremos tarde! —grita Becca aproximándose a nosotros.

Cameron alza los ojos al cielo y, resoplando, dice entre dientes:

—¿Hasta cuándo voy a tener que soportarla?

Se me escapa una sonrisa.

—En cualquier caso, esta noche me contarás todo, tanto si quieres como si no —dice guiñándome un ojo.

—De acuerdo —susurro.

—¡Vamos, Cameron! —grita de nuevo Becca.

Él la ignora y sigue mirándome.

—¿Piensas ir a pie?

Asiento con la cabeza.

—En ese caso ven conmigo, te llevaré en coche —dice abriéndome camino.

—¡Ya era hora! Te recuerdo que solo tenemos hora y media, luego he quedado —protesta Becca.

Cameron sigue haciéndose el loco y se acerca al coche para abrirme la puerta.

—Lo haces adrede, ¿verdad? ¿Es por lo de ayer? —pregunta Becca poniéndose el cinturón de seguridad.

—Puede ser —responde Cameron.

—¡Vamos! ¿Solo porque llegué pronto y me quedé hasta las siete?

—¡Te dediqué tres horas de mi tiempo libre e incluso me salté el entrenamiento! ¡Y todo porque no había manera de que entendieras un estúpido axioma! ¿Te parece normal? Tienes suerte de que siga aquí, dispuesto a echarle una mano —replica en tono serio.

Becca resopla y yo subo el volumen de la radio para evitar que entablen una discusión interminable.

Al llegar a mi casa abro la puerta para salir, pero Cameron me detiene.

—¿Te vas así?

Se inclina hacia mis labios, pese a que luego solo me da un tierno beso en la mejilla.

—Hasta esta noche, pequeña.

Entro en casa y antes de iniciar mi misión me aseguro de que estoy sola.

—¿Mamá? ¿Papá?

Nadie me responde, así que subo la escalera y saco la llave del despacho. Una vez dentro me dirijo al escritorio y empiezo a rebuscar en los cajones.

Encima del escritorio hay unos folios con los nombres de varios estados escritos y tachados con una raya, varias fotos antiguas de la universidad, y un *post-it* con unos números de teléfono. Por lo demás, nada interesante, solo unos contratos y otros documentos legales relacionados con los astilleros.

¿Y si el presunto misterio fuera solo fruto de mi imaginación? Quizá el malhumor de mi padre solo se deba al estrés del trabajo.

Me alejo del escritorio y examino con atención las carpetas que hay en la librería.

Algunas contienen fotos viejas de Kate y yo cuando éramos niñas; otras están marcadas con una simple letra; otras aparecen divididas por estados. «¿Por qué?», me pregunto.

Saco una carpeta rotulada como «Alabama». Dentro hay varios folios con números de móvil y los desplazamientos que, por lo visto, alguien ha efectuado. Además hay imágenes muy borrosas de cámaras de vigilancia en las que aparece una figura cuyos rasgos no puedo distinguir. Solo veo un perfil negro al lado de un coche aparcado en una estación de servicio.

Dejo la carpeta en el suelo y cojo otra con el rótulo «Georgia».

Hojeo rápidamente el contenido y me detengo en las fotos. Esta vez la figura está dentro de una tienda. Una sospecha se va abriendo paso en mi mente.

Miro todas las imágenes hasta llegar a la última, en la que se distinguen a la perfección su mirada y el coche.

¿Será posible que mi padre esté haciendo averiguaciones sobre Austin?

Recuerdo como si fuera ayer cómo reaccionaron mis padres cuando les conté lo que había sucedido esa noche, la noche de mi cumpleaños.

Mi madre estaba hecha un mar de lágrimas, mi padre parecía impasible. Casi indiferente. «Tarde o temprano pagará por todo lo que ha hecho. Ahora lo único que cuenta es que estás sana y salva». Esas fueron sus únicas palabras. Después no volvimos a hablar del tema.

No puedo creer que Austin haya logrado salir de Florida y esconderse en otro estado.

Vuelvo a poner la foto en su sitio y cierro la carpeta. Dejo el despacho igual que como lo encontré y cierro la puerta con llave.

—¿Estás en casa, Cris? —Kate me llama desde la planta baja.

Inspiro.

—¡Sí! —contesto.

—¿Has encontrado algo? —me pregunta preocupada apenas me ve bajar la escalera.

—Por desgracia, sí.

Siento tener que dejar a Kate sola en casa y reconozco que por unos segundos he pensado en posponer los planes con Cameron, pero no puedo ni quiero hacerlo. Tampoco me apetece que venga, como me acaba de pedir.

—Cameron ha organizado una velada solo para los dos —replico.

—Mmm... Una noche para los dos. Solos. ¿Te fías, mamá? ¿No estás un poco preocupada también? —pregunta Kate, la aguafiestas.

La odio cuando intenta ponerme la zancadilla.

—¡No empieces otra vez, Kate! Cameron es un buen chico y tiene toda mi confianza —responde mi madre.

Visto lo visto, no le queda más remedio que tirar la toalla y consolarse invitando a varias amigas a casa.

A las ocho en punto llamo a la puerta de los Dallas.

—Antes de comenzar esta noche maravillosa apaguemos los móviles. No quiero que nos molesten —dice Cameron cuando me recibe. Después me sonrío con dulzura—. Y ahora sígueme.

Me coge de la mano y me lleva al salón. Nos sentamos en el sofá. Apaga las luces y en la pantalla gigante que hay delante de nosotros empiezan a pasar los créditos iniciales de una de mis películas preferidas.

—¡Si decido quedarme! —exclamo sorprendida.

—¿He acertado? —pregunta pasándome el brazo por los hombros para atraerme hacia él.

—¡Sí! ¡Me encanta! —digo apoyándome en su pecho.

El momento es fantástico: Cam y yo solos, abrazados, mirando una historia de amor romántica y conmovedora. Estoy feliz y satisfecha como no lo había estado desde hace mucho tiempo. Pienso que la felicidad es esto.

De improviso, sin embargo, mi mente empieza a vagar y sin querer me acuerdo de Trevor y de la manera inexplicable en que me ha apartado de su lado.

—¿Estás bien? —pregunta Cameron—. Pareces ausente.

—Sí, no te preocupes, todo va bien —miento, dejando el cuenco de palomitas en el suelo.

—Cris... —susurra Cameron parando la película—. Si pasara algo me lo dirías, ¿verdad?

¿Cómo puedo mentirle ahora?

—Sé que no es el momento de hablar de esto, pero estoy preocupada por Trevor. Hemos...

—Sí, lo sé —susurra—. Nash me lo ha dicho. Escucha, sé que piensa que no soy bueno para ti y que te estoy utilizando para llevar a cabo un estúpido plan, pero no es así. Créeme. Ya te he perdido una vez y no quiero que se repita. Quiero que volvamos a empezar y que esta vez todo sea perfecto —afirma entrelazando su mano con la mía.

Intento decir algo, pero él me lo impide deslizando con dulzura un dedo por mis labios.

—Shhh. Ven conmigo. Quiero enseñarte una cosa —dice mientras subimos al piso de arriba. Cuando

llegamos a la puerta de su habitación, sonrío y se pone detrás de mí para taparme los ojos con las manos.

Después abre la puerta y me invita a dar un paso adelante. Apenas aparta las manos veo algo increíble: ¡la habitación de Cameron parece otra! Hay velas pequeñas por todas partes, pétalos de rosa esparcidos por la cama y una melodía dulcísima como música de fondo.

Cameron se acerca a mí para ponerme en el cuello una cadenita. Cuando la miro me doy cuenta de que es la misma que me regaló el día de mi cumpleaños.

¿Cómo la ha conseguido? La tiré cuando volví de Charleston.

—Me la dio Kate, la encontró en tu habitación, en la papelería, y vino aquí para devolvérmela. Me dijo que, con toda probabilidad, me merecía lo que me estaba ocurriendo. Creía que debía tenerla yo para recordar que, gracias a mi estupidez, había destrozado nuestra maravillosa historia.

No puedo creer que Kate haya tenido el valor de decirle algo similar.

—Sus palabras me hicieron reflexionar. —Baja la mirada—. Temí haberte perdido para siempre.

—Intenté olvidarte, en serio, borrarte de mi vida, pero no pude. Te necesito, Cam, como el aire que respiro —susurro acercándome a él para acariciarle la cara.

—Lo siento. Perdóname por todo lo que hice, Cris. Debes saber que nunca te mentí sobre mis sentimientos. Jamás. Me gustaría que este fuera nuestro nuevo inicio, un inicio que nunca termine —dice posando sus labios en los míos.

Mira por dónde vas, imbécil! —grita Cameron frenando de improviso para esquivar a un peatón que ha cruzado con el semáforo en rojo—. ¿Estás bien? —me pregunta enseguida cogiéndome la mano.

—Sí —musito.

La semana ha pasado en un suspiro. Desde que estamos juntos de nuevo parece que nada ni nadie puede separarnos, ni Susan con sus estúpidas miradas furibundas ni Becca, que últimamente no deja de rondar a Cameron para que le dé clases de Filosofía.

Me vuelvo hacia Cam: en este momento tiene una expresión muy seria, parece estar pensando en algo.

El partido de esta noche.

—Todo irá bien, no te preocupes —susurro acariciándole con dulzura los nudillos.

Él no dice una palabra y se limita a apretarme la mano.

Al entrar en el aparcamiento del instituto vemos que está abarrotado: los partidos de fútbol son muy populares y los estudiantes se los toman muy en serio. Cuando nos bajamos del coche Sam me sale al encuentro.

—¡Por fin habéis llegado! —Parece agitada y preocupada.

—¿Ha pasado algo?

—Sí, Cam, el equipo te está esperando. El entrenador les está enseñando el plan de juego.

—¡Oh, no! Hasta luego —dice echando a correr hacia el vestuario.

—Vamos, Cris. Cloe nos está esperando en las gradas.

Como de costumbre, las animadoras están ya en el campo. Hasta Susan parece más tensa de lo habitual. La verdad es que no entiendo qué tiene de particular el equipo al que nos vamos a enfrentar.

—¡Hola! —grita Cloe desde las gradas braceando para que la veamos. Está eufórica—. ¡Me han aceptado en Yale! —dice abalanzándose sobre nosotras para darnos un abrazo.

¡Es una noticia increíble! Yale es una de las universidades más prestigiosas del mundo, es poco menos que imposible entrar en ella, pero Cloe siempre ha sido muy buena estudiante, estaba segura de que lo conseguiría.

—¡Genial! —le digo estrechándola en un abrazo.

—¡Aún no me lo puedo creer! ¡Adiós, Miami!

—¡Te dije que lo lograrías! —insiste Sam mientras ocupamos nuestros asientos en primera fila.

Las animadoras están haciendo el calentamiento. Aún queda media hora para que empiece el partido. Me pregunto cómo estará Cameron en este momento. En el coche parecía muy nervioso.

—Las dos habéis recibido las respuestas de la universidad. ¿Por qué yo no he recibido nada? —protesta Sam.

—¡Solo es cuestión de tiempo! A muchos aún no les ha llegado nada —digo.

—¡A Cameron sí! Le han contestado de Brown —prosigue Sam.

¿Qué?! Me quedo boquiabierto. Cam no me ha dicho que ha escrito a una universidad tan apartada. Rhode Island queda muy lejos, creía que quería vivir en Miami el resto de su vida. ¿Por qué me lo ha

ocultado?

—¿Brown? ¿Cuándo se ha enterado? —pregunto.

Sam abre desmesuradamente los ojos y se tapa la boca con la mano.

—Cameron me va a matar —susurra—. ¡No le digas que te lo he contado, Cris!

No puedo creer que Cameron me haya ocultado algo así. Esta semana hemos pasado mucho tiempo juntos, si algo no le ha faltado han sido ocasiones para decírmelo, desde luego.

—¿Qué ocurre? —pregunta Cloe mirando al grupo de animadoras, que está en el campo.

Susan grita y agita las manos para explicar algo a las pobres chicas que capitanea. De repente, se vuelve y echa a correr hacia nosotras. Con un ademán pide a Cloe que se acerque. Se ponen a hablar.

—Recibió la carta el miércoles —susurra Sam.

—¡No entiendo por qué no me lo ha dicho!

—Me matará por haberte contado también esto, pero me da igual. Debes saberlo, entre otras cosas porque eres la única que puede hacerle cambiar de idea. Siempre ha soñado con ir a esa universidad, pero piensa renunciar.

—¿Qué? —pregunto asombrada.

¿Cómo se puede renunciar a una oportunidad así? Brown es una universidad importante. Cam no puede, mejor dicho, no debe, hacerlo.

—Así es. Además, ha dicho que piensa hacer lo mismo con las demás universidades a las que ha escrito.

—¿Por qué quiere tirar por la borda una oportunidad así? —pregunto.

—Para estar cerca de ti, Cris. Renunciará a la universidad de sus sueños por ti —explica Sam.

Jamás me lo habría esperado de él. No puede renunciar a su futuro por mí.

—Quiere intentar entrar en la misma universidad que tú.

—Pero ¡ya es demasiado tarde! No puede hacer nada más.

—¡Lo sé! De hecho, todos estamos preocupados por él. Cris, sé que es desagradable pedírtelo, porque salís juntos, pero...

—Lo haré, Sam. No puedo permitir que haga una idiotez semejante.

Convenceré a Cameron de que una oportunidad así solo se presenta una vez en la vida y de que no puede renunciar a todo por mí. Es una locura.

—Chicas, creo que la he liado —dice Cloe aproximándose a nosotras.

—¡Daos prisa! ¡No tenemos mucho tiempo! —grita Susan mirándonos.

Pero ¿qué demonios le pasa?

—¡Espera un momento! —responde Cloe.

Susan da media vuelta y regresa con sus compañeras.

—Esta noche faltan cinco animadoras y Susan me ha pedido que la ayude. Me siento un poco en deuda con ella por haberla involucrado en la historia de Carly y por haber sospechado de ella, creándole un montón de problemas. Sería un bonito gesto por nuestra parte ayudarla, ¿no os parece? He pensado que, bueno, sería bonito que, por una vez, lo intentemos las tres. Os juro que no es nada difícil —nos suplica.

¡Jamás de los jamases! ¡No tengo la menor intención de hacer el ridículo delante de todo el instituto y, menos aún, delante de Cam!

—Olvidalo, Cloe —digo levantándome—. No sé hacer ciertas cosas.

—Pero ¡no debemos hacer nada especial! O, al menos, Sam y tú solo tendréis que estar en los puestos menos visibles, saltar en el sitio y agitar los pompones. Lo único que pretenden es dar la impresión de que el equipo está completo —explica.

Escondidas o no, mi respuesta será siempre no.

—La verdad es que siempre he soñado con ponerme al menos una vez el uniforme de las animadoras —murmura Sam. Cuando la fulmino con la mirada comprende que no podía haber dicho algo más inoportuno.

No puedo creer que esté pensando en aceptar.

—Vamos, Cris. Piensa en la cara que pondrá Cameron cuando te vea con la minifalda —dice guiñándome un ojo.

—Pienso en la cara que pondrá cuando me vea saltando como una idiota delante de todo el instituto —replico cortante—. Se morirá de risa y pasará los próximos seis meses tomándome el pelo, eso con un poco de suerte.

Susan no deja de mirarnos, y en cuanto Cloe se da la vuelta le hace gestos para darle a entender que queda poco y que debemos apresurarnos.

—Os necesito. Te lo ruego, Cris, hazlo al menos por Kate.

Confiaba en que no sacara ese argumento a colación. Hoy por la tarde Kate se ha sentido de repente mal, si bien empiezo a pensar que en realidad fingía para saltarse el espectáculo de esta noche.

Sin decir una palabra, Cloe nos agarra las muñecas y nos arrastra hasta el vestuario. De nada sirve oponer resistencia.

Me pongo el uniforme gruñendo. La falda es tan corta que me bastará dar un salto para que todos me vean las bragas.

—¡Qué guay, soy una animadora! —exclama Sam exultante agitando los pompones y sonriendo de oreja a oreja.

—¡Estáis estupendas! Pero vamos, porque si no la histérica de Susan se enfadará aún más.

Desde el campo la vista de las gradas es espantosa, me pregunto cómo pueden aguantar aquí los chicos y las animadoras con todos esos ojos clavados en ellos.

—¡Mierda, Cloe! ¡Cuando te dije que me traieras dos amigas suponía que entenderías que no me refería a Evans!

La ignoro y empiezo a imitar a las demás. Mientras salto y levanto los brazos noto que Sam parece encantada con los pompones en la mano.

De repente alguien me agarra por la cintura y lanzo un grito. Cuando me vuelvo veo a Cameron. Se ríe como si fuera la cosa más divertida del mundo.

—¡Imbécil! —digo dándole un puñetazo en el brazo.

—¡Vaya! ¡Qué bien te sienta el uniforme! No me importaría que te lo pusieras más a menudo —dice dándome un beso en la mejilla.

—Yo, en cambio, lo odio. Cuando salto la falda se levanta y se me ve todo.

—Por eso no me importaría que te la pusieras más —explica ganándose otro puñetazo.

—Ahora, si no te molesta, tengo que hacer el calentamiento —digo, con un gesto impaciente.

—¡Por supuesto! Yo me quedaré aquí a disfrutar del espectáculo. —Se ríe—. Procura no hacerte daño mientras saltas.

Me domino para no mandarlo a la mierda y me reúno con las chicas, que han formado un corro alrededor de Susan.

Durante el calentamiento, mientras Susan grita «¡Arriba las piernas!», yo no me muevo de mi sitio. Me niego a exhibirme de esa forma.

Con todas las chicas que hay en el instituto no es posible que Cloe haya tenido la genial idea de elegir a la más torpe para hacer ciertas cosas, esto es, yo.

Sam y ella, en cambio, están la mar de tranquilas y ejecutan las coreografías sin el menor esfuerzo.

Entretanto, los jugadores calientan también los músculos corriendo alrededor del campo.

Cameron sonrío cada vez que me mira, creo que para animarme; el problema es que yo no tengo ningunas ganas de dar brincos como una mema.

—¡Evans! —aúlla Susan a pocos centímetros de mí—. Deberías hacer los ejercicios de calentamiento como las demás en lugar de mirar a los jugadores. Hoy es un día importante. Trata de hacer bien lo que te he dicho: salta en el sitio y sigue los movimientos del grupo. ¿Piensas que lo conseguirás o es demasiado difícil?

No me molesto en contestarle.

Apenas las animadoras y los jugadores del equipo adversario entran en el campo, todos se detienen y los miran boquiabiertos como si fueran unas celebridades.

—¿Quiénes son? —pregunto acercándome a Sam.

—Es el mejor equipo de fútbol de Miami. Nuestro instituto jamás ha conseguido ganarles —explica.

—¡Preparaos! —grita Susan—. Evans y Samantha, poneos en la línea exterior y sonreíd mientras saltáis. ¡Por favor, Evans! No lo estropees todo. ¡Si lo haces me las pagarás!

Me limito a asentir con la cabeza. En el fondo solo tengo que agitar los pompones. No es difícil, ¿no?

Me levanto del banco y me acerco a Cameron, que, sentado en la hierba un poco apartado de sus compañeros, mira al equipo adversario con preocupación.

—Cam... —digo sentándome a su lado.

—Es imposible —afirma en voz baja a la vez que se masajea los músculos de los hombros.

—No seas pesimista, si piensas que todo irá mal todo irá mal. —Me pongo en pie para ponerme detrás de él y sustituir sus manos por las mías—. Concéntrate y no cedas. Piensa en que es un partido cualquiera y que no es imposible ganarlos.

—No es fácil concentrarse cuando tienes delante a un rival diez mil veces más fuerte que tú. Aún menos si tu novia lleva un uniforme de animadora y todo el instituto la está mirando. Creo que voy a vendarles los ojos a mis compañeros para que no hagan chistes. —Se ríe inclinando ligeramente la cabeza para que pueda darle el masaje en un punto especial.

—Para ya.

—No tienes ni idea de lo imbéciles que pueden ser.

—Eso ahora da igual, concéntrate en el partido —le reprendo.

—Y tú en la exhibición. Me alegro de que estés aquí conmigo.

Sonrío.

El árbitro pita. Ahora nos toca a nosotras.

—Deséame buena suerte.

Cam me aferra la cara con las manos y me da un beso en los labios.

—Buena suerte, pequeña —susurra—. Ten cuidado, no te hagas daño.

Me pongo en mi sitio, en la línea exterior del grupo, y respiro hondo.

Las chicas empiezan a gritar las frases. Nadie me dijo que debía aprender la estúpida cantilena que las animadoras vociferan en los partidos. Lo primero que se me ocurre es mover los labios sin emitir sonido alguno con la esperanza de que nadie note que estoy fingiendo.

El resto del tiempo salto y agito los pompones. Cuando la exhibición por fin termina, siento verdadero alivio. Nos despedimos del público y salimos del campo para que empiece el partido.

Nos sentamos en los bancos mientras los chicos se disponen en su formación.

Cameron está en medio del campo y se vuelve hacia mí para sonreírme.

—¡Esto sí que es amor! —comenta Sam enseñándome el móvil. Es una foto que sacó hace unos minutos en la que aparecemos Cameron y yo sentados en el suelo, sonriéndonos.

—¡Eres una acosadora! —digo en tono de burla.

Luego, sin motivo, su móvil pasa de mano en mano hasta que llega a Susan.

—Debes considerarte afortunada, Evans. Jamás ha mirado así a una chica. —Su comentario es sorprendente.

La miro atónita mientras devuelve el móvil a Sam y se sienta de nuevo. ¿Estará pensando en renunciar a él para siempre?

—Mando la foto a Cameron. Quiero ver cómo reacciona cuando la vea al final del partido. Creo que le ayudará a recuperar el buen humor después de la derrota —dice Sam.

Un nuevo pitido del árbitro da inicio al primer tiempo. Mientras sigo atenta el partido noto que Susan y Cameron se intercambian ciertas señales.

Ella se pone de pie y camina de un lado a otro mirando a un jugador del equipo contrario en especial, después hace otro ademán a Cameron.

Supongo que es una táctica para ayudar a nuestro equipo a identificar los puntos débiles de los adversarios o algo por el estilo.

—¡Ayyy! —Oímos gritar de repente.

Taylor yace en el suelo en medio del campo, tocándose un tobillo.

—Se acabó —susurra Cloe tapándose la cara con desesperación.

El jugador que se ha abalanzado sobre él se ríe y choca los cinco con uno de sus compañeros.

Cameron se da cuenta y se acerca enseguida a ellos. Los empuja y les grita algo que no comprendo.

—Ese imbécil va a estropearlo todo. ¡Tranquilo, Cameron! Solo quieren provocarte —dice Susan entrando en el campo para tratar de apaciguarlo.

La sigo para ver si logro que razone. Da la impresión de que ha perdido por completo el juicio.

Entretanto, Taylor sigue quejándose de dolor.

—¡Lo has hecho adrede, idiota! —vocifera Cameron.

—¿Qué coño quieres? ¿Quién te has creído que eres? ¿Sabes con quién estás hablando? —responde el autor de la falta.

—¡Sí, con un gilipollas que va a recibir un puñetazo en la cara! —Al oír estas palabras le agarro por la camiseta.

—¿Te has vuelto loco, Dallas? ¿Quieres que te expulsen? —le regaña Susan.

—Esfúmate —contesta él.

—Susan tiene razón, Cam. Solo quieren provocarte. —Lo miro a los ojos, pero él parece que no me

ve. Sigue mirando al otro como si quisiera dejarlo en el sitio.

—Cam... —Le aferro la cara y lo obligo a mirarme a los ojos—. Olvídalo. Te vas a meter en un lío.

Por suerte, esta vez asiente con la cabeza y luego se aleja.

El partido continúa sin Taylor y termina justo como previó Cam: con la clamorosa derrota de nuestro equipo.

Canalla! —Cameron da un puñetazo a la taquilla del vestuario.

Nos hemos quedado solos. Los demás se fueron hace tiempo.

—Olvídalo, Cam. Solo es un partido.

—¡Capullo! —grita de nuevo mientras se cambia de camiseta.

Comprendo que no es fácil digerir un seis a cero, pero pueden recuperarse, ¿no?

Me acerco a él para agarrarle una mano.

—Todo va bien, tranquilo. Vamos a casa. Nos están esperando.

Mi madre está nerviosa desde ayer por la cena de esta noche con los Dallas. Mañana por la mañana la familia de Cam viajará a Orlando para asistir a la boda de la sobrina, de modo que la habitual cena del fin de semana se ha adelantado al viernes.

Sin decir una palabra Cam se aleja de mí y se encierra con llave en el baño del vestuario.

Salgo a tomar una bocanada de aire fresco para no perder por completo la paciencia. Odio cuando se comporta así. Parece otra persona.

En el patio, mientras busco un banco para sentarme, veo a mi padre hablando con una señora con el pelo de color rubio ceniza. Se ríen y se abrazan con ternura.

¿Qué hace aquí? ¿Quién es esa mujer? Nunca la he visto y me sorprende que mi padre conozca a otras personas en la ciudad al margen de los Dallas y del resto de amigos con los que suele salir.

¿Qué demonios está ocurriendo?

Decido aproximarme a ellos para descubrirlo.

—¡Cris! —dice mi padre.

—Hola —respondo impasible.

—¡Así que tú eres Cris! Por fin tengo el placer de conocerte. Simon me ha hablado mucho de ti —comenta la mujer sonriendo.

Mirándola bien, me recuerda a alguien. Pero ¿a quién?

—Cris, te presento a Jennifer, una amiga de la universidad —me explica mi padre.

Sigo observándola y cuando veo sus ojos verdes caigo en la cuenta. ¡Claro! Es la mujer que aparecía embarazada en la foto de la universidad que Kate encontró en el despacho de mi padre.

—¿Qué haces aquí, papá? —le pregunto.

—Kate se olvidó unas cosas en la taquilla y la he acompañado. —Sonríe.

¡Y eso que se encontraba mal!

—Ha sido un placer volver a verte, Simon. Y me ha encantado conocerte, Cris —dice Jennifer.

Mi padre le sonríe de una forma que no hace sino alimentar mis dudas. Tengo la sensación de que es alguien importante para él. Mis sospechas se confirman cuando él se vuelve para despedirse por última vez con un ademán de la mano. Qué escena tan patética.

—¡Simon! —Cam ha sido más rápido de lo que creía.

—¡Hola, Cameron! ¿Cómo ha ido el partido? —Mi padre y su don de la oportunidad.

—Podría haber ido mejor —responde él volviéndose para meter la bolsa de deporte en el coche.

—Vamos, campeón. ¡La próxima vez será mejor! Nos vemos en casa.

Sin dejar de mirar a mi padre, subo al coche de Cameron y cierro dando un portazo.

—¿Va todo bien? —pregunta él al tiempo que arranca.

—Sí —contesto crispada.

—Si estás enfadada conmigo por la manera en que me comporté en el vestuario, lo siento. No lo hice adrede. Odio perder —me explica pasándose la mano por el pelo.

Lo ignoro y cojo el móvil para escribir un mensaje a Kate.

—¿Cris? —insiste Cameron.

—¡Te he oído! —respondo.

—¡De acuerdo! —dice él alzando la voz y acelerando.

Poco después llegamos a casa. Delante del garaje veo el coche de los Dallas y la moto de Sam.

Voy directa a mi habitación y cierro la ventana para que no entre el humo de la barbacoa.

Todos están ya en el jardín, también mi padre, que, entretanto, ha llegado y está abrazando a mi madre como si nada. Puede que sea solo una paranoia, pero aún estoy turbada por la historia de Austin y por la repentina aparición de esta «amiga» de mi padre.

Me tumbo en la cama y cojo el móvil para escuchar algo de música. Con las notas de *In My Veins* cierro los ojos y repaso las cosas que han cambiado en poco tiempo.

De improviso, la puerta se abre y entra Cameron. Estaba segura de que era él. Es el único que entra sin llamar.

—Hola —susurra cerrando la puerta y acercándose a la cama.

—Hola —repito escuchando las palabras de Andrew Belle.

—Fuera están un poco preocupados por ti. ¿Te encuentras bien? —pregunta echándose a mi lado y robándome un auricular.

—Sí, solo quería estar un rato sola.

—No ha sido un buen día para nadie —prosigue mirando el techo—. Aparte del momento en que te pusiste el uniforme de animadora...

Niego con la cabeza sonriendo. Él me coge una mano y me la aprieta.

—¿Por qué no me has dicho que te han contestado de Brown, Cam? —pregunto poniéndome seria de nuevo.

Llevo todo el día queriendo preguntárselo, pero aún no había tenido ocasión de hacerlo.

—Sam no sabe estar callada, ¿verdad?

Giro la cabeza hacia él.

—No debes rechazar esa posibilidad por mí.

—No puedes decirme lo que debo hacer, Cris —contesta él.

—Y tú no puedes renunciar a todo. ¡Perderás un año esperando la respuesta de otra universidad! Es una locura.

—Si así puedo pasar la vida contigo me da igual.

—No lo hagas, Cameron, por favor. ¿Sabes cuántas personas sueñan con ir a Brown? Y tú quieres tirarlo todo por la borda. Sería un error descomunal.

—¡Me importa una mierda la universidad, Cris! ¿Sabes lo que perderé si decido ir allí? La chica que quiero, la única que puede hacerme feliz —responde levantándose de la cama.

Detesto cuando nuestras conversaciones se transforman en peleas. Y detesto que sea tan irracional. ¿Por qué no lo entiende?

—Esa es la cuestión: no me perderás. ¿De verdad crees que después de todo lo que ha ocurrido

nuestra relación puede terminar por el mero hecho de que vayamos a dos universidades distintas? —pregunto esbozando una sonrisa forzada.

—¡Estaremos cada uno en una punta de Estados Unidos! —insiste—. Sabes de sobra que si acepto todo esto terminará. Nosotros terminaremos. ¡No quiero pasar el resto de mi vida preguntándome qué habría ocurrido si hubiera decidido quedarme contigo! —dice alzando la voz.

Me levanto y doy un paso hacia él.

—Lo nuestro no terminará, Cameron. Estamos hechos el uno para el otro, a pesar de todo y de todos. Tómame un poco de tiempo para reflexionar, lo único que te pido es que no renuncies *a priori*. Todavía tenemos todo el año por delante y, además, hay muchas maneras de estar en contacto. La distancia no será, desde luego, lo que nos separe. —Lo abrazo.

—Tengo miedo de perderte —musita acariciándome con dulzura la espalda.

Le tiembla la voz y respira profundamente. Puedo ver que está siendo sincero, y mi corazón se acelera.

—No sucederá, Cam. Te lo prometo.

Despertarse el domingo por la mañana sin el timbre del despertador es lo más bonito del mundo. Aún mejor es mirar por la ventana y descubrir que hace un día espléndido.

Ayer no salí de casa, a pesar de que Cloe me invitó a ir al cine con los chicos. Mi padre no me dejó. Se sigue comportando de forma extraña. Hacía mucho tiempo que no se negaba a darme permiso para salir. Además, en estos últimos días parecía más tenso y pensativo de lo habitual.

Con todo, estoy de buen humor. A mi habitación llega un delicioso aroma a tortitas.

Cuando abro la puerta entreveo a mis padres hablando con los Dallas en el recibidor. No pensaba que volverían tan pronto.

Vuelvo a mi cuarto para ponerme algo decente y cuando salgo otra vez veo a Cameron entrando en casa. Corro hacia él y me tiro a sus brazos, rodeándole la cintura con las piernas.

—Te he echado de menos, pequeña —dice estrechándome entre sus brazos.

—Yo también te he echado de menos. ¡Bienvenido!

Alguien simula un golpe de tos. Todos nos están mirando. Me recompongo.

—¿Desayunamos? —pregunta mi padre mirando a Cameron y sonriéndole.

—Por supuesto. —Cameron me agarra por la cintura y me da un beso en la sien.

Mi madre sirve té y tortitas a todos.

—¿Cómo fue la boda? Cuéntanos todo, Gina.

La señora Dallas no se lo hace repetir dos veces y nos describe la ceremonia y la fiesta con pelos y señales mientras Cameron la mira aburrido.

—¿Dónde está Sam? —le pregunto acercándome a él.

—Ha ido a casa de Nash —responde guiñándome un ojo y cogiéndome una mano bajo la mesa.

Debería habérmelo imaginado.

Cuando acabamos el desayuno Cam y yo vamos al salón para estar un poco a nuestro aire y ver la televisión mientras los mayores hablan de negocios.

Apenas nos quedamos solos Cam me atrae hacia él. Sus labios se posan en mi cuello cubriéndolo de pequeños besos. Adoro que lo haga. Abrazada a él en el sofá me siento protegida del resto del mundo.

—¡La boda fue aburridísima! —dice cogiendo el mando a distancia y encendiendo la televisión—. Habría sido mucho más divertido pasar la noche en el cine viendo una de esas historias inverosímiles que tanto te gustan —añade en tono burlón.

—No son inverosímiles. Son preciosas y emocionantes.

—Pero ¡todas acaban igual! Son previsibles y banales. ¿Qué necesidad tienes de ver películas románticas cuando estás viviendo una historia de verdad con un chico que te quiere con locura? —susurra.

—Yo también te quiero con locura —contesto, y él se inclina hacia mí para volver a besarme en el punto en que paró antes.

Nuestros labios se mueven deprisa, nuestros cuerpos se acercan cada vez más. De repente, Cam se

para y baja la mirada como si detenerse le costase un gran esfuerzo. Me mira de nuevo.

—Tus padres están en la cocina. Quiero causarles una buena impresión y tú no me estás ayudando — dice metiéndome un mechón de pelo detrás de la oreja.

Contengo una sonrisa y le doy un beso en la mejilla. Apenas me aparto, suspira y niega con la cabeza.

—Eres una chica muy mala.

—¿Salimos? No me apetece estar en casa con este sol.

Después de un día como el de ayer necesito respirar un poco de aire fresco.

—¿Estás segura? Preferiría pasar el día aquí contigo, en el sofá —me provoca deslizando lentamente los labios por mi piel.

—Vamos, demos un paseo por la playa. ¡Hace un sol fantástico!

—Vamos a la playa entonces —acepta, levantándose del sofá y tendiéndome la mano para ayudarme a ponerme en pie.

—Salimos a dar una vuelta. Volvemos enseguida —digo a mis padres.

Mi padre mira a Cameron, que asiente con la cabeza y esboza una sonrisa como si quisiera tranquilizarlo.

—De acuerdo, pero daos prisa. Los abuelos nos están esperando, Cam, no lo olvides —comenta la señora Dallas.

Nos despedimos de todos y vamos al coche de Cam.

Mientras me pongo el cinturón de seguridad Cameron sube el volumen de la radio.

Suena *Radioactive* de los Imagine Dragons, tan fuerte que casi se me rompen los tímpanos. Adoro esta canción, jamás me canso de escucharla.

Cantando a voz en grito, mientras vamos a la playa, saboreo un momento de pura felicidad.

Cuando estamos a punto de incorporarnos a la calle principal vemos que un coche se dirige hacia nosotros en dirección contraria.

¿Qué persona en su sano juicio iría en dirección contraria a toda velocidad en una calle como esta?

En un abrir y cerrar de ojos veo su cara: la respuesta es Austin.

Lo único que Cameron consigue hacer para evitar un choque frontal es virar con brusquedad hacia la derecha.

Recuerdo un golpe, un ruido ensordecedor, mi cuerpo zarandeándose con violencia hacia delante y hacia atrás por el cinturón de seguridad.

Después... nada.

Un vacío absoluto.

Un ruido agudo y constante se abre paso en mis pensamientos obligándome a abrir los ojos. Lo primero que noto son los tubitos que están conectados a mi cuerpo y el color de la habitación, un blanco deslumbrante.

—Cariño, Dios mío, menos mal. —La voz de mi padre me hace volver en mí. Trato de decir algo, pero no puedo.

Respiro hondo y levanto un poco la cabeza para mirar alrededor. Como en un *flash*, veo los instantes previos al accidente. Cameron... ¿Dónde está? ¿Está bien?

—¿Qué ha pasado? —pregunto a duras penas incorporándome.

Mi padre se levanta y apoya con delicadeza las manos en mis hombros para obligarme a tumbarme de nuevo.

—Tranquila, cariño. Todo va bien.

—¿Desde cuándo estoy aquí?

—Desde hace bastantes horas. Son las nueve de la noche. No sabes cuánto miedo he pasado, cariño — prosigue mi padre apretándome una mano—. Deberías haber estado encerrada en casa hasta que él hubiera... —Se vuelve hacia un lado y calla, como si hubiera dicho algo que no debía.

—Vi las carpetas en tu despacho, papá —confieso—. ¿Desde cuándo lo seguías?

—Desde la noche del accidente. Al día siguiente llamé a un amigo detective, que me ayudó a localizarlo. Cuando lo encontramos ese canalla había salido ya del estado.

Ahora lo entiendo todo: la preocupación, las llamadas telefónicas, los días y las noches que pasaba encerrado en su despacho...

—Gracias, papá. —Le sonrío apretándole la mano.

Callamos unos segundos, mientras trato de tranquilizarme y de sofocar la rabia.

—¿Qué pasó esta mañana, papá? —pregunto.

—Austin se lanzó hacia vosotros con el coche. Por suerte, no sé cómo, Cameron consiguió evitar un choque frontal.

—¿Cómo está Cam? —digo angustiada.

—No lo sé, cariño. He pasado el día aquí, contigo, y no sé nada de él. Solo sé que el choque contra el coche de Austin fue terrible —responde alargando la mano para enjugarme una lágrima—. Todo irá bien, cariño. Cameron es fuerte. Saldrá de esta, igual que tú.

La mera idea de pasar la vida sin Cameron me deja sin aliento. No puedo siquiera imaginar un solo día sin una de sus bromas, sin su sonrisa, sin sus ojos penetrantes.

Cameron es fuerte. Lo conseguirá, me repito una y otra vez tratando de convencerme.

—En todo caso, hay una buena noticia: han arrestado a Austin. Se acabó. Por fin dejaremos de tener miedo —me anima mi padre.

Llaman a la puerta. Mi madre, Kate y Trevor entran en la habitación. Nada más verme sonrían y Kate se acerca a mí para abrazarme.

—¿Sabes algo de Cameron? —pregunto a Trevor cuando nos quedamos a solas.

—No. Pensaba ir a verlo, pero solo dejan entrar a la familia. —Baja la mirada.

—¿Dónde está su habitación?

—Al fondo del pasillo, es la número 25 —dice—. Me alegro de que estés bien. Temía que te hubiera sucedido algo grave —musita forzando una sonrisa.

—Ya, creo que he tenido mucha suerte. —Trato de levantar la almohada para ponerla mejor.

—Espera, te ayudo —dice Trevor levantándose de la silla que hay al lado de mi cama.

Su móvil suena. Mientras teclea algo esboza una leve sonrisa y sus mejillas enrojecen más de lo habitual.

—¿Todo va bien? —pregunto intrigada.

—Esto... —responde bloqueando la pantalla y metiéndose de nuevo el teléfono en el bolsillo de los vaqueros—. Sí, claro, ¿por qué?

—¿Quién es la afortunada? —pregunto sonriendo.

Es raro que Trevor se ruborice, así que me parece obvio que se trata de una chica especial.

Tose.

—Prefiero no decírtelo ahora, ¡igual te enfadas! En cualquier caso, son las diez. Es hora de que me vaya, no quiero que me riñan las enfermeras. —Me guiña un ojo, se pone en pie y sale.

Nadie ha sabido decirme nada de Cameron. Intento conciliar el sueño, en vano.

Medianoche.

En el hospital reina un silencio absoluto.

Inspiro hondo y hago acopio de todas mis fuerzas para levantarme de la cama.

Apenas me pongo en pie, la cabeza me da vueltas y debo sentarme de nuevo y cerrar los ojos.

Me vuelvo a levantar, más decidida que antes, y paso a paso consigo llegar a la puerta.

La mayoría de las luces están apagadas. El pasillo está desierto. Lo cruzo sigilosamente y me acerco a la habitación número 25.

Agarro el picaporte y abro poco a poco la puerta.

Cam está tumbado en la cama, solo.

Me acerco a él y al verlo me echo a llorar: tiene un cardenal enorme en el pómulos izquierdo, la frente y el pecho vendados, y un sinnúmero de cables conectan su tórax a un monitor.

Es lo único que veo, porque el resto del cuerpo está tapado por una sábana.

Me siento en la silla que hay al lado de la cama y le agarro la mano para darle un beso. Está fría.

—Qué te ha hecho —susurro con los ojos llenos de lágrimas—. Resiste, por favor, Cam. —Sé que no me puede oír, pero las palabras salen por mi boca sin que me dé cuenta—. Te necesito para seguir adelante. Te lo ruego. No dejes que Austin se salga con la suya.

Sin dejar de llorar recuerdo los bonitos momentos que he pasado con él: la primera vez que nos vimos, nuestro primer beso, la noche de Navidad, la promesa de volver a empezar desde cero como si nada hubiera pasado, la noche en Londres, las peleas, los besos, las caricias... todo.

Darí a lo que fuera por poder volver atrás y revivir todas esas cosas. Toco la cadenita que me regaló.

—¿Recuerdas lo que me dijiste? Que esto debía ser un nuevo inicio para nosotros —añado sonriendo—. No dejes que sea nuestro final, Cam.

Estás lista, cariño? —pregunta mi madre entrando en la habitación.

Por fin me han dado el alta y mis padres han venido a buscarme.

Recojo las últimas cosas y salgo.

Lo primero que hago es mirar hacia la habitación que está al fondo del pasillo, donde Cameron sigue ingresado en coma inducido.

—Cris —me llama otra vez mi madre desde el ascensor.

—Voy.

No dejo de pensar en él.

Hace dos noches soñé con él: estábamos los dos solos en la playa mirando la puesta de sol e imaginando el maravilloso futuro que íbamos a pasar juntos.

—¿Alguna novedad? —pregunto a mi madre.

—No, Cris, ninguna. Lo único que podemos hacer es esperar. Todo irá bien, no te preocupes.

Camino de casa hablamos poco. Prefiero ponerme los auriculares y escuchar las canciones que me recuerdan mi historia con Cam.

My Dilemma de Selena Gomez me recuerda cómo empezó todo; *Skinny Love* de Birdy parece hablar de todas las veces en que nuestro «frágil» amor vaciló. En cada pieza encuentro algo sobre nosotros.

All We Are de los OneRepublic resume todo a la perfección.

Mientras las lágrimas empiezan a surcar mi cara, escribo un mensaje a Sam para pedirle que pase por mi casa.

«Enseguida voy», me responde casi de inmediato.

Cuando entreveo la calle del accidente la sangre se me hiela en las venas.

Al llegar delante de mi casa me bajo del coche y Kate sale corriendo a mi encuentro para abrazarme y darme la bienvenida.

—La casa parecía vacía sin ti —susurra estrechándome entre sus brazos.

Entro enseguida en mi habitación, donde me gustaría encerrarme para apartarme del resto del mundo.

—Me alegro de que estés bien. —Me vuelvo sonriendo y veo que Kate viene a sentarse a mi lado en la cama—. Estos días en el instituto no han dejado de hablar de ti y de Cam, incluso Susan me ha preguntado cómo estás.

Al principio pienso que está bromeando, pero Kate corrobora sus palabras con un ademán de la cabeza.

—¿Desde cuándo Susan se preocupa por mí? —pregunto estupefacta.

—No tengo la menor idea, pero eso fue lo que hizo. Preguntó también por Cameron, claro, pero nadie parece saber nada, dado que Sam no ha aparecido por el instituto.

La última frase me inquieta. Que Sam no haya ido al instituto la última semana significa que Cameron no está nada bien.

—¿Qué se sabe de Trevor? ¿Has notado algo extraño? —pregunto tratando de cambiar de tema.

—Ha venido a vernos mucho y he notado que en el instituto pasa mucho tiempo con Susan. Por ejemplo, ayer la esperaba fuera cuando terminó el entrenamiento de las animadoras y se marcharon juntos.

Mi mejor amigo no puede salir con esa chica. ¡Además, Susan me odia!

«Prefiero no decírtelo ahora, igual te enfadas».

—En cualquier caso, no estoy segura. Quizá solo sean amigos o algo así. Ya sabes cómo es Trevor —concluye Kate.

Llaman a la puerta. Es Sam. Entra en mi cuarto seguida de Nash. Me abrazan.

—Siento no haber ido a verte estos días, pero... —dice Sam inquieta.

—No te preocupes. Lo entiendo.

Nos sentamos en el salón y mi madre nos sirve zumo de fruta y galletas.

—¿Cómo te encuentras, Cris? ¿Qué te han dicho los médicos? —pregunta Nash.

—Que, por suerte, no tengo nada grave, solo un trauma craneal leve y algunos moratones en el brazo y en las piernas.

—Tuvisteis suerte. Podría haber acabado muy mal —comenta Sam.

—¿Tuvimos? ¿Quieres decir que Cameron está bien? —pregunto enseguida.

—Bien no diría, pero no tiene daños irreversibles. Después del frenazo se dio un golpe en la cabeza y se rompió dos costillas. Ha estado en observación, pero por suerte no hay complicaciones —explica Sam aliviándose del peso que llevaba encima desde hace días.

Nada irreversible: eso es lo importante. Creo que no podría haberme dado una noticia mejor.

—Hoy lo despertarán y en unos días le darán el alta, pero no podrá volver enseguida al instituto —prosigue Sam.

—¡En ese caso brindemos por ti y por Cam! ¡Habéis sobrevivido también a esta terrible aventura! —Nash sonrío alzando el vaso.

Sam y él me confirman después que Trevor sale a menudo con Susan. La fuente de la información es más que fiable, dado que se trata de Taylor.

—Gracias por venir —digo cuando me despido de ellos con un abrazo. A continuación, cierro la puerta y subo al despacho de mi padre.

Cuando entro lo veo metiendo las carpetas de Austin en una caja.

—¿Las vas a tirar? —pregunto.

—Sí, ya podemos olvidarnos de esta desagradable historia.

Miro alrededor y entre los papeles de mi padre una vieja foto llama mi atención: en ella aparecemos Cass, Trevor y yo en un parque.

Debíamos de tener unos cinco o seis años, y parecemos muy felices. Se me hace raro vernos a los tres juntos, no puedo evitar preguntarme cómo habrían ido las cosas si Cass no hubiera tomado el mal camino.

Al cogerla noto que el borde derecho está doblado para esconder algo. Lo despliego con la mano y al lado del rostro risueño de Trevor veo dos niñas muy tiernas: una rubia y una morena.

¿Quiénes son? ¿Por qué sus caras me resultan familiares?

La foto me ha atormentado durante dos días y la situación empeoró cuando pregunté a mi padre quiénes eran esas niñas. Me dijo que solía jugar con ellas en el parque cuando era pequeña.

La explicación era plausible, pero su mirada y su voz vacilante me hicieron dudar de su sinceridad.

—Mi respuesta es y será siempre no, Simon —grita mi madre entrando en la cocina con la cara encendida de rabia.

Pensaba que, una vez archivada la historia de Austin, todo volvería a la normalidad y que mis padres se llevarían mejor, pero, como siempre, me equivocaba.

—¿Por qué no? ¿Qué más te da? —replica mi padre.

Saco una galleta de la caja y me levanto de la silla con intención de dejarlos solos.

—¡No es por mí! —Es lo último que oigo antes de coger el bolso y salir de casa para ir al instituto.

Por increíble que parezca, llego a la parada del autobús con cinco minutos de adelanto.

Aprovecho para ir a mi taquilla y vaciar la mochila, que está llena de cuadernos.

—Deberías hablar con Trevor —dice Taylor acercándose a mí con semblante serio.

—¡Hola, Taylor! Sí, gracias, estoy bien, pese a que he estado ingresada una semana en el hospital —respondo.

A veces sabe ser realmente desagradable e insensible.

—Me alegro de saberlo, pero no quería hablar de eso.

—¿Qué le ocurre a Trevor?

—Me preocupa que sea amigo de Susan. No sé. Últimamente están más unidos de lo habitual. Si fuera mi mejor amigo no me gustaría que saliera con una persona así.

Sé que Susan y él se ven, pero ¿qué puedo hacer? No puedo elegir por él.

—Intentaré hablar con él, pero no te prometo nada.

—Lo importante es que lo hagas. Estoy seguro de que le bastará hablar contigo para cambiar de idea —dice exhalando un suspiro de alivio. Después se marcha sin añadir nada más.

Cierro la taquilla y me dirijo al aula de Lengua. Nada más entrar me acerco a Sam para preguntarle por Cam.

—Hola, Cris. —Sonríe.

—Hola, Sam. ¿Cómo está Cameron? Sé que hoy debía volver a casa.

—Regresó anoche, por suerte. Creo que está bien. Claro que debe reposar y que de vez en cuando tiene algún que otro problemilla con la cabeza, pero eso es todo —responde—. A propósito de eso...

Sigue hablando, pero ya no oigo nada. La noticia de que Cameron está bien es lo único que me interesa.

—Eh, ¿estás aquí?

—Esto..., sí, perdona, Sam. Estaba abstraída. ¿Qué estabas diciendo?

—Esta tarde, después de clase, Nash y yo tenemos que ir al centro. Mis padres trabajan hasta las siete, así que Cameron se quedará solo en casa. ¿Te apetece pasar la tarde con él? —pregunta juntando las

manos en ademán de súplica.

El gesto está de más. ¿Cómo puedo negarme?

—¡Claro que sí!

Entretanto, el profesor entra en el aula y se hace un silencio absoluto.

Las horas pasan tranquilamente, los profesores me hacen un montón de preguntas sobre el accidente y sobre Austin. También en los pasillos y en el comedor los alumnos no hacen sino señalarme y comentar lo que sucedió.

—Planeta Tierra llamando a Cris —dice Nash pasándome una mano por delante de la cara.

—Sí, disculpad.

—Hoy estás un poco distraída. ¿Te encuentras bien? —pregunta Sam.

—Sí, no os preocupéis. —Esbozo una sonrisa forzada al tiempo que me meto una patata frita en la boca.

—¿Queréis que hagamos algo el viernes? —pregunta Taylor dando un mordisco a su manzana.

—¿Os apetece venir a mi casa a ver una película? —propone Cloe.

—Espero que esta vez no nos toque ver otra vez *Los 4 fantásticos*.

Al oír el comentario de Nash, Taylor frunce el ceño.

—Debes saber que esa película es una auténtica obra maestra; además, Jessica Alba parece una diosa en el papel de la Mujer Invisible —responde Tay. El rostro de Trevor se ilumina al oírlo.

Ahora tendremos que soportar otra discusión sobre lo perfecta y guapísima que es Jessica Alba. Está realmente obsesionado con ella.

—Tienes toda mi estima —afirma Trevor, y los dos chocan los cinco, tan fuerte que la bandana negra de Taylor resbala hacia un lado.

—Detesto cuando se ponen a fantasear de esa forma —dice Cloe.

Asiento con la cabeza.

—Me he enterado de que vas a pasar esta tarde con Cameron. —Cloe sonrío con aire malicioso.

—Solo para cuidar de él y ayudarlo con las medicinas —respondo.

—Recordaré que no debo llamaros para no interrumpir nada. No haré como Sam, que llama siempre en los momentos más inoportunos.

—¡No lo hago adrede! —se defiende ella.

Las tres nos echamos a reír mientras los chicos siguen hablando de la perfección hecha mujer.

Solo callamos cuando vemos a Susan acercándose a nuestra mesa. Sorprendida, noto que no quita ojo a Trevor.

—¡Hola, chicos! ¿Cómo estáis? —pregunta ella sonriendo y mirándonos a todos como no lo ha hecho en su vida.

—Bien —contesta Trevor, el único que no parece asombrado de su comportamiento.

—Luego tenemos entrenamiento. ¿Me esperas? Así podremos estudiar juntos después. —Susan sigue hablando con él con suma naturalidad y confianza.

—¡Por supuesto! Hasta luego.

Oh, no.

Taylor me mira enseguida con aire de reproche.

En cuanto Susan se va intento hablar con Trevor como me ha pedido Tay que haga, pero cuando me dispongo a hacerle la fatídica pregunta Becca se aproxima y le pide que vaya con ella a estudiar.

Espero no tardar mucho en averiguar lo que está ocurriendo entre esos dos.

Al final del día, Cloe, Sam y yo vamos andando a casa de los Dallas. Estoy pensativa, no dejo de darle vueltas a esa vieja foto. Tengo una duda y me gustaría hablar de ella con Cloe.

—¿Qué te pasa, Cris? —pregunta ella.

Es increíble. Siempre nota cuando algo va mal. ¿Acaso tiene un sensor en la cabeza?

Decido que es mejor hablar ahora de la foto.

—Cloe, ¿tienes familia en Los Ángeles?

Me mira aturdida.

—No lo sé, no creo. Nunca he estado allí. ¿Por qué?

Saco la foto del bolsillo y se la enseño.

—Mira esta foto. La sacaron en Los Ángeles. En ella aparecemos Cass, Trevor, yo y dos niñas.

Estoy convencida de que la niña rubia es ella y que la otra es Carly, su hermana. A Carly solo la he visto una vez en una fotografía, pero no he olvidado su mirada.

—Dios mío, somos Carly y yo. Era muy pequeña, quizá por eso no recuerdo haber estado en Los Ángeles. Quizá tengamos allí un tío o algo así. Ahora que lo pienso, en casa hay una foto parecida. Puedo preguntárselo a mi madre —propone.

—Te lo agradecería —digo guardando la foto.

—¿De dónde la has sacado? —pregunta Sam.

—Estaba en el despacho de mi padre. No sé por qué la tenía.

Apenas concluyo la frase, Sam abre la puerta de su casa y yo trato de olvidar todo para concentrarme exclusivamente en Cameron.

Está de pie al lado del sofá. Me acerco a él y le doy un fuerte abrazo.

Sus manos aferran con delicadeza mis brazos para apartarme y cuando miro sus ojos profundos me pregunta:

—¿Quién eres?

Apenas le oigo pronunciar estas palabras mi corazón da un vuelco.

¿Qué significa «quién eres»? ¿No se acuerda de mí? ¿No se acuerda de «nosotros» ni de todo lo que hemos pasado juntos?

—Cam, pero ¿qué estás diciendo? —pregunta Cloe casi tan turbada como yo.

—Solo quiero saber quién es esta chica —responde él, y luego me mira de nuevo—. Perdona, ¿nos conocemos?

Me gustaría abrir la boca para decirle, al menos, mi nombre, pero no puedo. Es como si mi cuerpo se negara a obedecer las órdenes del cerebro.

—Esto..., Cris, creo que me he olvidado de contarte una cosa —susurra Sam acercándose a mí.

No logro volverme hacia ella, porque mi mirada está perdida en la de Cameron. Él sonríe y se echa a reír. Sam lo secunda y añade:

—Me he olvidado de decirte que el accidente no ha cambiado para nada el carácter de Cameron. Sigue siendo el idiota de siempre.

Al principio me siento perdida y confusa, pero después entiendo que solo es una estúpida broma.

Ya, una broma que casi ha conseguido que me desmaye aquí mismo, delante de Cameron, por miedo a haberlo perdido.

—¡Sois unos imbéciles! —Cloe se echa a reír también.

A la única a la que no le parece nada divertido es a mí. Cameron y Sam han representado tan bien su papel que me lo he tragado.

—Eh, pequeña, solo estaba bromeando —susurra con dulzura Cameron aproximándose a mí y aferrándose con delicadeza la cara para mirarme a los ojos.

Los míos se llenan de lágrimas y lo abrazo con fuerza.

Me ciñe la cintura con un brazo al tiempo que su otra mano resbala por mi espalda hasta detenerse en la nuca. Me acaricia el pelo.

—Temí haberte perdido. —Es lo único que logro susurrar.

—Todo va bien, pequeña. No te preocupes.

Vamos a la cocina y hablamos de lo que ha ocurrido en estas semanas en el instituto. Como era de prever, el tema por excelencia es la nueva pareja que forman Trevor y Susan. Pese a todo, no puedo dejar de pensar en la broma que me han gastado y de imaginar qué habría pasado si hubiera sido cierto y si Cam hubiera perdido de verdad la memoria. ¿Habría podido soportarlo? Pero, por encima de todo, ¿él se habría enamorado otra vez de mí?

Miro a Cameron, que en este momento está sonriendo. Menuda sonrisa. Podría destrozar y recomponer mi corazón en un santiamén.

—Creo que va siendo hora de que me vaya, Nash me está esperando —dice Sam levantándose de la mesa y guiñándome un ojo—. Cuida de mi hermano, Cris.

—Cuidará de él si no suena el teléfono —afirma Cloe tocando el hombro derecho de Cameron.

Cam se ruboriza y en su cara se dibuja una leve sonrisa, mientras se pasa la mano por el pelo atemorizado, como si Cloe no hubiese debido pronunciar esas palabras.

Me encantaría sacarle una foto en este momento. Es raro ver a Cam avergonzado.

Las chicas se marchan y nos dejan solos.

—En cualquier caso, Cloe solo sabe eso —se justifica él haciéndome sonreír mientras me meto en la boca el último pedazo de pollo—. ¿Por qué te ríes? —pregunta acodándose sobre la mesa y mirándome sonriente.

—Estás muy mono cuando te ruborizas —respondo casi sin darme cuenta.

—Yo nunca me ruborizo.

—Vaya que sí —insisto.

—Te digo que no. Nunca me ruborizo —remacha, seguro de sí mismo.

—Está bien, como quieras.

Se levanta y antes de volverse me dice:

—Voy a tumbarme en el sofá. Estoy un poco mareado.

Es evidente que es una excusa para negar la evidencia. Recojo un poco la cocina y me reúno con él en el salón.

Al verme llegar se mueve y se incorpora para hacerme sitio a su lado y cuando me siento me tapa con la manta.

Miramos un viejo capítulo de *Scooby-Doo*, unos dibujos animados que, por lo visto, le encantan, dado que se ríe de todas y cada una de las ocurrencias estúpidas que sueltan los personajes.

Cierro los ojos y respiro hondo para percibir su dulce aroma.

—¿Seguro que estás bien? Me ha parecido que la broma no te ha gustado —pregunta con aire serio.

—Aún estaba asustada. En estos días he tenido miedo de perderte, Cam —confieso.

—Por suerte vi a Austin justo a tiempo y pude reaccionar. Podía habernos ido peor, ¿no? —Sonríe.

—Lo que cuenta es que ahora estás aquí conmigo —digo separándome un poco de él y besándole en los labios.

Cameron alarga el brazo derecho por detrás de mi espalda y me mueve para que me pueda sentar a horcajadas sobre sus piernas.

Mis brazos rodean sus hombros procurando no tocarle el tórax vendado, que aún le duele.

En su cara se dibuja una leve sonrisa al tiempo que me muerde con dulzura el labio inferior. Sonrío también.

—Me gusta verte sonreír de esa forma —susurra sin dejar de torturar con dulzura mi mejilla.

—Si sonrío es gracias a ti —contesto.

Se detiene y me mira los labios unos segundos.

—Si no me doliera tanto no sé lo que te haría...

Creo que mis mejillas arden en este momento. Trato de apartar el pensamiento de lo que habría podido ocurrir antes de que Cameron se dé cuenta.

Posa la mano en mi mejilla y me acaricia con delicadeza la piel acalorada.

—Ahora estamos empatados.

—¡Eres un cabrón! —Le doy un golpecito en el hombro derecho.

—Sabes de sobra que te gusto por eso. —Se ríe pegado a mi oreja.

Me encojo de hombros a la vez que me aparto de él para volver a sentarme a su lado. Cojo el mando a distancia y cambio de canal buscando algo interesante.

Cameron se vuelve hacia mí y me mira con furia, pero yo hago como si nada y sigo zapeando.

—¿Qué haces? —pregunta recalcando lentamente las palabras.

—Cambio de canal.

—¿Cómo te atreves a hacerlo mientras están poniendo *Scooby-Doo*? —pregunta, y se inclina para arrebatarme el mando de la mano, pero yo me muevo y al hacerlo su cara queda a escasos centímetros de la mía.

Una sonrisa maliciosa se dibuja en su rostro mientras sus ojos se sumergen en los míos.

—No me retes, Cris.

—¿Y si lo hago?

Sus brazos se mueven a toda velocidad hacia mi cintura. Si hay algo que no soporto son las cosquillas, y, por desgracia, Cameron lo sabe de sobra.

Me río mientras él me tortura y se ríe a su vez.

Al poco tiempo me rindo y le doy el mando a distancia para que pueda ver sus queridos dibujos animados.

—No sabía que te gustaba tanto *Scooby-Doo*.

—Recuérdalo, entonces. Si te gusta Scooby te querré más —dice haciéndome reír por la seriedad con que lo afirma—. Susan me llamó la atención porque me dijo que tenía una colección de vídeos de la serie —confiesa haciéndome reír aún más fuerte.

—Lo siento, pero odio *Scooby-Doo* —bromeo para ver cómo reacciona.

En realidad, cuando era pequeña también me divertía verlo en la televisión.

Me observa unos segundos mientras yo trato de parecer lo más seria posible.

—¿Sabes cuál es el problema? Que, a pesar de esta grave afirmación, no consigo odiarte. Al contrario, casi te quiero aún más —responde abrazándome con fuerza.

Su respuesta me hace sonreír y me relajo entre sus brazos.

En qué estás pensando? —pregunta Cameron mientras vemos *Scooby-Doo*.

No dejo de pensar en la foto que encontré en el despacho de mi padre y en la enorme coincidencia de que en ella aparezcan también Cloe y Carly.

Austin y Carly. Dos personas que me atormentan, pese a que ya no forman parte de mi vida.

—Mi padre... sabía que Austin había regresado —confieso.

Cameron no parece sorprendido, al contrario. Se muestra indiferente, como si estuviera al tanto de todo. Mi suposición se confirma cuando dice:

—Yo también lo sabía. Mejor dicho, tu padre me lo contó el viernes por la noche, cuando cenamos en tu casa.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunto impasible.

—No queríamos que te preocuparas. Te habrías dejado llevar por el pánico —contesta.

—En ese caso, dado que mi padre y tú sois tan íntimos que os lo contáis todo, ¿sabes por casualidad por qué Cloe y Carly aparecen en una foto que nos sacaron a mí y a mis amigos en Los Ángeles?

Se queda petrificado, su rostro revela confusión.

—¿Tienes una foto con Carly?

Sin decir nada la saco de un bolsillo de mis vaqueros y se la enseño. Cam frunce el ceño y la observa con la máxima atención, como si estuviera analizando todos los detalles.

Su silencio me produce una enorme inquietud, pero trato de mantener la calma con la esperanza de obtener pronto alguna respuesta.

—Es increíble. —Es lo único que alcanza a decir.

—¿Qué? —pregunto turbada.

—Nada. Carly y tú os parecéis mucho. ¿Quizá erais parientes o algo por el estilo?

Nunca lo he pensado, y cuando cojo de nuevo la foto veo que, en efecto, nos parecemos en la forma y en el color de los ojos.

—Quiero decir, ¿es posible que tengas un tío u otro pariente en común con Carly?

Reflexiono unos segundos recordando a todos mis familiares, pero no se me ocurre nadie.

—En cualquier caso, da igual. Dos personas pueden parecerse incluso si no son de la misma familia. Lo que me gustaría saber es cómo es posible que conociera a Cloe y a Carly —explico mientras agarro el móvil para llamar a Cloe. A esta hora debe de haber hablado ya con su madre.

Por suerte responde enseguida, y cuando le hago la fatídica pregunta me responde:

—Mi madre me ha dicho que solo estuvimos un día en Los Ángeles y que ese día vio a unos antiguos compañeros de la universidad.

Al oír sus palabras me siento mucho mejor y le doy las gracias antes de colgar.

—¿Y bien? —pregunta Cameron.

—Fueron a Los Ángeles porque sus padres debían ver a unos antiguos compañeros de la universidad. —Doblo la foto y me la vuelvo a meter en el bolsillo de los vaqueros.

La explicación no parece convencer mucho a Cameron.

—¿Cuándo volverás al instituto? —pregunto.

—No lo sé, mañana tengo que ir al médico y creo que aclararemos todo. En cualquier caso, espero no tardar mucho. Me aburro en casa.

—Mmm... Dormir mientras los demás sufren en clase de Matemáticas no me parece tan aburrido —digo en tono irónico.

—Puede que te parezca extraño, pero preferiría ir al instituto —confiesa.

Confirmado: Cameron es un poco raro.

—En cualquier caso, ¿cómo reaccionaste cuando supiste lo de Trevor y Susan? —pregunta con curiosidad.

—No di saltos de alegría, desde luego. A fin de cuentas, mi mejor amigo sale con una chica que me odia, pero, por lo visto, a Trevor le va bien. Hoy Susan ha sido educada y amable conmigo y con los demás.

—¿Susan se comporta bien contigo? —Casi suelta una carcajada.

Sé que puede parecer increíble, pero es así. Quizá por fin haya decidido dejarme en paz. Y puede que sea gracias a Trevor, que, según parece, ejerce una gran influencia sobre ella. Quién sabe...

—No me lo creeré hasta que no lo vea con mis propios ojos. —Cam sigue riéndose, como si hubiera contado el chiste más divertido del mundo.

La puerta de la calle se abre y Sam anuncia su regreso.

—Será mejor que vuelva a casa. Intenta descansar, Cam.

—¿Vendrás mañana? —me pregunta.

Asiento con la cabeza y me inclino hacia él para darle un beso en los labios.

—Entonces te espero.

—Empieza a contar las horas, no queda mucho. —Me río.

—Serán las horas más largas de mi vida —protesta.

Salgo de casa de los Dallas y me encamino hacia la mía. Cuando llego a la puerta casi no puedo entrar debido al montón de cajas que hay delante. ¿Será posible que mi padre aún no se haya librado de ellas?

—Estoy en casa —digo alzando la voz para que todos me oigan.

Después voy a la cocina y allí encuentro a mi madre cocinando.

—Hola, cariño. ¿Cómo te ha ido hoy? —Sonríe.

—Bien, pero estoy un poco cansada. ¿Papá está en casa?

—Salió con Kate hace unos minutos. ¿Necesitas algo?

Saco la foto y la apoyo en la encimera.

—La encontré en su despacho.

Desliza la foto por la superficie lisa y la mira como si nunca la hubiera visto.

—Esto... Es bonita —comenta sin dejar de mirarla.

—¿Estás bien? —No puedo por menos que preguntárselo, ya que parece haber palidecido de repente.

Asiente con la cabeza y dice sonriendo:

—¿Por qué no pones la mesa, cariño? La cena está casi lista.

El baile de este año va a ser genial —dice Taylor pasándome un folio.

No falta nada para que se celebre el baile de fin de curso y no me lo perdería por nada del mundo.

—Seguro que sí. —Sonrío mirando el semblante serio de Taylor. A veces es realmente cómico.

—Trata de ponerte algo mono —sugiere—, e intenta convencer a Cam de que venga. Después de lo que le sucedió a Carly odia esa fiesta. Ah, y otra cosa: procura no meterte en líos y, si puedes, evita también a Susan.

—Lo intentaré —digo en tono burlón.

Visto cómo están las cosas, no creo que Susan tenga tiempo de pensar en mí. Últimamente parece bastante distraída y me trata con extraña amabilidad.

—Si montas una ya puedes despedirte de mi amistad —me amenaza haciéndome reír de nuevo por la manera cómica en que lo dice.

—Jamás me arriesgaría a perderte y... —Antes de que pueda terminar la frase veo que Cameron entra en el instituto y se dirige a su taquilla.

Me despido enseguida de Taylor y sigo a Cam para darle una sorpresa. Me acerco a él y le tapo los ojos con las manos. Se para en seco.

—Vamos, Laureen, no me engañas —responde sin haber oído siquiera mi pregunta.

Me aparto enseguida y dejo que se vuelva hacia mí para que vea lo mal que me ha sentado. Cam sonrío y alarga una mano para aferrar la mía.

—Estoy bromeando.

Suponía que era así, pero, en cualquier caso, me ha dolido.

—Vamos, no te habrás enfadado. Hablemos mejor de cosas serias. ¿Con quién vas a ir a la fiesta de fin de curso? —me pregunta.

—Mmm..., no lo sé. Estoy esperando que un chico me lo pida —contesto en tono burlón mientras caminamos hacia la taquilla de Cam.

—¿Quién?

Si pudiera le tiraría un libro, mejor dicho, la mochila llena de libros, a la cara.

—¡Era una broma! Vendrás conmigo, ¿no?

—Sí, si te apetece ir.

—¿Por qué no debería apetecerme?

—Tay me ha dicho que no te gusta la fiesta de fin de curso, así que no esperaba que me invitaras a ir contigo. Creía que me dirías que no, como hiciste con Susan, y que... —empiezo a decir, pero me interrumpen tanto Cameron como su móvil, que suena con el habitual timbre irritante.

—No, tú no eres Susan —replica antes de responder al teléfono.

Nos paramos delante de su taquilla y espero a que ordene los libros y acabe de hablar por teléfono.

Mientras observo la expresión concentrada de su cara no puedo evitar sentirme fascinada por sus facciones perfectas y por sus labios suaves, que se mueven casi al ralenti al hablar.

La conversación dura más de cinco minutos, durante los cuales no dejo de escrutarlo en silencio tratando de averiguar el tema de la llamada.

Las únicas palabras que repite son «¿Qué?», «¿Estás seguro?», «¿En serio?», «No», «No me lo puedo creer».

Espero con todas mis fuerzas que sea una buena noticia, pero su cara delata que no lo es.

Cuando cuelga da un violento puñetazo a la taquilla y la cierra con fuerza, sobresaltándome.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Inspira hondo y vuelve a abrir la taquilla para sacar el móvil.

Su mano tiembla mientras busca algo con urgencia. La cubro con la mía para calmarlo. Inspira de nuevo hondo, baja la mirada y cierra los ojos tratando de tranquilizarse.

—Cam —musito, pero callo al ver que aparta la mano y cierra otra vez la taquilla.

—No te preocupes, todo va bien —me dice volviéndose y encaminándose hacia la clase.

—No —respondo enseguida agarrándole el brazo para que se pare. No tengo la menor intención de quedarme al margen ni, sobre todo, de pasar el día imaginando lo que puede haber ocurrido—. Dime qué sucede —exijo con tono serio.

—Nada —insiste.

—Para ya, Cameron. Las cosas están demasiado bien entre nosotros para estropearlas de nuevo de esta manera. Decidimos volver a empezar y hacer todo lo posible para que nuestra relación durase. Sabes de sobra que sin lealtad no se va a ninguna parte.

—Estaban demasiado bien... precisamente —masculla en voz baja dejándome aún más intrigada—. Tengo que hablar de algo importante con una persona.

Me deja sola en medio del pasillo. Lo contemplo mientras se aleja a toda velocidad.

El timbre suena y entro en clase tratando de hacer como si nada.

Voy a dejar los libros en el pupitre y luego me reúno con Sam, que está mirando algo en el móvil.

—Hola —la saludo, pero ella parece no oírme. Mejor dicho, está pensando en otra cosa.

—¿Va todo bien? —pregunto.

Niega con la cabeza, bloquea la pantalla y deja el teléfono en el pupitre. Solo ahora veo que tiene ojeras.

—¿Qué ha pasado?

—Nash... —susurra mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

No puedo evitar abrazarla y dejar que nuestro abrazo, de una forma u otra, sustituya a las palabras.

Sam y Nash no suelen pelear, pero cuando lo hacen mi mejor amiga sufre mucho.

—Hemos cortado, Cris —susurra sin dejar de llorar—. Y esta vez va en serio.

Me niego a creer que todo haya acabado entre ellos, lo más probable es que solo sea un momento de crisis.

El profesor entra en clase. Sam y yo pedimos permiso para salir y vamos al baño. Nos sentamos en el suelo en silencio, concentradas en nuestros pensamientos.

—Jamás habría imaginado algo así de él —dice Sam.

La verdad es que yo tampoco, pero callo para que ella siga hablando.

—¡Creía que era el chico ideal para mí! —prosigue enjugándose las lágrimas.

—Sam, estoy segura de que te reconciliarás con Nash. Él te quiere. No sabrá estar sin ti mucho tiempo —digo para animarla—. No te rindas. Recupera lo que te pertenece y no permitas que nadie te lo arrebatte.

—No es tan fácil, nunca he sido fuerte —murmura plegando las rodillas hasta tocar el pecho.

—¿No crees que ha llegado el momento de serlo?

Sigue mirando hacia aquí! Ve a hablar con ella, Tay —insiste Sam mientras salimos del instituto.

Ha sido un día especialmente aburrido, sobre todo porque los profesores no dejan de recordarnos que dentro de una semana tendremos un sinfín de exámenes. Casi parece que concentran adrede todas las pruebas en la misma semana. Quieren hacernos polvo.

—Primera regla de Cameron: si una chica te mira, ignórala —responde él con aire sabio.

Ashley no ha dejado de mirar a Taylor desde la hora de comer y he de reconocer que resulta inquietante.

—Creo que lo que le fascina es la bandana —comenta Cloe tocando con el índice la tela naranja y azul—. Se te ve a un kilómetro.

La verdad es que no creo que sea ese el motivo. Por el contrario, pienso que Ashley por fin se ha dado cuenta de que Taylor es un chico estupendo, y creo que todo es gracias a Nash.

En el recreo hablé con él para saber lo que ocurre entre él y Sam y, después de decirme que solo es un momento de confusión, me contó que había hablado con Ashley de Taylor, y, por lo visto, ha funcionado.

Parece entusiasmada y da risa ver a Tay tratando de ignorarla por todos los medios. Se ve a la legua que le gustaría hacer justo lo contrario.

—Cloe, eres tan graciosa como una calabaza de Halloween el día de Navidad —dice Taylor más serio que nunca.

—¿Nos vemos mañana? —pregunta Cloe.

Asiento y, tras despedirme de todos, doy un fuerte abrazo a Sam.

He pasado todo el día con ella y le he dicho que debe ser fuerte. Estoy segura de que todo pasará y de que muy pronto la duda de Nash se convertirá en una certeza.

—Nos vemos mañana, ¿ok? —Sonrío.

—De acuerdo —susurra.

Sé que van a ser unos días difíciles para ella y confío en que Cameron esté a su lado al menos hasta mañana por la noche, cuando Cloe celebrará una fiesta de pijamas en su casa.

¡Estoy deseando ir! A las tres nos irá bien pasar una noche entre amigas, estoy segura.

Echo una rápida ojeada a la entrada del instituto para ver si sale Cam, en vano. Ha ido a su aire todo el día, cada vez que me acercaba a él se levantaba y se alejaba. No entiendo qué ha sucedido.

No tiene sentido.

Le he mandado varios mensajes con la esperanza de que tuviera tiempo de leerlos, pese a saber que estos días está muy ocupado entre el estudio y los entrenamientos de fútbol.

Compruebo la hora y decido ir a casa enseguida. Camino apretando el paso al tiempo que cojo el móvil y me pongo los auriculares.

Empieza a sonar *Walking Blind* de Aidan Hawken. La letra y la música, preciosa, me hacen compañía en el trayecto hacia casa. Pienso en las numerosas personas que me rodean.

El día en que viajé en avión de una punta a otra de Estados Unidos sabía que todo iba a cambiar. Me

imaginaba lo peor, pero me equivocaba, como siempre.

He conocido a personas importantes con las que he compartido momentos inolvidables.

Cuando pienso en que el año próximo será el último que pasaré en Miami siento un enorme vacío en mi interior. No alcanzo siquiera a imaginar cuánto color perderá mi vida cuando esté lejos de las personas que quiero.

Quién sabe, tal vez estas amistades sean más sólidas que la que compartíamos Trevor, Cass y yo, y esta vez las cosas no vayan tan mal. Puede que también el amor que nos une a Cameron y a mí sea más fuerte que la distancia.

Camino tan ensimismada que solo me doy cuenta de que he visto a mi mejor amigo y a Susan cuando los rebaso.

Me paro en seco al tomar conciencia de lo que he visto hace unos segundos: ¿Trevor estaba besando a Susan?

Me vuelvo para confirmar mi impresión y me estremezco al verlos sentados en un banco sonriéndose y besándose con ternura. Estoy atónita, no sé qué hacer ni qué pensar.

Cuando decido que lo mejor es escabullirme, Trevor nota mi presencia, se aleja de Susan y se acerca a mí para darme, según parece, una explicación, pese a que no necesito ninguna.

No niego que estoy sorprendida, pero no soy quién para decir a mi mejor amigo con quién debe salir.

—Puedo explicártelo, Cris —afirma jadeando—. Sé que te parecerá extraño, pero...

No acaba la frase, porque lo hago callar apoyando el índice en sus labios.

—No debes explicarme nada. Si eres feliz no veo qué problema hay.

Esbozo una sonrisa forzada mientras se lo digo. Él frunce el ceño y me mira como si yo acabara de lanzar una blasfemia o algo por el estilo.

—Ok, pero quiero que sepas una cosa —susurra aproximándose aún más. Me mira a los ojos y añade lentamente—: Solo lo hago para olvidarte.

Es justo la frase que me temía y que, al mismo tiempo, esperaba.

—Te quiero mucho —musita.

—Yo también —respondo separándome de él.

Nos sonreímos fugazmente y miro a Susan, que levanta la mano para saludarme. Aún sorprendida, le devuelvo el saludo.

—Estoy tratando de que cambie de idea sobre ti —dice Trevor mirándome de nuevo.

—¡En ese caso estás logrando un milagro!

—Me está esperando. ¿Nos vemos mañana?

—Por supuesto. —Lo miro mientras vuelve al lado de Susan.

Echo a andar con una sonrisa dibujada en la cara y no tardo en llegar a casa.

Veo el coche de mi madre en el jardín y la cosa me sorprende, ya que a esta hora debería estar trabajando.

La puerta se abre poco a poco y mi corazón late con tal fuerza que retumba en mis oídos.

Mi madre está sentada ante la mesa de la cocina.

—¿Qué ocurre, mamá? —pregunto con voz trémula.

No dice ni una palabra. Solo me invita a sentarme a su lado con un ademán y yo obedezco sin rechistar.

—Cariño, sé que este año ha sido duro para ti. El traslado a Miami te cambió la vida y comprendo que no ha sido fácil. —Inicia su discurso de tal forma que los ojos se me llenan enseguida de lágrimas—. Sé que te pido demasiado, pero para ti podría ser la elección más acertada, dado que en unos meses te irás de todas formas a la universidad...

—¿Qué sucede, mamá? —insisto.

—Vamos a volver a Los Ángeles, cariño.

Nada más oír estas palabras todo se desvanece a mi alrededor, no oigo ni veo nada.

—¿Es por papá? —pregunto.

Estoy convencida de que ha ocurrido algo entre ellos.

—Eso no es importante, cariño. Estamos pasando un mal momento y él debe solucionar ciertos errores que cometió en el pasado. —Baja la mirada e inspira para contener las lágrimas.

No estoy preparada para dejar mi vida en Miami y volver a Los Ángeles. Sabía que tarde o temprano sucedería, solo que no suponía que iba a ser tan pronto.

Tendré que despedirme de todo y de todos. Nash, Sam, Cloe, Taylor, Trevor, Cam...

Cam... La mera idea hace que mi cabeza dé vueltas.

—¿Cuándo?

—La semana que viene, en cuanto terminen las clases —susurra.

Asiento con la cabeza y me levanto de la silla para salir de la cocina y refugiarme en mi habitación.

—Lo siento muchísimo, cariño.

Ya, yo también lo siento.

Corro a mi habitación con los ojos anegados en lágrimas y cierro la puerta apoyándome en ella.

—Pequeña, he entrado por la ventana y... —explica Cameron levantándose de la cama y acercándose poco a poco a mí.

Me arrojo entre sus brazos.

—Cam... —intento decir.

—Lo sé, pequeña, mi padre me lo ha contado esta mañana.

Eso explica la forma en que reaccionó a la llamada, su rabia. No estoy preparada, no quiero dejarlo.

—No quiero marcharme, Cam.

—Shhh, pequeña. Encontraremos una solución —susurra estrechándome contra su cuerpo.

No dejo de llorar, es más, la situación empeora en cuanto tomo conciencia de que puede que esta sea una de las últimas veces en que podré sentirme en casa entre los brazos del chico al que quiero con todas mis fuerzas.

Puedes conseguirlo. No llores». No dejo de repetirme estas palabras mientras me preparo para pasar la noche con mis amigas.

Cuando ayer supe que nos mudamos rompí a llorar; por suerte, Cameron me hizo compañía. Estuvimos juntos hasta que me quedé dormida.

Esta mañana, cuando me he despertado, él no estaba. He intentado llamarlo, en vano. Aunque, si he de ser franca, no he insistido mucho. Sé que no ha recibido muy bien la noticia, pese a que no lo demuestra.

«No llores. Superarás esto también». Me doy ánimos y respiro hondo para que no se me corra el maquillaje por tercera vez.

Es absurdo. Me siento mal. Siento un vacío inmenso en mi interior. Mayor incluso que el que sentí cuando mis padres me dijeron que debíamos abandonar Los Ángeles para instalarnos en Miami.

No niego que este año ha sido infernal, pero ha dejado unos recuerdos imborrables en mi memoria.

No quiero marcharme justo ahora, cuando acabo de volver a poner en orden mi vida. Ahora que mi relación con Cameron parece ir viento en popa. Ahora que he hecho las paces con mis amigas. Ahora que está a punto de comenzar un nuevo curso, el último. Cuanto más lo pienso, más abatida me siento.

Además, desconocer el motivo de este nuevo terremoto en mi vida no facilita las cosas.

Esta mañana traté de hablar con mi madre para saber qué ha ocurrido entre ella y mi padre, pero cambió de tema. Estoy segura de que tarde o temprano llegará el momento de saber la verdad.

Cierro los ojos unos segundos para fingir que no sucede nada y salgo de mi habitación.

—Diviértete en la fiesta de pijamas, cariño. Hasta mañana —murmura mi madre con los ojos brillantes y enrojecidos.

Verla así me duele y estoy segura de que si supiera el motivo de sus lágrimas sabría qué decirle para animarla un poco. Lo único que consigo hacer es acercarme a ella y darle un abrazo.

—Todo irá bien —susurro estrechándola contra mi cuerpo. Mi madre empieza a sollozar desesperada—. Todo se arreglará —sigo repitiendo mientras Kate se reúne con nosotras y nos abraza también.

Ha pasado un año. Un solo año y han cambiado una infinidad de cosas.

—Sí, tenéis razón, todo irá bien —afirma mi madre esbozando una sonrisa forzada y enjugándose las lágrimas.

Le doy un beso en la mejilla y salgo para ir a casa de Cloe a pie, dado que no está muy lejos, pero una vez fuera veo el coche de Cameron aparcado en la calle.

Me precipito hacia él y, sin pensármelo dos veces, nada más sentarme y cerrar la puerta, abrazo a Cam.

—Te necesitaba.

—Y yo a ti —susurra apartándose y dándome un beso en la frente—. Todo va bien, ahora estoy aquí.—Sonríe acariciándome con dulzura la cara—. Siento haberte dejado sola esta mañana, pero tenía cosas importantes que hacer.

Lo único que cuenta es que ahora está aquí conmigo.

—No te preocupes.

—Tengo que decirte una cosa: les he contado a Sam y a Cloe que..., bueno, ya lo entiendes —balbucea sin saber cómo continuar.

—Has hecho bien. Me habría costado mucho darles la noticia. —Aprieto su mano y él exhala un suspiro de alivio.

—También les he pedido que no saquen el tema a colación esta noche, a menos que tú quieras hacerlo. Creo que es mejor para ti vivir estos momentos sin pensar en... —Para y luego prosigue—, en lo que sucederá cuando... —Para de nuevo.

Me vuelvo hacia él y veo que está apretando el volante con las manos, enfurruñado, señal de que le duele demasiado para decirlo en voz alta.

—Tienes razón. Quiero que esta noche sea divertida y alegre.

Asiente con la cabeza y me deja delante de la casa de Cloe.

—Paso a recogerte mañana, así podrás venir directamente a comer a mi casa.

—¿A comer? —pregunto.

—Sí, mis padres han organizado una especie de fiesta, dado que es el último fin de semana que pasaréis aquí. —Baja la mirada y se vuelve para que no pueda ver bien su cara.

—¿Estás bien, Cam? —tengo el valor de preguntarle, pese a que la respuesta me parece más que obvia.

—¡Claro que sí! Pero ahora debes irte. Ya sabes que Cloe odia a la gente que llega tarde. —Esboza a duras penas una sonrisa sin siquiera mirarme.

Le doy un beso en la mejilla y salgo del coche sin decir nada.

Desde la puerta de la casa se oye ya la música y a Cloe y a Sam riéndose de algo. Siento que va a ser una velada inolvidable.

Toco el timbre y espero a que Cloe me abra. Cuando ella y Sam aparecen en el umbral me echo a reír al ver cómo van vestidas y cómo tienen el pelo.

—¡Por fin has llegado! Creíamos que habías decidido abandonarnos —dice Sam quitándose confeti del pelo y apartándose de la puerta para que pueda entrar.

Cuando lo hago veo el desastre que hay en el salón.

Comida, confeti, maquillaje y vestidos esparcidos por todas partes. La música a todo volumen hace que la situación resulte aún más cómica.

—No sabía que mi hermano iba a pasar a recogerte —comenta Sam despidiéndose de Cameron—. Dijo que esta noche quería salir con Nash, Taylor y Trevor.

—Seguro que irá a verlos ahora.

—¡Al infierno con los chicos! Esta noche es nuestra. No quiero oírlos nombrar más, ¿de acuerdo? —nos regaña Cloe, y yo no puedo estar más de acuerdo con ella.

Después de escuchar la lista de reglas que hay que respetar en casa de Cloe (la mayoría las han infringido ya) vamos a la habitación de mi amiga a ponernos los pijamas. Pasaremos las próximas dos horas viendo *Expediente Warren*.

La verdad es que esperaba que hiciéramos algo más alegre, pero da igual.

Después de ver las primeras escenas nos miramos a los ojos como diciendo «¿Esto es una película de terror?», pero nos bastan diez minutos para cambiar de idea: ¡la película es espeluznante!

—Dios mío, ahora le tira de nuevo de la pierna —susurra Sam asustada tapándose la cara con un cojín.

Tampoco yo tengo el valor de mirar, y cuando cierro los ojos siento que algo blando choca con fuerza contra mi espalda. Me vuelvo y veo a Cloe golpeando a Sam con un cojín gigantesco. Me muevo deprisa y agarro también uno del sofá.

De esta forma inicia una guerra de cojines que nos hace olvidar por completo el terror.

Corremos por toda la casa golpeándonos sin dejar de reírnos, hasta que, de repente, las luces se apagan y la habitación queda a oscuras.

¿Qué demonios sucede?

Dios mío! ¿Qué ocurre? ¡Tengo miedo! —grita Sam corriendo detrás de mí como si quisiera esconderse de alguien.

—¡Ha saltado la luz, eso es todo, Sam! No te preocupes —digo tratando de consolarla, pero ella parece no oírme, dado que sigue mascullando en voz baja mientras las manos le tiemblan debido a la agitación.

Cloe sale de la cocina con una linterna e ilumina la habitación, haciendo que Sam grite de nuevo.

—¡Para ya, Sam! Deja de comportarte como una niña —le regaña, incrementando su miedo.

Me vuelvo hacia ella y susurro:

—Ahora vamos a ver qué pasa. Tranquila, no sucederá nada.

Pero apenas concluyo la frase, el ruido de una puerta que se cierra con violencia me sobresalta.

—¿Hay alguien ahí? —grita Cloe apuntando la linterna hacia la puerta de la cocina.

—¿Qué? ¿No sabes que la primera regla para que no te maten es no preguntar si hay alguien en casa, Cloe? —susurra Sam dando pequeños pasos hacia la puerta de la sala para alejarse lo más posible de aquí.

—¡Sam! No hay nadie en casa ni nadie quiere matarnos. Será el viento —intenta tranquilizarla Cloe, pero no lo consigue.

La próxima vez debo acordarme de no ver ninguna película de terror.

—Pues ve a comprobarlo —le aconseja Sam, y entonces la seguridad de Cloe vacila también.

Se oyen unos pasos procedentes de la cocina y el picaporte de la puerta de la calle se mueve con insistencia. ¡El corazón me late tan fuerte que tengo la impresión de que se me va a salir del pecho!

Sam echa a correr aterrorizada con la cara surcada de lágrimas y se esconde detrás del sofá de la sala, mientras Cloe y yo nos miramos como si nos preguntáramos «¿Y ahora qué hacemos?».

—Son los ladrones de nuevo —susurra Cloe.

—¿Qué significa «de nuevo»?

—No es la primera vez que pasa. Coge el jarrón y ponte al lado de la puerta. En cuanto entre el ladrón, le das un golpe en la cabeza. Luego llamaremos a la policía —explica Cloe acercándose a la mesa de la sala y pasándome un jarrón.

Estoy anonadada. Lo que más me asombra es que Cloe parece experta en este tipo de situaciones. Yo habría corrido hacia el teléfono al oír el primer ruido para llamar a la policía.

Me acerco a la entrada, lista para hacer lo que me ha dicho Cloe. La puerta se abre poco a poco y alguien entra. Me acerco a él para golpearlo. Levanto el jarrón, pero me detengo apenas veo la bandana de color amarillo fluorescente y la cara de aturdimiento del chico.

—¿En qué demonios estás pensando? —pregunta Taylor gritando asustado—. ¿Por quién me has tomado?

—¡Taylor! —grita Cloe encolerizada acercándose a él.

La puerta de la cocina se abre también y aparecen Trevor, Cameron y Nash con una expresión burlona

en la cara que me enfurece aún más.

—¿Podéis siquiera imaginaros el miedo que hemos pasado? —pregunto aproximándome al grupito de idiotas mientras Cloe se ocupa de Taylor—. ¡Sam se ha echado a llorar!

No puedo creer que tenga un novio y unos amigos tan estúpidos. ¿Se aburrían tanto en la fiesta de los chicos?

—¡Estáis locos! Hasta apagasteis la luz. ¿Qué queríais, que nos muriéramos de miedo? —dice Cloe.

—¡Eh! Nosotros no hemos intentado matar a un pobre chico rompiéndole un jarrón en la cabeza —se defiende Taylor encolerizando aún más a Cloe.

Me da que esta noche va a terminar fatal.

—¿Qué tenéis en la cabeza? ¿Serrín? ¿No podíais entrar en casa como las personas normales? ¿Eran necesarios los efectos especiales? —grita Sam acercándose a mí y mirando a los ojos a Cameron, que, sin embargo, parece ignorarla.

—Nos pareció divertido —se justifica Nash.

Sam baja la mirada y se marcha sin decir nada. No sé cómo Nash ha tenido el valor de dirigirle la palabra.

—Me lo habría imaginado de cualquiera, pero no de ti —digo a Trevor. Cameron frunce el ceño y me agarra con delicadeza un brazo como si pretendiera llamar mi atención.

—¡No podéis enfadaros por una broma así! Solo queríamos asustaros un poco porque nos estábamos aburriendo. ¿Qué hay de malo en eso? —Trevor se ríe.

Cloe respira hondo y susurra impasible:

—Olvidémoslo y no perdamos la calma.

—Lo siento, pequeña, creíamos que era divertido —musita Cameron obligándome a volverme hacia él.

—Está bien, el problema es que antes de la broma estábamos viendo una película de miedo y nos hemos asustado mucho.

—No estás enfadada, ¿verdad? —Acerca su mano a la mía y la aferra entrelazando los dedos.

Al ver sus ojos magnéticos me quedo sin aliento. Intento por todos los medios no mirarlo a los labios.

—Puede... —susurro sonriendo, después me alejo de él para ir a buscar a Sam, que parece haber desaparecido.

La encuentro en la habitación de Cloe. Está sentada en la cama mirando al suelo y le tiemblan las manos.

—¿Te encuentras bien, Sam? —pregunto aproximándome a ella.

—¿Por qué? ¿Por qué está aquí? —musita en tono indefinido. No parece ni triste ni feliz—. ¿Por qué me ha hablado? Creía que nunca volvería a dirigirme la palabra.

—No lo sé, Sam, pero no puedes esconderte cada vez que lo ves.

—Vaya si puedo. No tengo la menor intención de salir de esta habitación —dice.

—No podrás esconderte siempre. Debes hacer lo mismo que él: fingir que no ha sucedido nada y lograr que se dé cuenta de lo que se pierde. Quedamos en que debías ser fuerte, ¿no?

Me duele verlos tan distanciados.

—¿Y si te dijera que no puedo? La verdad es que estoy tan enamorada de él que al verlo aquí me entraron ganas de escapar y de esconderme el resto de mi vida.

Abro la boca para decir algo, pero la voz de Nash me interrumpe:

—Tenemos que hablar, Sam.

Me levanto de la cama y salgo de la habitación para dejarlos solos.

Espero con todas mis fuerzas que Nash haya oído lo que ha dicho Sam y que haya comprendido lo enamorada que está de él.

Cuando entro en la sala para reunirme con los demás veo que Cloe y Taylor están peleándose.

Últimamente discuten bastante y empiezo a pensar si no estará naciendo algo entre ellos. Quién sabe.

—Vamos a ir dormir todos juntos a la habitación de Cloe —me anuncia Trevor acariciándome una mejilla.

Comprendo al vuelo en qué está pensando. Intenta ocultarlo, pero debería saber que puedo leerle el pensamiento sin la menor dificultad.

—¿Todos juntos? —Sonrío.

—Queremos que la noche sea inolvidable —responde encogiéndose de hombros.

Sus palabras confirman mis sospechas.

—Cállate y sígueme, Taylor —grita Cloe pasando por mi lado y dirigiéndose a la zona de la casa de donde acabo de venir.

—Esta mujer tiene algún problema —susurra Taylor siguiéndola con la cabeza inclinada.

Su forma de caminar es tan cómica que no puedo evitar sonreír.

—Al final acabarán juntos —afirma Trevor leyéndome el pensamiento.

—Creo que es hora de irnos —nos interrumpe Cameron abrazándome y obligándome a seguir a Cloe.

Nos instalamos en el dormitorio de los padres de nuestra amiga, que es sin duda mucho más grande que el de ella, y ponemos los sacos de dormir uno al lado del otro.

Como era de esperar, los chicos hablan sin mover un dedo mientras Cloe y yo lo preparamos todo maldiciéndolos en nuestro fuero interno.

Cuando acabamos, llegan Sam y Nash.

No dicen una palabra y se comportan como si no hubieran pasado los últimos veinte minutos hablando en la habitación de Cloe.

Me muero de curiosidad, pero por respeto a Sam decido no preguntar nada por el momento.

—¡Qué monas! Habéis puesto un saco de dormir para mí. ¡No deberíais haberos molestado! Lo digo en serio. Dormiré en la cama de matrimonio —comenta Taylor haciéndonos reír por el tono altivo en que ha hablado.

—Esto..., de eso nada. —Cloe se ríe—. Dormirás en el suelo, como todos.

Taylor se mete en su saco mascullando. Los demás lo imitamos y, al cabo de unos segundos, la habitación queda en silencio.

—El último año... —susurra Nash llamando la atención de todos.

El último año, ya.

—No me lo puedo creer —afirma Cloe.

—Será difícil volver a empezar —susurro esperando que nadie me haya oído.

—Nuevas clases, nuevas vidas y nuevas personas. No estoy preparado —confiesa Cameron volviéndose hacia mí.

—¿Y quién lo está? La mera idea de separarme de todas las personas que quiero me estremece. Sé que todo será un desastre —responde Trevor.

Dejo de escucharlos mientras mi mente empieza a viajar e imagino lo que puede sucederme en el futuro.

Es evidente que mi vida en Los Ángeles no será como antes y que echaré de menos a mis amigos más que a cualquier otra cosa.

El tiempo vuela y eso me asusta. Estoy segura de que esta semana pasará en un abrir y cerrar de ojos.

—No será tan terrible. Estaremos en contacto. Además, no veo la hora de que llegue el momento en que nos reunamos para contarnos cómo nos va la vida —dice Taylor.

—Os voy a echar de menos. —Pronuncio estas palabras intentando contener las lágrimas.

Mi vida no será igual sin ellos.

—Seguiremos unidos, estoy segura. Ya nos veo reunidos después de mucho tiempo, con nuestras familias y nuestros mocosos corriendo de un lado para otro. —Cloe se echa a reír y yo no puedo evitar imaginarme la escena.

—Puede que los tuyos sean unos mocosos. Los míos serán unos niños preciosos que se parecerán a su padre —comenta Taylor.

—Taylor, creo que va siendo hora de que cierres la boca y te duermas —sugiere Trevor cambiando de postura en su saco.

—Sí, te quedarás de piedra cuando los veas.

—Estoy convencido —dice sin dejar de tomarle el pelo.

Al cabo de unos minutos se hace el silencio en la habitación. Solo se oye la respiración pesada de Taylor.

No dejo de dar vueltas en el saco tratando de encontrar una posición cómoda, pero no lo consigo, así que me levanto y salgo a la terraza, segura de que me sentará bien tomar un poco de aire fresco.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Cameron reuniéndose conmigo.

—Sí, no puedo dormir. —Sonrío al tiempo que lo miro.

Callamos unos minutos.

—Me ha encantado esta noche —susurra Cameron.

—Ya, añoraré todo esto.

—¿No hay ninguna posibilidad de que puedas quedarte? Puedes vivir en mi casa hasta finales de año —propone.

No es la única opción. Podría quedarme también en un dormitorio del instituto, pero creo que no tiene sentido, y, además, no puedo dejar a mi madre sola ahora que tiene tantos problemas con mi padre.

—No puedo hacerlo, mis padres no están pasando por un buen momento —digo.

—¿Qué será de nosotros? —Esquiva como puede mis ojos mientras habla.

Querría estar segura de que nos irá bien y de que estaremos tan unidos que podremos superar la distancia, pero lo cierto es que no las tengo todas conmigo.

—No lo sé. —Es lo único que alcanzo a decir.

—No quiero perderte —confiesa Cam.

Alargo una mano para agarrar la suya.

—Yo tampoco. Sea como sea, lo conseguiremos.

—Claro, vivirás en la otra punta de Estados Unidos. Será un paseo en barca —dice en tono irónico.

—Hemos superado cosas mucho peores —replico tratando de ser lo más convincente posible.

Me mira unos segundos y después se acerca a mí y me abraza con fuerza.

—Espero que tengas razón. No quiero perderte.

—No sucederá. Superaremos esto también. Te lo prometo.

—Aún no me lo puedo creer. Una semana... —susurra estrechándome aún más.

—Shhh, no me lo recuerdes —digo repitiéndome mentalmente que no debo llorar.

Cierro los ojos y me concentro en este momento. En los brazos de Cameron, que me estrechan protectores; en su aroma y en su calor, que siento dentro de mí ahora que estoy tan cerca.

Quiero memorizar cada detalle para poder recordarlo cuando esté lejos de él.

—Te quiero —me susurra al oído.

—Te quiero —respondo haciendo un esfuerzo para contener las lágrimas.

Dormir al lado de Cameron es la cosa más bonita del mundo.

Me quedo en el saco unos segundos más para oír cómo respira profundamente y cómo late su corazón bajo mi oreja, que está apoyada en su pecho.

Echaré de menos todo esto. No tengo la menor idea de cómo podré vivir sin Cameron a mi lado.

—¿Estás despierta? —susurra alguien a mi espalda. Cuando me vuelvo veo la pequeña sonrisa de Trevor.

—Sí, no consigo volver a dormirme.

—¿Vamos a comer algo? Me desperté hace un rato y no sé dónde hay comida.

Decidimos levantarnos e ir a la cocina con el mayor sigilo posible.

—¡Menos mal que Taylor no se ha despertado! —comenta Trevor mientras bajamos la escalera para ir a la planta baja.

—¿Por qué? —pregunto intrigada.

—Si interrumpes su sueño se despierta gritando, no exagero. Grita tan fuerte que te puede dejar sin oír nada al menos media hora.

Sabía que Taylor era extraño, así que no debería sorprenderme. Pero hay otra cosa que suscita mi curiosidad y que, a la vez, me preocupa un poco. Tiene que ver con Trevor.

—¿Cómo te va con Susan?

—Bien. Salimos bastante juntos y la verdad es que cuando estamos solos es una chica completamente distinta a la que todos conocemos. No te imaginas cómo se comporta. Creo que Cameron se refería a eso cuando decía que había tenido buenos motivos para enamorarse de ella.

Trato de imaginar a una Susan diferente, incluso bondadosa, pero es imposible. Solo veo a la chica que se ha pasado el año tratando de arruinarme la vida.

—Si eres feliz, yo también lo soy. —Sonrío.

—Incluso estoy tratando de convencerla para que venga la semana que viene a despedirse de ti.

Sus palabras me dejan boquiabierta. Si hay alguien a quien no quiero ver en el aeropuerto cuando me vaya es precisamente a Susan.

—¡Pues será mejor que dejes de hacerlo, Trevor! No quiero ver a Susan —digo.

—No veo qué tiene de malo. En el fondo, ella también ha formado parte de tu vida.

—Por desgracia sí, y me gustaría poder olvidarlo. —Agarro la taza y soplo la leche hirviendo.

Por suerte, esta triste e incómoda conversación se interrumpe cuando llega Sam, que parece estar hundida, y yo sé por qué.

Estoy deseando saber qué se han dicho ella y Nash, pero si se lo pregunto le dolerá.

—Buenos días, princesa. —Trevor se echa a reír al verla—. Esta mañana estás guapísima.

Las dos lo fulminamos con la mirada. ¡Trevor tiene un sentido del humor pésimo!

—Con la mano en el corazón, Trevor, cállate —dice Sam sentándose en una silla.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Podría estar mejor. Ayer no pudo ir peor con Nash.

Trevor nos mira unos segundos mientras yo trato de hacerle entender por todos los medios que debe salir de inmediato de la cocina. Por suerte, al final capta el mensaje y nos deja solas.

—Cuéntamelo todo.

—Me dijo que solo es una pausa de reflexión, porque quiere averiguar qué siento por mí. Me dijo que, en cualquier caso, quiere tener una relación conmigo, pero no tan seria como la de antes. Me besó y yo caí de lleno en la trampa como una idiota. No sabes lo estúpida que me siento. Lo quiero, Cris. Lo quiero tanto que haría lo que fuera para sentir que aún es mío. —Siento que la rabia me invade al saber cómo se está comportando Nash.

No entiendo qué puede haber cambiado en estas semanas para incitarlo a tomar una decisión semejante.

—Debes reaccionar, Sam. No puedes permitir que te trate así.

—Lo intentaré, pero no creo que lo consiga. Nash es mi primer amor, el primer chico con el que he estado, me conozco y sé que haré lo que sea para no perderlo —musita.

No sé qué más decir. La única solución es romper con él para siempre, pero ella no podrá hacerlo. Yo tampoco podría si se tratara de Cameron.

—Cambiando de tema, ¿qué hora es? Tengo que ir a casa para ayudar a mi madre a cocinar para esta noche. ¿Cam te ha dicho lo de la cena?

—Sí, me lo ha contado todo.

—Vaya, veo que habéis ocupado ya mi cocina —dice Cloe riéndose a la vez que entra y se dirige a la nevera para coger algo de comer.

—He sacado un poco de leche, espero que no te moleste —le advierto.

—Tranquila, la detesto —responde.

—Echaré de menos todo esto —susurra de repente Sam—. Os echaré de menos.

Bajo la mirada sin darme cuenta e imagino lo bonito que sería que las tres fuéramos a la misma universidad. Bullicio en la habitación, charlas hasta medianoche, discusiones sobre nuestros novios y muchas otras cosas.

Es imposible, por supuesto. Cada una irá a la universidad de sus sueños y nuestros sueños no pueden ser los mismos.

—Quiero un bonito abrazo de grupo —dice Cloe acercándose a mí y esperando a que Sam se reúna con nosotras—. Estoy segura de que seguiremos en contacto. También con los chicos. He tenido muchos amigos en mi vida, pero jamás he conocido un grupo tan unido y bonito como este.

Ojalá que tenga razón.

—¿No nos invitáis al abrazo de grupo? —pregunta Taylor entrando seguido de Cameron y los demás.

Me gustaría que alguien nos sacara una foto para poder mirarla en los momentos más tristes. Así que lo propongo:

—¿Nos hacemos una foto?

Taylor saca enseguida el móvil y alarga el brazo para hacer un *selfie* de grupo.

Después nos la enseña. No veo la hora de imprimirla y colgarla en mi habitación de Los Ángeles.

El resto de la mañana no puede ser más tranquilo.

—¿Nos vemos esta noche? —pregunta Cameron.

Los demás se han marchado ya y Cameron y yo nos estamos despidiendo delante de su coche. Sam asiste a la escena desde el interior. Prefiero volver a pie a casa para estar un poco sola.

—Sí. —Sonrío estrechándole con fuerza la mano—. ¿Puedo pedirte una cosa, Cam?

—Por supuesto.

—¿Puedes hablar con Nash de Sam? No me gusta nada cómo se está comportando y...

Antes de que pueda acabar la frase él me interrumpe:

—Ya le he dicho que me espere en la playa esta tarde porque quiero hablar con él. Nadie puede tratar mal a mi hermana.

Me pongo de puntillas y me inclino hacia su mejilla para besarlo.

—Hace unos meses jamás habrías dicho algo así.

—Hace unos meses no estabas conmigo. —Sonríe, me acaricia la barbilla y se inclina hacia mí para besarme en los labios.

—Hasta esta noche —susurra antes de subir al coche y arrancarlo.

Me alejo de casa de Cloe sonriendo de oreja a oreja y pensando en la mañana que acaba de pasar.

Al llegar a casa veo el coche de mi padre enfilarse la calle y avanzar en dirección a mí. Se arrima a la acera y se baja del vehículo a la vez que yo aprieto el paso y casi echo a correr para no hablar con él.

No sé qué ha sucedido en concreto entre él y mi madre, pero me basta saber que él tiene la culpa de que tengamos que marcharnos de Miami para detestarlo.

—¡Para, Cris! Necesito hablar contigo —grita.

Debería estar en casa haciendo las maletas, papá —mascullo.

—¿Las maletas? —pregunta sorprendido.

Es muy probable que no lo sepa, pero me da igual. En cualquier caso, lo habría descubierto tarde o temprano.

—Sí, mamá ha decidido volver a Los Ángeles y nosotras nos vamos con ella.

—Así que es seguro. Pero ¿no sería mejor que acabaras el instituto aquí? —pregunta con voz trémula.

—No. Ya está decidido, me mudaré con ella enseguida.

Callamos y miro nerviosa el reloj. Espero no llegar tarde a la cena con los Dallas.

—Así que está muy enfadada —susurra mi padre.

—Ha decidido marcharse, así que me parece evidente —digo imperturbable—. ¿Qué ha pasado, papá? ¿Por qué te has ido de casa?

—Eso no te concierne, Cris. Esas cuestiones debemos resolverlas tu madre y yo. Solo quiero que sepas que no soy el único culpable y que no tienes ningún motivo para odiarme.

—No te odio, pero no creo que mamá se merezca sufrir así.

—Yo tampoco me merezco que os vayáis de Miami —replica—. Cris, quiero que Kate y tú sepáis que os quiero mucho y que voy a hacer todo lo que pueda para arreglar las cosas lo antes posible. En cuanto el trabajo me lo permita, volveré a Los Ángeles para resolver mis problemas con tu madre. No tengo la menor intención de dejaros.

No sé qué decir, así que permanezco callada. Estoy segura de que mi padre quiere a mi madre, y espero que las cosas se arreglen entre ellos.

—Está bien, papá. Pero ahora debo marcharme.

—Nos vemos mañana, cariño. Saluda a Kate de mi parte.

Creo que jamás he deseado tanto encerrarme en mi habitación, ponerme los auriculares y escuchar un poco de música.

Y eso es justo lo que hago en cuanto meto el pie en casa: voy a mi cuarto y hago la maleta al ritmo de *Radioactive*.

Mientras doblo una camiseta arrugada recuerdo la primera vez que Cameron entró en mi habitación por la ventana y se escondió en el armario. Al día siguiente contó a todos que yo tenía una camiseta fucsia como Susan. Esta.

Jamás he tenido valor para usarla, pero ahora tengo un magnífico motivo para guardarla en el armario.

La doblo bien y la meto en la segunda maleta, que ya está abarrotada.

Solo he dejado fuera la ropa que pienso ponerme la última semana de clase.

Cierro también esta maleta y me siento en la cama a descansar un momento.

Kate entra en la habitación y se sienta a mi lado. Me quito los auriculares para poder oírla.

—La segunda vez en menos de un año, ¿eh? —dice.

—Ya. Lo más absurdo es que todo sucede de improvisto.

—La verdad es que no me importa mucho. Nunca me he sentido totalmente integrada aquí y siempre he añorado Los Ángeles, sobre todo después de que Hayes y yo dejáramos de salir juntos. —Se encoge de hombros—. En cierto modo, me alegro de volver a nuestra antigua vida.

He de reconocer que, en parte, siento lo mismo. No obstante, a diferencia de Kate y a pesar de que siempre he pensado que un día volvería a Los Ángeles, empezaba a sentirme en casa aquí, sobre todo en el último mes.

—No será lo mismo sin Cass, Trevor y, durante un tiempo, sin papá, pero estoy segura de que todo irá bien. —Me agarra una mano y la aprieta con fuerza para animarme—. Lo logramos la primera vez, ¿no? Nos instalamos en una nueva ciudad y conseguimos adaptarnos y estar bien. Estoy segura de que volver a Los Ángeles no será tan complicado —añado—. Papá ha dicho que hará todo lo posible para que mamá lo perdone, y estoy segura de que lo conseguirá. Además, por fin podrás ver a Nicole, ¿no?

—Papá y mamá se quieren. Lo único que debe hacer él es conseguir que mamá lo perdone y todo se arreglará. Además, sí, por fin podré volver a ver a mi amiga Nicole. —Sonríe y me da un abrazo—. Sí, Cris, todo irá bien.

Paso a paso, un recuerdo tras otro, una lágrima tras otra, recorro por última vez el pasillo que ha sido escenario de mi primer día de clase, de la evolución de mi amistad con el grupo y de mi amor por Cameron.

Son de verdad los últimos minutos que paso en este instituto, dado que esta noche subiré al avión que nos llevará de vuelta a Los Ángeles.

La última semana ha pasado muy deprisa, como si hubiera volado.

Después de la cena en casa de los Dallas, hace casi una semana, Cameron se ha comportado de una forma muy extraña: me evita y no se acerca a mí.

Nadie entiende qué le pasa por la cabeza, aún menos yo.

En opinión de Nash, Cam no está preparado para despedirse de la única persona a la que ha amado en su vida. Pero, justo por eso, ¿no debería querer pasar conmigo todos los minutos que nos quedan?

Espero que, al menos, venga a despedirse al aeropuerto.

Trato de desechar estos pensamientos de mi mente y cruzo por última vez el umbral del instituto.

Bajo la escalera y veo a mis amigos delante del coche de Susan. Están charlando y es precioso verlos sonreír. Quiero recordarlos así, unidos y alegres, porque no hay nada mejor en la vida que saber afrontar las dificultades con una sonrisa en los labios.

Sam se vuelve hacia mí y hace un ademán para que me acerque.

—Aquí está la señora que prefiere volver a Los Ángeles —dice Trevor pasándome un brazo por los hombros.

—Cuéntenos, señorita Evans, ¿cómo ha ido su último día de clase? —Taylor se acerca apretando un puño como si tuviera un micrófono en la mano.

—Creo que voy a echar de menos el instituto.

Todos nos reímos.

Hablamos de todas las cosas que voy a añorar y, como era de esperar, acabamos comentando el extraño comportamiento de Cameron.

—Conociendo a Cam creo que se comporta así para protegerse. A pesar de que no le ayudará a sufrir menos, sino todo lo contrario. Quizá deberías hablar con él, Evans —sugiere Susan.

Ella lo conoce mejor que nadie y sabe lo que hay que hacer en este momento. Seguiré su consejo e intentaré hablar con él después de despedirme de los chicos.

—Si quieres puedes venir a casa conmigo. Te llevaré en moto —propone Sam.

Rechazo su invitación negando con la cabeza, recordando lo imprudente que es.

—Utilizaré las piernas, gracias. —Evito dar demasiadas explicaciones para no ofender a mi amiga.

—No iré deprisa, te lo prometo.

Sé que quizá me arrepienta, pero cuanto antes llegue a casa de Cameron mejor, así que acepto.

Sam va a coger la moto mientras yo me despido del grupo. Por suerte, no es el adiós final: volveré a verlos en el aeropuerto, y eso me ayudará a afrontar mejor la marcha.

Los chicos se van y me quedo sola, o al menos esto es lo que me parece hasta que me vuelvo y veo que Susan sigue aquí.

—Sé que nunca nos hemos llevado bien y no puedo negar que la noticia de que te marchabas ha sido la mejor que he recibido desde que llegaste al instituto. Pero la verdad es que creo que te voy a echar de menos. Nadie se ha enfrentado nunca a mí como lo has hecho tú. Reconozco que has sido una digna adversaria —suelta de un tirón.

Han sido las palabras más extrañas y amables que Susan me ha dirigido en todo este tiempo. Siempre hemos estado enfrentadas, y saber que la situación no ha cambiado me hace sonreír.

—Por suerte, le pediste a Trevor que no fuera al aeropuerto. No tenía ningunas ganas de asistir a la desgarradora escena de la despedida, y aún menos de fingir que me duele para contentar a Trevor —concluye.

—Tranquila, Susan, yo tampoco quería perder tiempo contigo.

Espero que Sam se dé prisa. Estoy deseando tirar de la lengua a Cam, conseguiré que hable conmigo aunque para ello tenga que tirar al suelo la puerta de su dormitorio.

—En cualquier caso, puedes estar tranquila, ahora que te marchas no intentaré robarte a Cameron. Va a pasar una temporada difícil y lo último que necesita es tener a una ex zumbando alrededor de él.

—Te conviene no hacerlo, entre otras cosas porque si me entero de que Trevor sufre te juro que me subiré al primer avión para Miami. Pese a que aún me parece inexplicable, mi mejor amigo está chiflado por ti, y no quiero que lo pase mal. Ya ha sufrido mucho y no se lo merece.

En mi fuero interno sé que esta advertencia es innecesaria. Tengo la sensación de que a Susan también le gusta mucho Trevor, y la verdad es que no tengo nada que objetar, siempre y cuando ella lo haga feliz.

—De acuerdo. Lo quiero mucho, no lo haré sufrir —dice con firmeza.

Por fin veo acercarse la moto de Sam.

—Adiós, Susan —me despido por última vez de la chica que ha tratado por todos los medios de hacerme la vida imposible en esta ciudad.

—Buena suerte, Evans. —Sonríe y se vuelve para marcharse.

Me subo a la moto detrás de Sam y arrancamos.

Preparo mentalmente el discurso que voy a soltar a Cameron, pero me cuesta dar a las palabras un sentido lógico. Estoy demasiado nerviosa para pensar. Me siento un poco aliviada cuando, por fin, llegamos a casa de los Dallas.

Sam me da las llaves para que pueda entrar enseguida sin tener que esperar a que ella deje la moto en el garaje.

Subo la escalera como una exhalación, me paro delante de la habitación de Cameron y aporreo la puerta.

—¡Cam, si no abres esta maldita puerta te juro que la tiraré abajo! —Es lo primero que se me ocurre decir.

Igual que en los días anteriores, él no reacciona.

—No puedes comportarte así, Cameron. No nos queda mucho tiempo —grito a través de la puerta sin dejar de golpearla.

Me paro unos segundos, el brazo y la mano empiezan a dolerme, intento calmarme respirando hondo.

Sé que las maneras bruscas no funcionan con él, así que me apoyo en la puerta y pienso en lo que debo decirle.

—No puedes hacerme esto, Cam. Sé que no quieres sufrir. Perdiste a Carly y ahora tienes miedo de perderme también a mí. Pero debes meterte en la cabeza que no me estás perdiendo. Estoy aquí contigo y estaré siempre, a pesar de los kilómetros que nos separarán. Te quiero y no permitiré que nuestra historia

termine así.

Apoyo la oreja en la superficie fría de la puerta, pero no oigo nada. Ningún movimiento, nada de nada.

—Escúchame, Cameron. No puedes pensar que la situación se resolverá así, fingiendo que nunca he existido. Estoy aquí, te ruego que abras la puerta para despedirte de mí como es debido, porque eres la única persona que necesito en este momento. —Hago un esfuerzo para dominar las lágrimas—. Te lo ruego, te quiero y te necesito.

No debía terminar así, estaba convencida de que iría de otra manera. Me prometió que nada podría ser más fuerte que nosotros.

Doy un último puñetazo a la puerta.

—Eres un cabrón.

Apenas pronuncio esta frase, oigo unos pasos en su habitación. Mi corazón se acelera cuando la puerta se abre y veo a Cam.

Tiene la cara surcada de lágrimas, igual que la mía. Se acerca a mí y me besa en la boca. Retrocedo hasta apoyar la espalda en la pared, mientras Cameron sigue mordiéndome con dulzura los labios.

Alzo los brazos para apoyarlos en sus hombros, pero él se detiene y apoya su frente en la mía.

Una lágrima le resbala por la cara y lo acaricio para enjugársela.

—No puedo, Cris, estos días he tratado de imaginar cómo será vivir lejos de ti y sé que no puede funcionar —susurra.

Le aferro con delicadeza la cara.

—Cameron, no. Nos las arreglaremos para que funcione. Nos las arreglaremos para vernos al menos una vez al mes, pese a que estaremos a miles de kilómetros.

—Una vez al mes... ¿y después qué? Volveremos a la vida de todos los días. Conocerás nueva gente y yo también. Nuestras vidas seguirán adelante y nos olvidaremos de nosotros, de todo lo que ha sucedido. No estoy preparado para eso.

—Yo... no me lo puedo creer —balbuceo sintiendo que me tiemblan las piernas y las manos—. Dime que estás bromeando, que es una de tus estúpidas bromas.

—No, no lo es —susurra sin siquiera mirarme a los ojos.

Abro la boca para decir algo, pero no sé qué decir. Lo único que siento que debo hacer es salir de esta casa y alejarme de él. Y eso es precisamente lo que hago, con el corazón latiendo a mil por hora y sin dejar de llorar, como siempre, por culpa de Cameron y sus decisiones.

Es la última maleta que queda por cargar. Vamos, moveos —dice mi madre corriendo por la casa para asegurarse de que no se olvida de nada.

—¡Ayúdame, Kate! —grito desde la entrada esperando que mi hermana me haya oído.

No tengo la menor intención de arrastrar su maleta, que pesa lo suyo, hasta el coche de los Dallas. Si fuera más ligera lo haría.

Por suerte, Kate aparece y juntas la levantamos para llevarla al coche.

Creo que no queda nada más por hacer. Solo me falta despedirme de este sitio y de Cameron.

—¡Ya está todo! Podemos irnos —anuncia mi madre cerrando la puerta de casa.

Los Dallas se han ofrecido a llevarnos al aeropuerto. Subimos al coche y partimos al cabo de unos minutos.

—Sam acaba de escribirme diciendo que los chicos os están esperando —dice la señora Gina volviéndose hacia mí.

Al menos estoy segura de una cosa: mis mejores amigos están y estarán siempre conmigo.

—Ha sido estupendo ser vecinos. Os echaremos de menos, sobre todo las cenas —bromea el señor Dallas tratando de aliviar de alguna forma la pena que se lee en nuestras caras.

En lo que a mí concierne, en este momento siento más rabia que tristeza.

Rabia por no haberme podido despedir de Cameron como quería; por no haber aprovechado al máximo cada instante de esta última semana; por haber sido rechazada de esta forma y no haber podido arreglar las cosas.

Comprendo que Cameron dude sobre las relaciones a distancia, pero ¿por qué no podemos intentarlo?

Cojo el móvil y me pongo los auriculares para escuchar un poco de música.

Spotify parece que solo emite adrede canciones tristes que me recuerdan a Cam y los momentos que hemos pasado juntos.

Por suerte, llegamos enseguida al aeropuerto, y en la entrada veo a todos mis amigos, que han acudido para despedirse de mí.

Dejo las maletas al lado de mi madre y me tiro enseguida a los brazos de Trevor, que me estrecha con fuerza.

Cuando me aparto veo que todos están llorando, igual que yo.

—No sabéis cuánto voy a echaros de menos —afirmo mirándolos uno a uno.

—Nos veremos pronto, te lo prometo —dice Sam esbozando una sonrisa forzada mientras se enjuga las lágrimas.

La abrazo y le susurro al oído:

—Prométeme que serás fuerte y que, suceda lo que suceda, afrontarás las cosas con una sonrisa. Prométemelo.

—Te lo prometo —responde apartándose para que Cloe pueda darme un abrazo.

—Y ahora ¿quién me ayudará a soportar a esta pandilla de idiotas? —protesta Cloe—. Pórtate bien en

Los Ángeles y, sobre todo, trata de conocer a muchos chicos monos, así cuando vaya a visitarte podrás presentármelos.

—¡No sabes cuánto te quiero! —Me río y la abrazo con fuerza por última vez.

Luego llega el turno de Nash.

Esta semana ha hablado con Sam y le ha pedido perdón. Reconoció que se había comportado como un idiota y le propuso que volvieran a empezar.

Ella supo manejar la situación: no se tiró enseguida a sus brazos; al contrario, le dijo que quería retomarlos poco a poco, a pasos pequeños y meditados.

—Pórtate bien con Sam. Si me entero de que le estás haciendo sufrir te las verás conmigo —le susurro al oído para que ella no me oiga.

—A sus órdenes, jefa —bromea—. Espero que en el nuevo instituto encuentres un guía tan bueno como yo.

Me echo a reír al oírlo. Parece que ha pasado una eternidad desde que Nash me enseñó el instituto por primera vez.

Llega el momento de despedirme de Taylor y siento que lo voy a añorar muchísimo. Lo estrecho entre mis brazos.

—No te olvides de nosotros. Seremos siempre tus amigos, recuérdalo —me susurra.

—Jamás podré olvidaros, Tay.

—Estoy seguro de que todo va a ir bien en Los Ángeles, pero ¡nunca encontrarás un amigo con bandana tan guay como yo!

Estaba convencida de que concluiría arrancándome una sonrisa, y he de reconocer que se lo agradezco.

—Tú, pórtate bien y no hagas enfadar a Cloe.

Taylor se inclina hacia mí para susurrarme algo al oído.

—Está muy mona cuando se enfada, pero no se lo digas.

Sonrío, segura de que tarde o temprano nacerá algo entre ellos. Harían una pareja estupenda, los dos se merecen estar con una persona especial. Por fin llega el turno de mi mejor amigo.

Apenas me abraza siento un enorme alivio.

—Parece un *déjà vu* —dice Trevor.

—Ya, pero esta vez debe irnos mejor. No quiero perderte.

—No me perderás. Ocurra lo que ocurra, yo siempre estaré aquí.

—Lo sé, pero te voy a echar un montón de menos. —Me libero de su abrazo para mirarlo a los ojos y él desvía la mirada y la posa en mi cuello.

Alarga una mano y toca la cadenita con el colgante de Cass, la que me regaló el día en que viajé a Miami.

—Siempre seremos los tres mosqueteros, ¿te acuerdas? —Trevor sonrío enseñándome la pulsera que los dos seguimos llevando en la muñeca.

—Siempre —respondo mirando mi pulsera.

Es como si Cass nunca se hubiera ido. Da la impresión de que aún está aquí con nosotros, todos los días. Eso es lo bonito de nuestra amistad.

—Creo que es hora de irnos, cariño. Los controles nos llevarán un poco de tiempo —señala mi madre, y yo la sigo.

Sentada en mi sitio, mientras espero a que el avión despegue, siento todo el peso del paso que estoy dando.

—Volvemos a casa —dice Kate a mi lado sonriendo.

Me gustaría tener una pizca de su entusiasmo. Agarro el móvil para mirarlo por última vez antes de

despegar. Cuando lo desbloqueo encuentro en la pantalla dieciséis llamadas perdidas de Cameron y un mensaje en el contestador.

Me llevo el móvil a la oreja y escucho sus palabras: «Hola, Cris. He intentado llamarte al menos diez veces...».

El silencio que interrumpe sus palabras es angustioso. Contengo la respiración.

«He sido un estúpido, Cris. Espero que un día puedas escuchar este mensaje. Te dejé marchar de esa manera, sin tener siquiera el valor de detenerte para decirte adiós. Me cegó el miedo a perderte, el temor a imaginar mi futuro sin ti. No quiero alargarme demasiado, solo quiero decirte que mi decisión estuvo dictada por el corazón. La situación se habría complicado mucho entre nosotros. Además, quiero darte las gracias por haber cambiado mi vida. Me has convertido en una persona mejor. Gracias por haberme desafiado siempre, por haberme hecho enfadar, sonreír y, sobre todo, enamorar. Trajiste la luz a mi vida y te lo agradeceré siempre. Quiero que sepas que para mí lo nuestro no termina aquí. He dejado que te alejes porque estoy seguro de que la distancia es más fuerte que yo. Pero estoy convencido de que tenemos un futuro. Solo debemos esperar a que llegue el momento justo. Quién sabe. Quizá el destino nos reúna de nuevo y podamos volver a empezar».

Sigue un largo momento de silencio en que aparto el móvil para ver si el mensaje ha terminado, pero no es así.

Me enjugo las lágrimas y sigo escuchando el silencio de Cam, su débil respiración, casi imperceptible, de fondo, y es raro, pero es como si él estuviera conmigo.

«Dos corazones, aunque estén lejos, quedan unidos para siempre, ¿verdad?», dice con voz sumamente triste. «El tiempo y la distancia jamás podrán vencerlos, porque son inseparables. Eso es lo que nos sucederá, Cris. Te lo prometo».

El mensaje concluye y yo me echo a llorar mientras apoyo el móvil en el corazón.

Un año más tarde...

Acabar el instituto me parecía un sueño remoto e irrealizable.

Tiene gracia, los novatos no ven la hora de llegar al último año y luego, cuando el ciclo de estudios está a punto de terminar, lo único que desean es poder rebobinar la cinta del tiempo y volver a vivir las aventuras más bonitas de los maravillosos años del bachillerato.

Cuando concluye un ciclo, otro comienza, y el día de la graduación empieza una nueva fase de la vida, la de la universidad, que es también apasionante. Sin embargo, aún no me siento preparada para afrontarla.

—¿Otra vez sola, Cris? ¡El día aún no ha terminado y todavía nos quedan muchas cosas por hacer para que sea inolvidable! —irrumpe Alexa devolviéndome a la realidad—. Te recuerdo que esta noche se celebra el baile de fin de curso. Nos vemos en tu casa dos horas antes para arreglarnos. Quiero dejar a Josh boquiabierto. ¡Y tú harás lo mismo con Ben! ¡No quiero oír ningún pero! —me regaña.

En estos últimos meses han ocurrido tantas cosas que para enumerarlas necesitaría, cuando menos, dos días. Desde que volví a Los Ángeles, Alexa ha tratado por todos los medios de introducirme en su grupo de amigos. Pese a que son muy simpáticos, mis amigos de Miami siguen ocupando un lugar privilegiado en mi corazón.

Hablo con ellos muy a menudo por Skype. A pesar de la distancia, estoy al tanto de sus vidas, y me alegra poder decir que a todos les va de maravilla.

Anoche me parecieron muy nerviosos por el diploma y por la fiesta de fin de curso. Sobre todo Cloe, que sacó una cantidad tal de vestidos que jamás habría imaginado que pudieran caber en un armario tan pequeño. Su relación con Taylor va viento en popa e irá cada vez mejor, dado que van a estudiar en la misma universidad.

En este momento, también Sam y Nash están muy unidos. En cuanto a Trevor, bueno, mi mejor amigo está pirrado por Susan y parece feliz; eso es lo único que cuenta. Ha intentado un par de veces que su novia y yo habláramos a través de la *webcam*, y he de reconocer que no ha ido tan mal.

—Alexa, ya te he dicho que Ben no me convence. Me recuerda a Set y eso me molesta un poco —contesto.

—Pero no es Set. Es un buen chico, supermono y dulce —dice tratando de convencerme, pero lo cierto es que, a pesar de que han pasado ya varios meses, en mi cabeza solo hay sitio para Cameron.

Pues sí, nunca he dejado de pensar en él, y, por lo visto, a él le sucede lo mismo. En una ocasión me llamó a las tres de la madrugada y hablamos durante horas. Todo parecía ir bien hasta que metí el dedo en la llaga de la «distancia». Entonces empezamos a discutir y así concluyó nuestra última conversación.

—Escúchame, Cris. Sé que echas de menos Miami y también que añoras a ese tipo, cómo se llama..., ah, sí, Cameron. Pero debes meterte en la cabeza que...

—Que ahora estoy en Los Ángeles y que debo vivir mi vida aquí —completo la frase que no ha dejado de repetirme en estos meses.

La verdad es que tiene razón, pero por mucho que lo he intentado el recuerdo de Cam nunca me ha abandonado.

—Ben y Josh nos están esperando para comer. Te ordeno que vengas —dice Alexa, y no me queda más remedio que seguirla.

En el fondo, es un día especial y no quiero estar sola recordando el pasado y añorando a las personas que decidieron dejar de formar parte de mi vida.

Sin pensármelo dos veces, voy con Alexa, y al final he de reconocer que tenía razón: la comida con Josh y Ben es muy agradable y relajada.

Recordamos los momentos más divertidos de los cuatro años de instituto.

—¿Os acordáis de cuando fuimos al cine y Trevor, mientras subía por la escalera buscando nuestros asientos, tropezó y tiró las palomitas al suelo? —dice Josh haciendo reír a Alexa y a Ben.

Al oír el nombre de Trevor vuelvo con la mente a Miami. Miro la hora en el móvil. He quedado en llamar a mis amigos dentro de treinta minutos y no puedo fallarles. Me despido de Alexa, Josh y Ben y vuelvo a casa.

A la hora acordada corro a mi habitación para encender el ordenador, y cuando suena la melodía de la videollamada me parece oír una música celestial.

—¡Tú también has terminado el instituto! —gritan todos a coro cuando respondo.

—¿Qué te vas a poner para ir al baile de esta noche? —pregunta Sam con curiosidad.

—Sobre todo, ¿con quién vas a ir? —añade Cloe.

—¡Yo también os he echado de menos! —contesto sonriendo.

—Tenemos que fijar una fecha para ir a verte, Cris. Te echo de menos y me gustaría pasar un poco de tiempo contigo y con los viejos amigos de Los Ángeles antes de ir a la universidad —dice Trevor.

Es bonito ver que la distancia no ha podido con nosotros y pensar que nunca podrá, porque nuestra amistad es fuerte y lo resistirá todo.

Era justo lo que quería que sucediera con mis amigos. A pesar de las dificultades que hemos pasado, aún seguimos aquí. Jamás nos hemos rendido ante nada y siempre hemos ido adelante. Y hoy estamos más unidos que nunca.

La videollamada no dura mucho, porque queda poco para el baile de esta noche y Alexa está a punto de llegar a mi casa para los preparativos. Me despido de mis amigos y quedamos en hablar mañana.

—Me gustaría estar en tu lugar en este momento —dice Kate entrando en mi habitación.

—No tardarás en estarlo. El instituto acabará tan deprisa que ni te darás cuenta —digo tratando de consolarla.

—Papá y mamá salen esta noche.

—Así que te quedarás sola en casa. ¿Te molesta? —le pregunto.

—Para nada. Además, es estupendo verlos tan unidos. Me alegro de que hayan resuelto todo.

Hace un mes mi padre dio una sorpresa a mi madre: se presentó en casa con las maletas. Enseguida aclararon las cosas y, por suerte, todo ha vuelto a la normalidad.

Intenté preguntarles qué había sucedido que pudiera ser tan terrible, pero ninguno de los dos quiso hablar del tema. Hasta que una noche encontré en su habitación la foto en que aparecía yo cuando era niña en compañía de Cloe y de Carly.

No lo pude resistir. Pese a que las cosas habían vuelto a la normalidad, aún me intrigaba saber qué había ocurrido entre ellos y qué misterio escondía esa foto. La historia que me contó mi madre me dejó estupefacta. Por lo visto, hace dos años mi padre pidió que lo trasladaran. Insistió en que lo enviaran a

Miami porque quería indagar sobre el extraño accidente en que había muerto Carly, su hija. El año en que mi madre estaba embarazada de mí, él y Jennifer, la madre de Cloe, tuvieron una aventura. Nadie sospechó nada y mi padre veía a su hija una vez al año, cuando viajaba a Miami por trabajo. La vieja foto en que aparezco en compañía de Carly y de Cloe fue sacada en un parque de Los Ángeles, coincidiendo con una reunión de antiguos compañeros de universidad.

Mi madre no sabía nada de todo esto, por eso cuando lo descubrió tardó todo un año en digerirlo.

En cualquier caso, esta historia pertenece ya al pasado. Nuestra familia está ahora más unida que nunca y la relación de mis padres va viento en popa.

—¿Lista para el último baile del instituto? —pregunta Kate emocionada—. Apuesto a que Ben se quedará pasmado cuando te vea con este vestido, es precioso —canturrea Kate guiñándome un ojo.

Lo último que me importa en este momento es la reacción de Ben. Solo quiero pasar una velada fantástica para celebrar el final del instituto y el inicio de mi nueva vida.

Cojo el móvil para ver si tengo algún mensaje de Alexa y sin querer me pongo a mirar por enésima vez la foto que sacamos en la cocina de Cloe la mañana después de la fiesta de pijamas.

Mi mirada se posa en Cameron y en sus brazos, que rodean mi cintura. Los mismos que me hacían sentirme en casa.

Apago el móvil para alejar estos pensamientos y me concentro de nuevo en la importante noche que me espera.

Al cabo de unos minutos suena el timbre y Alexa entra a toda prisa en mi cuarto.

Los preparativos son extenuantes. Alexa es muy perfeccionista, y cuando las cosas no van como deberían saca paciencia de no sé dónde para empezar todo desde el principio. Sin ir más lejos, debe de haberse retocado el maquillaje al menos diez veces.

Por suerte, yo no soy tan exigente y no tardo nada en arreglarme.

—Veamos, repasemos juntas. Tú, yo, Ben y Josh vamos a pasar esta noche juntos. Al volver a casa propondrás que vayamos a la playa a dar un paseo. Las parejas se separarán entonces y tú darás por fin a Ben una oportunidad. Estoy segura de que sabrá cuidar de ti. Además, ¿has visto qué músculos tiene? ¡Si no fuera por Josh no lo habría dejado escapar!

Puede que tenga razón. Quizá Ben sea la persona adecuada para mí, es amable y atento.

A las siete en punto los chicos llaman al timbre. Como era de esperar, se quedan boquiabiertos cuando nos ven.

Josh tose ligeramente para ocultar la turbación que siente mientras mira a Alexa, que está deslumbrante.

Ha rizado a la perfección su melena pelirroja, por no hablar del maquillaje, que resalta el verde intenso de sus ojos.

—¿Vamos? No quiero llegar tarde —dice Alexa mientras se dirige hacia el coche con Josh.

Cierro la puerta y me vuelvo hacia Ben, que me sonrío y me tiende el brazo.

—¡Estás guapísima! —susurra mientras nos acercamos también al coche.

—Gracias.

—¿Sabes? Esta noche se está cumpliendo un deseo. Cuando estaba en el primer año de instituto soñaba que un día iría al baile de fin de curso contigo. Y ahora que lo he conseguido casi no puedo creérmelo —confiesa haciendo que me ruborice.

En el primer año de instituto no pensaba en chicos. Lo único que me importaba era pasar la tarde con mis mejores amigos, quizá por eso no noté el afecto de Ben.

—También yo me alegro de pasar la velada contigo —susurro cuando me abre la puerta del coche para que suba.

Cuando llegamos al instituto vemos que la fiesta ha empezado ya. Los chicos bailan y se divierten, todos parecen felices, preparados para despedirse del instituto e iniciar la nueva aventura de la universidad.

—¡Esta canción me encanta! Vamos a bailar, Josh —dice Alexa al oír una melodía lenta y triste.

Ella y Josh corren hacia la pista, se abrazan y empiezan a moverse lentamente al ritmo de la música.

—¿Quieres bailar? —pregunta Ben tendiéndome la mano, y no puedo por menos que aceptar.

Esta noche se está mostrando muy amable y atento conmigo, y lo aprecio de verdad.

Apoyo las manos en sus hombros a la vez que él me coge con delicadeza la cintura y me mira intensamente con sus ojos azules; unos ojos que, lo sé, nunca podrán causarme el mismo efecto que los ojos penetrantes de Cameron.

Me pregunto si no será hora de olvidar a Cam para siempre. Si no será hora de iniciar una nueva vida.

No puedo responder a estas preguntas, pero si de algo estoy segura es de que deseo tener a mi lado una persona capaz de hacerme sonreír como ha hecho Ben en estos meses, desde que volví a Los Ángeles.

Tanto si estoy preparada como si no, ¿es de verdad un error el deseo de volver a empezar?

—Por supuesto —dice Ben. Me quedo atónita unos segundos. No recuerdo haberle hecho ninguna pregunta.

Lo miro aturdida hasta que me hace un ademán para que me vuelva a ver a la persona que está detrás de mí. Cuando mi mirada se cruza con la de Cam mi corazón deja de latir un segundo, que parece infinito.

Debería estar enfadada con él, debería odiarlo, pero lo único que consigo hacer es acercarme a él y abrazarlo con todas mis fuerzas al tiempo que las lágrimas surcan mi cara.

—Cam...

Cuando me ciñe la cintura con sus fuertes brazos siento que mi corazón se acelera.

—Te he echado de menos —me susurra al oído.

Me separo un poco de él para mirar sus ojos profundos.

—No llores, Cris, estoy aquí.

Aferro su mano y salimos de la sala.

Cuando llegamos a un pequeño pasillo aislado del resto me vuelvo hacia él.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que todo había terminado —logro decir, con la esperanza de que no se trate de un sueño.

—Nada terminará entre nosotros, pequeña, siempre lo hemos sabido. Nuestros corazones se pertenecen y nadie podrá separarnos nunca. En estos meses he llegado a creer que me estaba volviendo loco sin ti. He pensado en todo lo que nos sucedió y he comprendido que no puedo perderte.

—Creía que no querías tener una relación a distancia.

—La distancia no es nada comparada con el miedo a perderte. No tengo la menor idea de cómo acabará todo esto, pero quiero demostrarte que te quiero y que no puedo vivir sin ti.

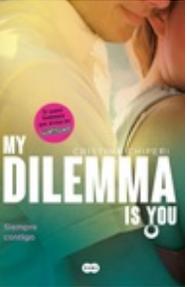
—Yo también te quiero, Cam —susurro uniendo mis labios a los suyos.

Hemos pasado juntos muchas cosas, puede que demasiadas para dos adolescentes que solo pretendían estar juntos, pero gracias a las dificultades nuestro amor es único e indestructible.

No sé lo que ocurrirá en el futuro ni cuánto durará nuestra relación. Lo único que sé es que ahora Cam está aquí conmigo para que mi vida siga siendo inolvidable.

El esperado cierre de *My Dilemma Is You*, la trilogía de la que todo el mundo habla.

**La verdad va a salir a la luz y cuando todo estalle...
¿sobrevivirá el amor de Cris y Cam?**



«La historia de Carly se está repitiendo...». ¿El presentimiento que ha acompañado a Cris durante toda la fiesta es quizá algo más que una voz que resuena en su cabeza? ¿Y a quién pertenecía la mirada asesina que ha creído distinguir mientras un coche se dirigía hacia ella a toda velocidad?

Los secretos están a punto de salir a la luz y cuando Cris descubra todo lo que Cam y sus amigos le han estado ocultando, la verdad no será fácil de aceptar. Su mundo corre el riesgo de desplomarse, pero ¿son el amor y la amistad algo que se pueda borrar sin más? E incluso aunque Cris esté preparada para olvidar... ¿lo está para tomar una última, e importantísima, decisión?

El amor de verdad nunca se rinde.

***My Dilemma Is You* ha recibido más de 20 millones de visitas en Wattpad.**

Sobre la autora

Cristina Chiperi tiene dieciséis años. Una tarde de agosto, mientras todas sus amigas están de vacaciones, decide poner un poco de música en su habitación para intentar combatir el aburrimiento. Tirada en la cama, se coloca los cascos y comienza a sonar *My Dilemma*, de Selena Gomez. Al escucharla Cristina se ve impulsada a imaginar un relato que de inmediato comienza a escribir en su móvil. Lo que no podía soñar es que miles de lectoras quedarían enganchadas a la historia de Cris y Cam. Así nació la trilogía *My Dilemma is You*.

Título original: *My Dilemma Is You 3*

© 2016, Cristina Chiperi, en acuerdo con Sergio Fanucci Communications S. r. l.

© 2016, Patricia Orts, por la traducción

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-026-1

Diseño de cubierta: Adaptación del original de Franca Vitali

Fotografía de cubierta: © Antonioguilllem (adaptación)

Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[My Dilemma Is You. Siempre contigo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)